



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
Facultad de Filosofía y Letras  
Colegio de Estudios Latinoamericanos

**Érase un milpiés neoliberal y una quimera apocalíptica:  
Estado y movimientos sociales en América Latina al amanecer de un siglo**

T E S I S

que para obtener el título de Licenciada en Estudios Latinoamericanos

presenta

Valeria Alvarado Carrillo

Asesor: Dr. César Enrique Valdez Chávez



Ciudad Universitaria, Cd. Mx., 2020



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*Me gustaría escribir un libro feliz; yo tengo todos los elementos para ser un hombre feliz; pero sencillamente no puedo. Sin embargo, hay una cosa que sí me hace feliz, y es decir lo que pienso.*

-José Saramago, Premio Nobel 1998

## Agradecimientos

Considero que este trabajo ha sido una de las cosas más complicadas que he hecho en mi vida, sobre todo porque jamás imaginé que tendría tantas cosas que decir como para completar más de siquiera cincuenta cuartillas... o, mejor dicho, que supiera de qué manera traspasar las ideas de mi cabeza a algo tangible. Desde el momento en que me decidí a redactar el proyecto, fue una constante batalla de límites, divagaciones y aterrizajes; y, de hecho, a lo largo de este recorrido académico me cuestioné una y otra vez si lo que estaba intentando transmitir realmente tenía alguna relevancia. Creo que por ello tardé tanto en comenzar a escribir, supongo que de alguna manera no dejaba de tener miedo de lo que significaría concentrar esas ideas y vaciarlas, una a una, en algo que estuviera más allá de mi cabeza. Después, concluir este momento de mi vida, conllevó a enfrentar que habría personas ausentes el día de hoy, situación que me ha costado aceptar. Sin embargo, esta tesis es el pago de una deuda que tenía pendiente conmigo misma; es el diálogo irresuelto desde hace ya algunos años.

En fin, no sé de qué manera este *prólogo* me lleva a querer demostrar mi agradecimiento a las personas que han estado conmigo en todo este proceso – llamado vida, no tesis de licenciatura –, que siempre han creído en mí, y sobre todas las cosas, me han amado incondicionalmente. Primeramente, quiero nombrar y agradecer a las mujeres de mi vida: Graciela, Carmen, Guadalupe, Marina, Norma, Andrea, Adriana y Oriana. Son las personas más valientes y fuertes que conozco. Qué afortunada soy de poder nombrarlas familia. A Adriana, soy (y siempre seré) tu fan #1, y gracias a ti, mis referentes en torno al amor, cariño y apoyo siempre han estado en lo más alto. ¿Qué más puedo decirte, si los primeros recuerdos de mi vida son tuyos completamente? Gracias por hacerme siempre mejor mujer, hija, sobrina y ser humano. Te llevaré conmigo toda mi vida.

A Marina y Oriana, mi *dream team*, ustedes han estado presentes en mis mejores y peores momentos, y nunca se han ido. Todo lo contrario, han permanecido más cerca

cuando más perdida he estado. Son el significado de familia: ese constante ir y venir de amor, desacuerdo, dolor, experiencias, cariño y comprensión. Las amo infinitamente.

A mi mamá y papá, les tengo que agradecer muchas cosas, pero en este momento, voy a enfatizar dos: la primera, gracias por darme la oportunidad de siempre elegir, creo que pocas personas en este mundo pueden decir que han podido hacer lo que han querido; y yo, incluso ahora que uno de ustedes no está presente, sigo haciendo y deshaciendo mi vida. Realmente soy una mujer afortunada. Y segundo, gracias por heredarme los valores de la honestidad, la perseverancia y, sobre todo, la lealtad hacia mí misma.

A Omar, gracias por estar conmigo en los momentos más complicados, por llegar siempre que lo necesito, y sobre todo eso, por creer en mí. Solo tú y yo conocemos nuestra historia, y es el tesoro más bonito que puedo compartir. Qué fortuna que sea contigo. Continúo con Luga y Pekka que, aunque no saben leer ni tampoco están presentes aquí, me han ayudado más que cualquier sesión psicológica, en aquellos días de ansiedad y melancolía.

También, agradezco a mis amigas – Arlette, Jennifer, Melisa, Daniela, Sofía, Pamela, Adriana, Karen, Nallely, Yollotzin, Valeria, Yokhebed, Ana Fernanda, Pía y Mayte –, por las experiencias, las largas pláticas, las risas y los consuelos. Sigamos tejiendo redes de apoyo y solidaridad, sigamos estando convencidas de que el amor entre mujeres es posible.

A la Facultad de Filosofía y Letras, *Filos*, le estaré siempre agradecida, más que como institución, como el espacio que me permitió encontrarme conmigo. A los y las profesoras que fueron parte de mi formación, gracias por reafirmarme que las redes educativas pueden ser diferentes; por apostar a compartir el conocimiento y por dignificar los procesos de aprendizaje.

A Mario, papá, *taco, pollo, chu...* necesitabas un párrafo aparte. He aprendido que la vida nos lleva por caminos muy extraños e inimaginables. Hoy, por ejemplo, la lógica y el sentir me dictan que deberías estar aquí sentado, leyendo estas líneas...pero no es así. Nuestra relación durante los últimos años fue un cuestionamiento constante de tu ser, pero siempre con el deseo de que te sintieras orgulloso del mío, nos faltó tiempo para

conocernos. Te extraño y te pienso todos los días. Espero que, en algún momento y bajo circunstancias inimaginables (pero quizá, posibles), nos encontremos una vez más.

Finalmente, dedico este trabajo a todas las inconformes, intensas y soñadoras del mundo que, como yo, se rehúsan a creer que el mundo es así, y no puede ser de otra forma. Sigamos imaginando.

Valeria Alvarado Carrillo

Ciudad de México, diciembre 2020

*A Mario, nos volveremos a encontrar.*

*A Adriana, el tren pasaba a las 13:00.*

# Índice

	PÁGINA
INTRODUCCIÓN	8
CAPÍTULO I. LOS AÑOS TERRIBLES	12
1. El fin de siglo en América Latina. Un panorama general	13
1.1. Democracia y neoliberalismo	16
1.2. La quimera apocalíptica en América Latina	23
2. El imaginario colectivo en las ciencias sociales. Una herramienta polémica	25
2.1. El (los) imaginario (s) colectivo (s) y la construcción del <i>nosotros</i>	30
2.2. Revolución, no...resistencia, sí	31
3. ¿Qué son los movimientos sociales?	35
3.1. Los <i>nuevos</i> movimientos sociales de inicios del siglo XXI	37
3.2. Imaginario, identidad y movimientos sociales	39
CAPÍTULO II. LOS MOVIMIENTOS SOCIALES AL AMANECER DE UN SIGLO	43
1. Los <i>novísimos</i> movimientos sociales	44
1.1. El qué, el quién y el cómo	46
2. “El agua es nuestra, carajo”	49
2.1. La búsqueda de formas autónomas de organización	51
2.2. El territorio y la lucha por la identidad	56
3. El movimiento de los invisibles	60
3.1. La construcción de nuevas identidades: el barrio y el piquetero	64
3.2. El <i>triumfo</i> de los desocupados	68
4. El movimiento de los estudiantes por democratizar la educación	72
4.1. Los imaginarios sociales de exclusión y educación <i>para todos</i>	74
4.2. La lucha por una política distinta	77
5. La originalidad en el fin del mundo	80

CAPÍTULO III. DESMITIFICANDO DISCURSOS. OTRAS SUBJETIVIDADES SON POSIBLES	85
1. Desmitificando discursos: el movimiento social a inicios de siglo	86
1.1. El espacio a las orillas	88
1.2. El sujeto que resiste	91
1.3. El milpiés neoliberal	94
2. Conclusiones: ¿Hacia dónde vamos?	96
BIBLIOGRAFÍA	103

## Introducción

Este trabajo no pretende ser un recuento histórico de los movimientos sociales, ni mucho menos un estudio económico político de la sociedad a finales del siglo XX e inicios del XXI. Bajo la premisa de ser una tesis de Estudios Latinoamericanos, el proyecto se propone como un ensayo *provocador* con un marco teórico propio de una licenciatura. El objetivo del texto es generar un análisis, una reflexión y un cuestionamiento del último cambio de siglo a través de tres movimientos sociales diferentes. Un siglo que, como estableció Fukuyama, se caracterizó por ser el fin de la historia; pero que, a pesar de ello, seguimos aquí, en medio de la crisis permanente, generando preguntas sin respuesta y complicando lo ya de por sí, complejo.

El título *Érase una vez un milpiés neoliberal y una quimera apocalíptica: (hasta los dos puntos)* hace referencia a aquel discurso presente en nuestras realidades, integrado a nuestro imaginario social, que establece el triunfo imbatible del neoliberalismo y la democracia en el mundo occidental, así como las identidades culturales que se sugieren. Raphael Hoetmer<sup>1</sup> refuerza precisamente este planteamiento, al expresar que, con la caída del Muro de Berlín en 1989, parecía ser que las contradicciones ideológicas habían terminado y, en consecuencia, solo había un único camino por seguir. Es a partir de esta conjetura de donde surgen las preguntas que sustentan este trabajo.

Los análisis sociológicos retomados, y que conforman el periodo de finales del siglo XX e inicios del XXI – Norbert Lechner, Martín Hopenhayn, Marshall Berman, Sergio Bagú, entre otros –, plantean el problema del sobre uso de adjetivos para describir a la sociedad y los eventos que acaecieron durante el momento temporal señalado. Con ello, se aterriza la idea de la quimera apocalíptica, del caos perpetuo donde no existen alternativas y el mundo se ha cerrado en sí mismo, así como del terrible monstruo invencible y todopoderoso que logró conquistar cada rincón de las sociedades, pero que paradójicamente se postra en una

---

<sup>1</sup> Cf. Raphael Hoetmer, “Después Del Fin De La Historia Historia: Reflexiones Sobre Los Movimientos Sociales Latinoamericanos De Hoy”, p. 85

estructura inestable. A lo largo de este ensayo, se irán desenredando estas conjeturas recurriendo a los imaginarios como herramienta metodológica fundamental en el estudio de los movimientos sociales.

Por otro lado, la segunda parte del título, *Estado y movimientos sociales en América Latina al amanecer de un siglo* constituye el recurso a través del cual se concreta la reflexión inicial. Es decir, se partirá de un tiempo y una geografía específicas para ordenar y delimitar los planteamientos del proyecto, sin olvidar que el objetivo principal no es ahondar en la historia de los movimientos, sino en un elemento preciso: la configuración de los imaginarios internos y su confrontación con el discurso estatal de la época. Al final, se espera lograr un análisis, si bien no profundo, capaz de *mover*...emociones, pensamientos e ideas. En otras palabras, el trabajo aspira, primeramente, a clarificar estas ideas un tanto enmarañadas, para posteriormente nombrar las alternativas planteadas en los movimientos sociales – si es que existieron – y cómo fueron pensadas

Es importante señalar que, aunque no se trata de un trabajo formalmente histórico, se reencuentra con el sentido de la historia como el conjunto de relaciones que no se rompen, sino que se retroalimentan unas de otras, como un continuo eterno. Estamos siendo testigos de una serie de eventos que nos recuerdan dolores y vivencias, no solo en América Latina sino en todo el mundo. Comprender cómo en los momentos más complicados, los actores sociales crearon estrategias y movilizaciones, nos permite saber hacia dónde vamos, o, mejor dicho, de dónde venimos y con qué contamos.

El proyecto está dividido en tres capítulos. En la primera parte, denominada *Los años terribles* se introducen los conceptos esenciales para lograr, en los siguientes apartados el análisis y reflexión esperados, tales son neoliberalismo, democracia, imaginario y movimiento social. Para ello, se recurrió a textos de Atilio Borón, Norbert Lechner, Petra Bonomotti, Sidney Tarrow, Nizaiá Cassián, Cornelius Castoriadis, Alberto Melucci y otros autores y autoras cuyos estudios han contribuido a la sociología de los movimientos sociales. El material bibliográfico es abundante en este aspecto, lo cual se consideró uno de los mayores retos y a la vez, limitantes puesto que la selección de los escritos pudo estar

sesgada y/o parecer insuficiente. Sin embargo, se quiso evitar caer en la repetición y engrosamiento del proyecto.

En la segunda parte, *Los movimientos sociales al amanecer de un siglo*, se conjugan todos los conceptos del apartado anterior en tres eventos acaecidos en América Latina a inicios del siglo XXI: la guerra del agua en Bolivia, la huelga estudiantil de la UNAM en México y el movimiento de los piqueteros en Argentina. La elección se relaciona, en efecto, con la temporalidad, sin embargo, se reconoce que la Historia no necesariamente se estudia desde una línea del tiempo exacta. El argumento entonces se apoya, primeramente, en ciertas similitudes que los tres países presentaron, como la introducción de las reformas neoliberales – caracterizado por un cambio en el gobierno – así como la aparición de elementos propios (en los sucesos elegidos) que permitieron diferenciarlos de la ola previa de los años sesenta y setenta, e incluso por ser naciones que representan áreas específicas en América Latina. Esto proporcionó herramientas para poder analizar los movimientos sociales del siglo XXI como originales y generadores de identidades propias. Aunado a ello existe otra explicación sencilla: la selección de hechos bajo un periodo tan abreviado evitó la extensión de contexto y ordenó de manera más práctica este trabajo.

No se debe olvidar que la revisión de trabajos historicográficos fue necesaria para comprender cada uno de los sucesos sociales, no obstante, sus casos particulares no son el objetivo principal del proyecto, sino que funcionan como vehículos para aterrizar la hipótesis básica: los imaginarios nunca han desaparecido de las sociedades humanas, al contrario, han continuado creando y transformando identidades, contrariedades y argumentos. Esto es relevante debido que al estudiar movimientos sociales es muy fácil perder los nodos del análisis, pues existen un sinnúmero de perspectivas bajo las cuales pueden investigarse. Para este apartado se recurrió a los trabajos de Rodrigo Contreras Osorio, Julio Alguacil Gómez, Carlos Crespo Flores, Thomas Kruse, Ruth Werner, Ada Freytes, Ana Esther Ceceña, entre otras.

En el último capítulo, *Desmitificando discursos. Otras subjetividades son posibles*, se discute sobre la manera en la que los distintos imaginarios de las sociedades actuales configuran nuevos movimientos; así mismo, se realiza una síntesis de sus características,

basándonos en lo analizado en el segundo apartado, y se reflexiona en torno a cómo los imaginarios crean mitos y discursos en las sociedades humanas. Finalmente, se plantean las cuestiones que a lo largo de la investigación fueron surgiendo y que, por falta de ingenio mas no de ambición, no pudieron incluirse en estas páginas. Para ello, nos apoyamos en la teoría de Alberto Melucci, Evelyn Patricia Martínez y John Holloway.

No omito comentar que a pesar de que no se niega la existencia de movimientos sociales de derecha, los sucesos seleccionados están mayormente vinculados con los ideales y valores de izquierda, sobre todo en el aspecto simbólico; es decir, se retomaron las herencias culturales que durante las décadas anteriores se generaron en torno a esta postura ideológica política. Ahora bien, es importante considerar que se intentó focalizar en los actores y actrices sociales que generaron formas distintas de ejercer la política, y que cuestionaron la institucionalización partidaria del momento, a distintos niveles. También es esencial aclarar que en muchas de las acciones que se estudiarán es posible percibir ciertas “contradicciones ideológicas”, aunque esto será desarrollado más adelante.

## Capítulo I.

### *Los años terribles*



## 1. El fin del siglo en América Latina. Un panorama general

El siglo XX fue, como bien dice Hobsbawm, un siglo “corto”. Los cambios que surgieron en el mundo acaecieron tan rápido que hoy en día continuamos intentando comprender qué fue lo que sucedió durante ese tiempo. No obstante, a la par de que fuera una época estrepitosa fue también la última, aparentemente, en proveernos de significados y sentido. Tanto es así, que la gran mayoría de los sociólogos y científicos sociales retomados para este trabajo, buscaron en aquellos años las respuestas a las preguntas que comenzaron a surgir; o al menos, un indicio que permitiera comenzar a desenmarañar el laberinto cuasi apocalíptico de procesos, conceptos y situaciones por las que atravesaba la sociedad del incipiente siglo XXI.

Como se ha descrito anteriormente, los objetivos de este trabajo se plantean en torno a la configuración de los imaginarios de los movimientos sociales de inicios de siglo dentro de un escenario que transformó, muy rápidamente, todo ámbito social, político y económico. Para ello, resulta fundamental retomar la importancia del imaginario colectivo en la construcción de sentido y significancia. El preámbulo de los movimientos sociales seleccionados se caracterizó por la hegemonía de un imaginario sustentado en la cultura del mercado. Si bien esto se desarrollará más adelante, es esencial que no se olvide que los eventos acaecidos a inicios del siglo XXI surgieron del mismo imaginario, por lo cual las contradicciones y paradojas no estarán ausentes; de igual manera, la explicación que pueda funcionar para un movimiento, no necesariamente funcionará para otro.

No obstante, antes de analizar la configuración de los imaginarios dentro de los movimientos sociales, es importante definir un espacio y un tiempo, así como los conceptos claves que permitirán sustentar el estudio. Tras el derrocamiento de las dictaduras de seguridad nacional, la consolidación de las democracias y la incorporación de las políticas neoliberales, para mediados de los años 90, América Latina parecía entrar en una nueva dinámica que rompía con la tradición dicotómica del siglo XX. Aunado a ello, la caída del muro de Berlín en 1989, “[simbolizó] una transición en la cual se fusionaron unas con otras

formas viejas y nuevas. No fue un mero renacimiento de la vieja retórica anticomunista (...) mercado y competencia – las piedras angulares del léxico neoliberal - se convirtieron en los fundamentos *naturales* de las sociedades posttotalitarias”<sup>2</sup>. Es decir, la forma de pensar el mundo se transformó a pasos agigantados en todos los niveles posibles.

El neoliberalismo dejó de ser únicamente una serie de reformas en el aspecto económico para convertirse, en palabras de Christian Daval y Pierre Dardot, en una racionalidad que *vertebraba* todas las esferas sociales y *estructuraba* tanto la acción de los gobernantes, las instituciones y sus políticas, como la de los gobernados y sus modos de vida, que responderían a una subjetividad contable y financiera<sup>3</sup>. Este nuevo modo de *ser* trastocó la configuración y desarrollo de los movimientos sociales que surgirían, no solo subjetivamente, sino también ideológicamente.

Por otro lado, la consolidación de la democracia llegó tras una serie de dictaduras militares que modificaron el imaginario político-social de América Latina. Las violaciones a derechos humanos, la represión y la tortura habían dejado claro el mensaje hacia las discrepancias: alineación o muerte. Por ello, las ideas de civilización, diálogo y participación sonaron bastante prometedoras para la región. Además, en el plano económico, el Estado benefactor había generado una gran crisis, ante lo cual le era imposible seguir sosteniendo las necesidades de las poblaciones. Estas son algunas de las razones por las que un cambio en todo sentido era urgente, y si ese cambio prometía que la seguridad, la estabilidad económica y el patrimonio estarían a disposición de los sujetos y no serían controlados por un Estado incapaz, entonces sería bienvenido.

Conforme pasaron los años, se comenzó a mostrar el verdadero panorama; lo que se pensaba traería equilibrio y prosperidad, conllevó a un bajo crecimiento económico, el aumento de la brecha entre ricos y pobres, desempleo constante, aumento de la informalidad, desmantelamiento del Estado Benefactor, así como el declive del socialismo

---

<sup>2</sup> Enzo Traverso, *Melancolía de la izquierda*, p. 27

<sup>3</sup> María Medina-Vicent sobre *La nueva razón del mundo: Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Christian Laval y Pierre Dardot. Barcelona: Gedisa, 2013. [Consultado en línea: <https://recyt.fecyt.es/index.php/res/article/view/65568/39828> el día 28 de enero de 2020]. Las cursivas son mías.

y la desarticulación de los movimientos obreros<sup>4</sup>, y, aunque las discusiones en torno a la relación entre estos factores (neoliberalismo y democracia), y la situación latinoamericana descrita son controversiales, es posible sostener que al menos las expectativas planteadas al inicio de esta transformación, no se cumplieron<sup>5</sup>. Dice Atilio Borón con respecto a esta situación que,

Las democracias latinoamericanas se enfrentan a un escenario cada vez más amenazante. Su enemigo no es el que con insistencia señalan desde Washington y repiten los intelectuales y los medios adscriptos a su predominio: el "populismo" o el "socialismo". El enemigo es el propio capitalismo, que ha debilitado el impulso democrático tanto en el Norte desarrollado como en la periferia tercermundista. Los mercados secuestraron a la democracia y, ante la consumación del despojo, la ciudadanía se replegó sobre sí misma. Su desinterés y apatía son síntomas que denuncian a regímenes democráticos incapaces de honrar sus promesas y de satisfacer las esperanzas que los pueblos habían depositado en ellos. Pero esta desilusionada defección de la falsa *polis* democrática, dejando el campo libre para la acción de las fuerzas del mercado, no alcanza: la imposición del proyecto del capitalismo neoliberal, que avanza hacia la mercantilización de la totalidad de la vida social, de hombres y mujeres tanto como de la propia naturaleza, exige también criminalizar la pobreza y la protesta social, militarizar los conflictos sociales y hacer de la guerra una pesadilla infinita que se declara en contra de quienes no se plieguen incondicionalmente al diseño imperial<sup>6</sup>.

Con la paulatina configuración de un panorama cada vez más complejo, y el fortalecimiento del mercado a través de las mismas reformas, el ciudadano pasó de ser sujeto partícipe a objeto inerte<sup>7</sup>. Dice Martín Hopenhayn que, "La falta de utopías no es sólo la disolución de los sueños, sino también la perpetuación de una vigilia somnolienta y puntillista"<sup>8</sup>. La democracia se redefinió como un modelo de *elitismo competitivo* – de

---

<sup>4</sup> Harvey, *A brief history of neoliberalism*; Saad – Filho, *Neoliberalism: a critical reader*, en Roberto Zepeda Martínez, "Neoliberalismo, desempeño económico y mercados laborales en América Latina: un enfoque comparativo", p. 16

<sup>5</sup> Ver *Latinobarómetro*, Informe 1999-2000. Disponible en: [<http://www.latinobarometro.org/lat.jsp>] Consultado el día 18 de julio de 2019.

<sup>6</sup> Atilio Borón, *Op. Cit.*, p. 1

<sup>7</sup> Cf. Norbert Lechner., *Op. Cit.*, capítulo I sobre la naturalización de lo social.

<sup>8</sup> Martín Hopenhayn, *Ni apocalípticos ni integrados. Aventuras de la modernidad en América Latina*, p. 19

acuerdo con la conceptualización de Schumpeter, en el cual los gobernados tenían poca oportunidad para participar en la política más allá de las urnas, y los líderes consensuaban dentro de un mismo espectro ideológico; en este caso, podría considerarse al neoliberalismo como el eje bajo el cual los gobiernos generaban sus políticas e instituciones.

Para los movimientos sociales – y sus actores –, esto significaba la aparente incapacidad de crear nuevos imaginarios sociales, y, por ende, perder el motor para configurar referentes y símbolos alternos al del triunfo del neoliberalismo y la democracia liberal, “El siglo XXI nació como un tiempo marcado por un eclipse general de las utopías. Esta es una gran diferencia que lo distingue de los dos siglos anteriores”<sup>9</sup>. Sin embargo, prontamente comenzaron a surgir una serie de subjetividades muy diferentes a las que habían existido hasta el momento, con demandas y acciones que retomaban elementos de los imaginarios neoliberales y las resignificaban, añadiendo, además, herencias culturales de movimientos antecesores. Esto demostró que la historia no había llegado a su fin, las contradicciones continuaban presentes, e imaginarios alternos se transformaban a la par de las realidades.

### **1.1. Democracia y neoliberalismo**

América Latina – al igual que el resto del mundo - atravesó una serie de cambios político-económicos durante el último cuarto del siglo XX. Muchos de estos giraron alrededor de políticas neoliberales, las cuales, a grandes rasgos, se encaminaban hacia el desarrollo económico y social, y apelaban por la reducción de índices de desigualdad y pobreza<sup>10</sup>. No obstante, explicar el fenómeno neoliberal conlleva necesariamente a comprender el fracaso del Estado benefactor y sus estrategias burocráticas, así como su paulatina sustitución por un Estado competitivo “hacia afuera”; en otras palabras, los Estados nacionales perdieron

---

<sup>9</sup> Enzo Traverso., *Op. Cit.*, p. 31

<sup>10</sup> Roberto Zepeda Martínez, “Neoliberalismo, desempeño económico y mercados laborales en América Latina: un enfoque comparativo”, p. 16

el control de sus economías, a la vez que estas se separaron tajantemente del ejercicio de la política.<sup>11</sup>

Es posible afirmar que el neoliberalismo se instauró, sobre todo, mediante el libre comercio, el cual impulsaría a los países en la competencia económica mundial, aumentando la producción y, en consecuencia, los empleos. Sin embargo, los resultados distaron mucho de lo planteado. Asimismo, este sistema puede comprenderse como una teoría de prácticas de política- económica que propone que el bienestar de la humanidad puede alcanzarse a través de la libertad de empresa y de las habilidades del individuo dentro de la estructura institucional privada, mercantilista y comercial. En el neoliberalismo, el rol del Estado consiste en establecer las condiciones necesarias para que ese tipo de institución perdure, así como crear mercados en caso de que no existieran. Sin embargo, su intervención debe ser mínima. Así, las políticas neoliberales se configuran a través de la privatización, la flexibilización de los mercados laborales y la globalización manifestada por medio de la integración económica y el libre comercio<sup>12</sup>.

El neoliberalismo también puede explicarse desde otras perspectivas. Recordemos que, a lo largo del siglo XX, uno de los fenómenos sociales de mayor trascendencia fue el fortalecimiento de la clase obrera, la cual se organizó y trascendió alcanzando una serie de derechos y libertades que hasta ese momento no se habían planteado. El sistema económico de la época predominante en la región – el Sistema de Sustitución de Importaciones– sustentaba esto a través del control burocrático interno. Viéndolo desde esta lógica, el neoliberalismo sería “la restauración del poder de clase”; es decir, las clases dominantes y las élites económicas fueron los grandes motores de las reformas neoliberales en su búsqueda de recuperar poder e influencias<sup>13</sup>.

Estas políticas no solo permearon la esfera económica, sino que el tejido social también se reconfiguró en función de ellas<sup>14</sup>. Al hacerse más flexible el mercado laboral,

---

<sup>11</sup> Cf. Joachim Hirsch, “Globalización del capital y la transformación de los sistemas de Estado: del “Estado de seguridad” al “Estado nacional competitivo”, pp. 73-74

<sup>12</sup> Roberto Zepeda Martínez, *Op. Cit.*, p. 18

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 19

<sup>14</sup> María Medina-Vicent *Op. Cit.*, [Consultado en línea: <https://recyt.fecyt.es/index.php/res/article/view/65568/39828> el día 28 de enero de 2020].

reducirse el salario, verse cada vez más afectados los beneficios laborales y menospreciarse la mano de obra, muchas de las antiguas organizaciones obreras que representaban una presión importante para los patrones disminuyeron su presencia en el panorama, haciendo necesario encontrar otras estrategias para defender los derechos laborales y humanos, en general. Asimismo, la crisis del Estado de Bienestar, antecesor de este sistema, coadyuvó a la modificación de las relaciones sociales y como consecuencia, a la transformación de los movimientos obreros y sindicales.

La propia inestabilidad generada a partir de la dinámica mundial del mercado disgregó a las sociedades. La clase obrera comenzó a desaparecer paulatinamente; el aumento de la población y de la brecha económica, otorgó a las clases trabajadoras la *libertad* de vender su mano de obra a precios irrisibles. El consumismo, la cultura de lo desechable y la incertidumbre de la inmediatez cortaron los lazos comunitarios entre la población - fue preferible ver por el bien individual a corto plazo, aquel que no puede perderse en la inmensidad del hoy, que pensar si quiera en un proyecto comunal a futuro<sup>15</sup>. Las pequeñas cosas reconfortaron a la humanidad. Dice Martín Hopenhayn, a propósito de esta situación, que, “Ya es casi tedioso señalar los efectos que generan en el clima cultural vigente el impacto tecnológico, la globalización del mercado, el desmantelamiento del socialismo real, la falta de alternativas cautivantes de desarrollo, la masificación segmentada, etc., etc.”<sup>16</sup>.

Así, es posible establecer que a pesar de que las reformas neoliberales llegaron con la consigna de generar mayores empleos y mejores condiciones sociales, en la práctica los resultados fueron muy distintos. Más allá del poco crecimiento económico y de las promesas incumplidas del neoliberalismo, lo que se observa es cómo esta situación deterioró las redes horizontales que se habían fortalecido un siglo atrás; es decir, la manera en la que este nuevo sistema modificó la configuración de las sociedades latinoamericanas, particularmente sus referencias simbólicas.

---

<sup>15</sup> Cf. Norbert Lechner, *Op. Cit.*, capítulo I, “La naturalización de lo social.”

<sup>16</sup> Martín Hopenhayn, *Op. Cit.*, p. 59

Ahora bien, uno de los elementos que más se celebraron fue el fin de las dictaduras y la reincorporación de las libertades individuales; de hecho, el concepto de *libertad*, de alguna manera, se fusionó con la instauración de la democracia, cayendo en una simplificación de su significado, puesto que en la región *democracia* no solo apeló a un tipo de régimen gubernamental, sino que como explican Atilio Borón y Rodrigo Contreras Osorio, en América Latina este sistema fue un vehículo que aseguraba a los gobiernos mantener su legitimidad, eficiencia de su gestión y promoción del crecimiento económico, logrando una aparente estabilidad política sin tener que generar diálogos y resoluciones con la sociedad civil<sup>17</sup>.

Aunado a ello, las ideas vinculadas al régimen democrático moderno como el derecho al voto universal, el acceso a las principales posiciones del gobierno mediante elecciones competitivas e institucionalizadas, y la existencia de libertades políticas, de asociación, expresión, movimiento y disponibilidad de información no monopolizada por el Estado o por un agente privado<sup>18</sup> no encontraron sustento en la práctica. Aspectos como la corrupción, la violencia, la poca participación y una vez más, la desigualdad, afectaron sobremanera la idea de democracia en América Latina,

La democracia en América Latina presenta elementos de debilidad relacionados con la incapacidad del Estado de extender los derechos humanos fundamentales a toda la población, requisito fundamental para convertir a los habitantes de un estado en ciudadanos a todo efecto y para garantizar la cohesión social, la participación el sentido de pertenencia de la población hacia el Estado y el apoyo estable de la población a esa democracia, es decir, como elemento legitimador<sup>19</sup>.

Además de estos elementos, las transformaciones estatales modificaron también la manera de concebir la democracia. Con el Estado benefactor, la participación de la disidencia, por ejemplo, estaba controlada por instituciones como los sindicatos o los

---

<sup>17</sup> Rodrigo Contreras Osorio, "Neoliberalismo y gobernabilidad en América Latina durante los años 90", p. 48

<sup>18</sup> Ver O'Donnell en "Acerca del Estado en América Latina contemporánea"

<sup>19</sup> Petra Bonometti y Susana Ruiz Seisdedos, "La democracia en América Latina y la constante amenaza de desigualdad", p. 11-12

partidos reformistas o populistas, por mencionar algunos. Sin embargo, al ser sustituido por el competitivo, se renunció a las estrategias de integración social, y se optó por aceptar otros valores como el individualismo, la diferencia y la libertad de mercado<sup>20</sup>.

La democracia en América Latina se convirtió en un *fetiché*, en una democracia restringida donde la sociedad devinoespectadora y partícipe únicamente en las urnas; las ideas, los valores y las instituciones adoptaron la cultura del libre mercado,<sup>21</sup> donde medios de comunicación y prensa se coludieron con los gobiernos al ser estos quienes mantuvieron la concentración monopólica de los mismos, y en las jornadas electorales, solo aquellos con el suficiente poder económico y político fueron capaces de postularse y ser votados, con la posibilidad de que un representante salido de las bases llegara a ser elegido fuera casi imposible.

Este sistema común a la mayoría de los países latinoamericanos se caracterizó por la escasez económica, la falta de acceso a los servicios básicos y de oportunidades para el ascenso social, la exclusión, discriminación, violencia, corrupción, inseguridad social, desigualdad y aumento de la brecha entre ricos y pobres, y la acumulación de privilegios en las minorías<sup>22</sup>. Esta [la democracia] se redujo únicamente al aspecto electoral, en lugar de buscar ser un sistema integral, donde coexistieran distintos grupos sociales, se garantizaran los derechos individuales y la protección, y sobre todo, donde la participación como sujetos activos estuviera presente<sup>23</sup>. En otras palabras, la democracia se mercantilizó, tal como sucedió con muchos otros valores e ideales en la historia. Al convertirse en un producto de consumo, su disponibilidad solo fue asequible para aquellos que pudieran costearla, “La “lógica del mercado” invadió esferas no económicas y, en concreto, *tendió* a colonizar la actividad política (...) El efecto utilitarista *alteró* la estructura comunicativa de la democracia. La deliberación y argumentación *tendieron* a ser desplazadas por el intercambio de bienes y favores, asimilando la negociación política al negocio comercial”<sup>24</sup>.

---

<sup>20</sup> Cf. Joachim Hirsch, *Op. Cit.*, pp. 77-79

<sup>21</sup> Cf. *Íbid.*, p. 51

<sup>22</sup> Cf. Petra Bonometti y Susana Ruiz Seisdedos, *Op. Cit.*, p. 12

<sup>23</sup> Cf. *Íbid.*, p. 13

<sup>24</sup> Norbert Lechner, *Op. Cit.*, p. 32. Las cursivas son mías.

Aspectos como el acceso a la educación y a la salud se vincularon fuertemente con el poder adquisitivo de cada grupo social; los derechos más básicos para dignificar la vida humana, y que han sido el sello distintivo de los regímenes democráticos, se quedaron en manos de las élites. Esta situación fomentó y perpetuó la imagen de un sistema fallido, funcional para unos cuantos; además de afectar la percepción social del beneficio común; es decir, germinó la idea de que no existe un gobierno favorecedor para cada miembro de la sociedad, “Se pasa de la constatación el sistema funciona bien así, a la conclusión falaz de que el sistema no funciona bien sino así. Ello acalla las dudas e incertidumbres, pero también la crítica y la innovación”<sup>25</sup>.

Ante estos planteamientos, las exigencias de los movimientos sociales de inicios de siglo se modificaron por completo. Tras un periodo intenso de alcance de derechos civiles y laborales – como lo fue la primera mitad del siglo XX – devinieron una serie de gobiernos militares cuyas estrategias de violencia rompieron con la dinámica del empoderamiento (en cuanto derechos) de las masas. Cuando se comienza la transición hacia las democracias liberales, las exigencias de los inconformes también habían sido trastocadas.

La reconfiguración de los imaginarios colectivos a partir de situaciones llenas de violencia, represión y miedo, afectaron directamente la capacidad de actuar e intervenir en las redes cotidianas. La idea de “revolución” fue perdiendo fuerza como elemento sustancial de los imaginarios sociales <sup>26</sup>, además de que, a través de las reformas neoliberales se instauró la cultura del libre mercado, y la democracia restringida contuvo la acción política de la sociedad. Al respecto establece Norbert Lechner en un texto de inicios de los años 2000, “Criterios como izquierda/derecha, reforma/revolución, estado/sociedad civil eran algunos de *los* instrumentos clasificatorios que ayudaban a interpretar la complejidad de la sociedad. Ahora [inicios del siglo XXI], un falso “realismo” pretende prescindir de todo “discurso ideológico”. Donde reina el accionar sabio y fluido de la “mano invisible” del mercado, estarían de sobra las ideas.”<sup>27</sup>

---

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 45

<sup>26</sup> *Cf. Ibid.*, p. 12-13

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 9. Las cursivas y el paréntesis son más.

Para los países específicos de este trabajo, las cosas no fueron distintas. En el caso de Bolivia, el último gobierno de Víctor Paz Estenssoro – quien, por cierto, llegó al poder a través de la *libre elección* – tuvo que combatir la crisis económica y la inflación características de los años 80. Las reformas neoliberales se instauraron en 1985 con la promulgación del Decreto Supremo 21060<sup>28</sup>; esta medida no solo se consolidó como un plan de salvación económica, sino también como un programa político que implementó medidas contra las agrupaciones de izquierda más radicales y las organizaciones laborales<sup>29</sup>, “La adopción del modelo neoliberal no estuvo desprovista de contradicciones. El presidente Paz Estenssoro y su ministro de planeamiento, Gonzalo Sánchez de Lozada, veían a la Nueva Política Económica (NPE) como un medio para reconstituir la autoridad del Estado y para restablecer el principio de autoridad”<sup>30</sup>, indica el economista Juan Antonio Morales.

Ahora bien, a pesar de que el combate contra la inflación fue exitoso, el gobierno de Paz Estenssoro también se caracterizó por el aumento del desempleo y la precariedad laboral; así como un bajo crecimiento del PIB, recortes en el gasto público, privatización de paraestatales, la pauperización del impacto de las organizaciones obreras dentro del marco político, y el pacto de los partidos de izquierda con la propia dinámica neoliberal.

Por otro lado, en Argentina la llegada al poder de Carlos Saúl Menem – miembro del partido peronista – significó la consolidación de las reformas neoliberales, iniciadas años atrás. Al igual que en el caso de Bolivia, uno de los principales retos a vencer fue el proceso inflacionario. Las políticas neoliberales contrastaron en gran medida con la lógica del peronismo de antaño. Durante su mandato mantuvo de su lado al fortalecido sector sindical, a través de los denominados incentivos selectivos, los cuales daban la posibilidad a quienes colaboraran de ser “pequeños empresarios” dentro de las empresas privatizadas<sup>31</sup>. Esta situación conllevó a que las organizaciones obreras se vieran en la necesidad de negociar con el gobierno, convirtiéndose en otro de los elementos que modificaron la subjetividad de los movimientos sociales de la época.

---

<sup>28</sup> Este decreto forma parte de la Nueva Política Económica (NPE) impulsada por Paz Estenssoro. N.A.

<sup>29</sup> Cf. Juan Antonio Morales, “Cambios y consejos neoliberales en Bolivia”, p. 135

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 139

<sup>31</sup> Cf. Hernán Fair, “El plan de Convertibilidad y el sindicalismo durante la primera presidencia de Menem”, p. 4

Finalmente, en México, Miguel de la Madrid Hurtado encaraba un severo contexto de crisis económica, marcado por la inflación, la recesión económica y la crisis agrícola. Para resolver esta situación se ejecutó el Programa Inmediato de Reordenación Económica (PIRE) que priorizaba la apertura económica, la descentralización y la desregularización; así como la privatización de empresas nacionales. Como ya es de esperarse, las finanzas públicas mejoraron rápidamente, pero el desempleo y la recesión empeoraron drásticamente<sup>32</sup>. Los años que siguieron al inicio de la era neoliberal no fueron ni por mucho, mejores; la etiqueta de *década perdida* sintetiza mejor que nada la situación por la que atravesó el país durante esos años. El auge del trabajo informal y la baja de salarios, aunado a las prácticas gubernamentales provenientes de años atrás, consolidaron la crisis de los cuerpos sindicales en México. Ni el mundial de fútbol de 1986, ni el microondas eléctrico podrían frenar al terrible ciempiés que se agrandaba día con día.

## 1.2. La quimera apocalíptica en América Latina

A pesar de que resulta complicado explicar lo que sucede dentro de las mentalidades de los individuos, siempre es posible inferirlo a través de los trabajos filosóficos y sociológicos expuestos durante el periodo que se estudia. De hecho, los textos revisados—correspondientes a Martín Hopenhayn, Norbert Lechner, Marshall Berman, Atilio Borón, entre otros—siguen una línea reflexiva donde el desencanto y la inestabilidad están presentes en todo momento. Dice Martín Hopenhayn en un texto publicado en 1995 que, “No cabe duda que estamos cruzados por un entretejido de incertidumbre. Expresiones como crisis del Estado de Bienestar, pérdida de centralidad histórica de la lucha de clases, nueva dependencia, fragmentación social y cultural, desencanto ante una economía humillada y una humilde democracia, despertar de un dulce sueño—y por qué no, también de una posible pesadilla—llamada revolución; son todas estas expresiones las que aportan

---

<sup>32</sup> Cf. Francisco Salazar, “Globalización y política neoliberal en México”, p. 109

un clima moral de incertidumbre”<sup>33</sup>. Es este uno de los discursos que se tendrán presentes en el desarrollo adyacente del proyecto.

No obstante, al continuar analizando textos, se observó que no existían imágenes ni símbolos únicos, sino que imperaban varios que podían o no contraponerse. Se retoma uno de los puntos teóricos que expresa Marshall Berman para ejemplificar esta situación, y es el de la tensión permanente entre la crítica – como proceso dialéctico en desarrollo – y la esperanza radical<sup>34</sup>. Este postulado va a complejizar la manera en la que se desarrollarán los movimientos sociales en el siglo XXI, al surgir de una contradicción de discursos y recursos. Por un lado, va a perdurar el momento histórico donde las protestas sociales, los derechos laborales y civiles, y las negociaciones entre Estado y sociedad dibujaron un futuro idóneo – no concretizado – en el cual las injusticias, los arrebatos y la desigualdad descendían drásticamente. Y por el otro, la serie de procesos económico-políticos reconfigurarán los tejidos sociales y el sujeto se enfrentará a la dualidad de ser parte de una colectividad y a la vez, ser un individuo en busca de lo inmediato.

Los movimientos acaecidos durante este periodo no conmocionarán entonces como sus antecesores, porque no buscarán hacerlo. La estructura interna no será enérgica, las negociaciones con las empresas privadas y el deterioro de las relaciones laborales impedirán la consolidación de bases orgánicas; además, el progreso de la tecnología y la apertura al mundo exterior, conducirá a las sociedades latinoamericanas a una ráfaga de símbolos e ideas, por lo que los antiguos referentes dejarán de ser los únicos, “La vida cotidiana acelerada a un ritmo vertiginoso por miles de afanes, una sucesión interminable de sobresaltos y una transformación permanente del entorno laboral y del paisaje urbano, deja a la gente sin aliento para procesar los cambios”<sup>35</sup>, y sin embargo, esto no significó el fin de nada, sino más bien, la transformación del todo.

Si bien la quimera en América Latina posee tintes catastróficos y apocalípticos, no se debe olvidar que “Sigue habiendo *tiempos nuevos*, por supuesto, pero la dificultad en imaginar lo nuevo, el rumbo y el sentido de los cambios en curso, parece poner en duda la

---

<sup>33</sup> Martín Hopenhayn, *Op. Cit.*, p. 17

<sup>34</sup> Cf. Marshall Berman, *Op. Cit.*, p. 116-119

<sup>35</sup> Norbert Lechner, *Op. Cit.*, p. 55

noción misma del futuro”<sup>36</sup>; como científicos sociales es nuestra responsabilidad ir más allá del análisis y la reflexión en torno a la realidad y sus teorías, y retomar ese otro elemento llamado imaginación que nos permita generar cuestionamientos y posibles respuestas cuando el raciocinio ha dado todo de sí, y la realidad avanza más rápido de lo que podemos aprehender.



## 2. El imaginario colectivo en las ciencias sociales. Una herramienta polémica

Lo imaginario ha sido comúnmente rechazado por los defensores del raciocinio y la verdad absoluta, quienes alegan que de él solamente puede generarse conocimiento *subjetivo*; no obstante, la imaginación es el instrumento básico que genera cualquier gnosis.<sup>37</sup> A pesar de ello, con el auge del positivismo, y el posterior desarrollo de las ciencias *exactas* y la tecnología, el uso de los imaginarios como herramienta de estudio quedó momentáneamente olvidado. No es sino hasta finales del siglo XX que “(...) la llamada posmodernidad pone en tela de juicio todos los tópicos modernos y ensalza, una vez más, la virtud de la representación sobre lo representado, de lo virtual sobre lo que se tiene por real, de los sueños sobre ese sueño acartonado que sería la razón en vigilia, vigilante”<sup>38</sup>. A partir de ahí, sociólogos, filósofos y antropólogos retoman este campo y surgen diversos estudios en torno a los imaginarios colectivos.

Cornelius Castoriadis, filósofo y sociólogo griego, consideró al imaginario como creación incesante e indeterminada. Para él, lo imaginario es indefinible, puesto que él mismo funciona como la fuente de las definiciones, y el conjunto de conceptos imaginarios otorgan sentido y cohesión a las sociedades. Tales conceptos no pueden deducirse racionalmente, aunque sí pueden percibirse en las instituciones (el idioma, las leyes, el

---

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 36

<sup>37</sup> Emmánuel Lizcano, “Imaginario colectivo y análisis metafórico”, p. 1

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 1

gobierno, el Estado...)<sup>39</sup>. Así, lo imaginario se expresa a través de símbolos; estos son el vehículo que permite pasar de lo virtual a, sino lo real, algo más, como se ha mencionado, son perceptibles en toda institución que conforma una comunidad. Los símbolos no son aleatorios, los sujetos los eligen, “(...) un símbolo, ni se impone con una necesidad natural, ni puede privarse en su temor de toda referencia a lo real”<sup>40</sup>.

Por otro lado, Gilbert Durand definió algunos conceptos para comprender mejor el imaginario y utilizarlo como herramienta de estudio y análisis. Para fines del trabajo nos enfocaremos en la idea de símbolo que también es referido por Castoriadis dentro de los imaginarios. El símbolo expresa aquello que es imposible de definir y de comprender plena y racionalmente. No transmite un significado, sino que abre un sentido que conecta con lo indecible, con lo trascendente. El símbolo siempre se encarna con un elemento de la realidad, se enraíza en nuestros recuerdos y memorias, se expresa a través de la poesía – en el sentido amplio de la palabra – aplica un lenguaje poético, profundo e íntimo que evoca lo anterior<sup>41</sup>. El símbolo es el trasfondo en los argumentos que organizan y configuran los movimientos sociales.

Para lograr manifestarse, el símbolo se adhiere a un referente en concreto que otorgue sentido, se adentra en los sentidos afectivo, sentimental y empático del ser humano. En el caso de los movimientos sociales, estos utilizan símbolos que provocan un sentir en las personas, como enojo, rabia, valentía, etc., por eso es que el pensamiento simbólico es creativo<sup>42</sup>. Durand analiza lo imaginario como el nivel en el que se juega la capacidad del ser humano de orientarse en el mundo. Aún más relevante es su reflexión en torno a que los imaginarios giran alrededor de la esperanza y le dan sentido a la vida humana<sup>43</sup>.

Maffesoli manifiesta que el imaginario es el fundamento de toda sociedad<sup>44</sup>, y concuerda con Castoriadis en torno al miedo que implica pensar en lo imaginario como algo

---

<sup>39</sup> Cf. *Íbid.*, p. 11

<sup>40</sup> Cornelius Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad*, Parte I, p. 103

<sup>41</sup> Cf. Diana Cortés, *La teoría de lo imaginario*, (Tesis de licenciatura), pp. 160-162

<sup>42</sup> Cf. *Íbid.*, Capítulo II.

<sup>43</sup> Cf. *Íbid.*, pp. 160-162

<sup>44</sup> Nizaiá Cassián, “Imaginario social: una aproximación desde la obra de Michel Maffesoli”, p. 1

mucho más fructífero que lo racional. Asimismo, siguiendo la argumentación de Durand, expresa que se trata de una “Producción que facilita la contemplación de la cotidianidad como invención, creatividad, y especialmente, como espacio de resistencia a todo tipo de coacción o imposición externa”<sup>45</sup>. Al retomar la importancia de los imaginarios, analizamos sobre la capacidad inventiva de las sociedades para deslindarse de lo que racionalmente se impone en nombre del progreso y de la utilidad.

Estudiar los imaginarios permite dar cuenta de la crucial influencia de factores sociales, culturales y afectivos en la construcción de todo argumento “racional”<sup>46</sup>; es decir, se analiza no solo la causa y el efecto, sino también las posibles emociones, memorias e historias que afectaron tal relación. En otras palabras, los imaginarios sociales permiten comprender el escenario histórico más amplio en cuanto a su significado de la vida interior y para la trayectoria exterior de diversidad de individuos<sup>47</sup>, además que relaciona las inquietudes individuales con las situaciones públicas<sup>48</sup>. A través de ella, se plantean cuestiones básicas para la generación de conocimiento, las cuales no necesariamente se responden por la razón, inclusive la imaginación puede ser la misma fuente de preguntas y respuestas. Al respecto, Castoriadis añade,

Toda sociedad hasta ahora ha intentado dar respuesta a cuestiones fundamentales: ¿quiénes somos como colectividad?, ¿qué somos los unos para los otros?, ¿dónde y en qué estamos?, ¿qué queremos?, ¿qué deseamos?, ¿qué nos hace falta? La sociedad debe definir su «identidad»: su articulación, el mundo, sus relaciones con él y con los objetos que contiene, sus necesidades y sus deseos. Sin la «respuesta» a estas «preguntas», sin estas «definiciones», no hay mundo humano, ni sociedad, ni cultura –pues todo se quedaría en caos indiferenciado. El papel de las significaciones imaginarias es proporcionar a estas preguntas una respuesta, respuesta que, con toda evidencia, ni la «realidad» ni la «racionalidad» pueden proporcionar<sup>49</sup>.

---

<sup>45</sup> Nizaiá Cassián, *Op. Cit.*, p. 2

<sup>46</sup> Emmánuel Lizcano, *Op. Cit.*, p. 3

<sup>47</sup> Cf. Wright Mills, *La imaginación sociológica*, p. 25 - 26

<sup>48</sup> Cf. Wright Mills, *La imaginación sociológica*, p. 25 - 26

<sup>49</sup> Cornelius Castoriadis, *Op. Cit.*, p. 137

La vida social no puede existir sin lo simbólico, aunque esto no significa que la vida social sean solo símbolos<sup>50</sup>. Por supuesto que hay cosas tangibles, pero estas no son nada en sí, requieren de una variedad de símbolos que les otorguen significado, valor e historia. Lo imaginario es algo inventado y para que pueda plasmarse en la realidad necesita estar en el plano simbólico, el cual le provee de imágenes, olores y, sobre todo, sentidos. Por ejemplo, el imaginario de la revolución en América Latina, ¿a través de qué lo comprendemos? ¿Cuántos de nosotros hemos vivido una revolución o sido parte de ella? Y, sin embargo, se entiende ese imaginario y no sólo eso, sino que se defiende y adopta. Aunado a ello, se generan imágenes que permiten vislumbrar mejor ese imaginario revolucionario, por ejemplo, las canciones de guerrilla, las imágenes del zapatismo, del Che Guevara...

Los estudios sociales se han planteado sobre los valores, ideales, imágenes del mundo, utopías, convenciones, expectativas, y en general, sobre los marcos de significación e interpretación que organizan la interacción humana y las sociedades; fenómenos no siempre explícitos pero que juegan un papel decisivo en los procesos de configuración y significación del mundo socialmente compartido<sup>51</sup>. A pesar de que los imaginarios son parte constitutiva de las tradiciones sociales, políticas e ideológicas, es posible encontrar todavía posturas que consideran su “falta de objetividad” al momento de realizar investigación.

Afortunadamente, como señala el sociólogo Emmánuel Lizcano, “(...) la convergencia de estudios en torno a lo imaginario, provenientes de la filosofía, la historia, la psicología, la antropología o la sociología, nos pone por vez primera en condiciones no sólo de valorar cabalmente el impresionante alcance lo imaginario en todas sus manifestaciones sino también de pensarlo con el potente aparato conceptual y metodológico desarrollado por todas estas disciplinas”<sup>52</sup>. Para las ciencias sociales, el plantear un universo simbólico, resultado de los imaginarios, significa poder conjugar los procesos individuales y colectivos en una misma matriz, y visualizar que todo evento acaecido en una comunidad posee una historia, no solo temporal, sino de origen. Este

---

<sup>50</sup> Cf. Cornelius Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad*, Parte II

<sup>51</sup> Cf. Diana Cortés, *Op. Cit.*, p. 157

<sup>52</sup> Emmánuel Lizcano, *Op. Cit.*, p. 1

universo simbólico permite encontrar el sustento imaginativo de estos sucesos, y al mismo tiempo, podría funcionar como un medio para acercarse al estudio de los movimientos sociales.

Berger y Luckmann plantean la posibilidad que, dentro de un universo simbólico, existan grupos o generaciones que posean perspectivas distintas del mismo, generando un cuestionamiento interno que puede derivar en un desafío del estatus de la realidad del universo simbólico. El grupo que propone una definición diferente del universo constituye una alternativa, y, por ende, una amenaza no solo en el plano de lo simbólico, sino también en el institucional legitimado, a su vez por, el primero.<sup>53</sup> De esta manera se puede puntualizar la raíz de los movimientos desde la perspectiva de los imaginarios sociales.

Asimismo, el estudio de lo imaginario contra el positivismo y la defensa absoluta de la verdad en tiempos tan inestables, es un acercamiento al análisis del sentido de la vida en su aspecto más filosófico, más creativo. Como bien estableció Durand, lo que une a los humanos entre sí en el humilde nivel de las dichas y las penas cotidianas, es la representación afectiva que constituye al mundo de las imágenes<sup>54</sup>; y, aunque los imaginarios están repletos de emociones, mitos, sueños, deseos, son la muestra más fiel de la mentalidad humana. “El imaginario en que cada uno habitamos, el imaginario que nos habita, nos obstruye así ciertas percepciones, nos hurta ciertos caminos, pero también pone gratuitamente a nuestra disposición toda su potencia, todos los modos de poder ser de los que él está preñado”<sup>55</sup>. Los imaginarios hacen a la ciencia social más humana, permiten generar puentes entre el pasado, el presente y el futuro, y conceden la oportunidad de esbozar, no mundos alternos o nuevos, sino distintos modos de *ser* este.

---

<sup>53</sup> Cf. Peter L. Berger y Thomas Luckmann, *La construcción social de la realidad*, p. 137

<sup>54</sup> Diana Cortés, *Op. Cit.*, p. 176

<sup>55</sup> Emmánuel Lizcano, *Op. Cit.*, p. 5

## 2.1. El (los) imaginario (s) colectivo (s) y la construcción del *nosotros*

Ahora bien, ya se ha estipulado que los imaginarios necesitan de símbolos para trasladarse al plano de lo real y poder representar *socialmente* algo. Para el tema que estudiamos, el (los) *nosotros*, ejemplifica (n) esta traslación de sentimientos, valores, memoria y miedos a símbolos e imágenes propios de una sociedad específica, que a su vez genera identidades y comunión, “(...) este «nosotros», este grupo, esta colectividad, esta sociedad, ¿quién es?, ¿qué es? Es ante todo un símbolo, las señas de existencia que siempre intercambié cada tribu, cada ciudad, cada pueblo. Es ante todo seguro que es un nombre”<sup>56</sup>. Asimismo, para Norbert Lechner, “El Nosotros sería la argamasa que vincula a los individuos en una comunidad”<sup>57</sup>, pudiendo ser esta una comunidad pequeña, como la familiar, o una comunidad mucho más grande, como la regional, la nacional, etc.

Pareciera ser entonces, que una gran parte de las luchas sociales se da en el plano de los imaginarios, incluyendo las conquistas y las des conquistas, las revoluciones y las protestas; al colonizar los imaginarios, se colonizan las acciones, “(...) el secreto de la dominación estriba en colonizar el imaginario del otro imponiéndole el mundo de uno como el único posible. Buena parte de numerosos movimientos de emancipación se cifra en que sus reivindicaciones se alimentaban – y se alimentan – del imaginario de aquellos de quienes se pretendían emancipar”<sup>58</sup>. He aquí otra razón que justifica su empleo en los estudios sociales, sin embargo, aquí lo importante radica en la relevancia que pudo tener en la construcción de discursos disidentes dentro de los movimientos sociales estudiados.

Dentro de los movimientos sociales, el *nosotros* abraza a una serie de personajes, acciones e ideas icónicas: “La redención por vía del Gran Cambio Social, el fin de los tiempos duros y el advenimiento del reino de los pobres, sí llegaron a ser parte del imaginario popular (...) Desde allí se resignificó el discurso político, la ideología del cambio y el arte, en una dialéctica de coro griego en la que el héroe trágico tenía mucho de mesías, y el mesías

---

<sup>56</sup> Cornelius Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad*, Parte I, p. 137

<sup>57</sup> Norbert Lechner, *Op. Cit.*, p. 12

<sup>58</sup> Emmánuel Lizcano, *Op. Cit.*, p. 15

tuvo varios nombres: Che Guevara, Camilo Torres, Salvador Allende”<sup>59</sup>, y que para autores como Alberto Melucci, “A comienzos de los años ochenta casi nada de estas representaciones épicas [pareciera] haber sobrevivido. Los movimientos *estaban* perdidos, sin alternativa que *ocupara* su lugar”<sup>60</sup>. No obstante, como veremos más adelante, los movimientos sociales elegidos sí hallaron símbolos para innovar y sostener sus discursos, a la par que resignificaron este legado del pasado.

En los siguientes apartados, se analizará la configuración dentro de los movimientos sociales elegidos de ese *nosotros*, el cual generalmente estará relacionado con “La necesidad de resignificar la existencia personal sobre la base de una suma de *pequeñas razones* que nunca suman una *razón total* pero que al menos conjuran, parcial y provisoriamente, la pérdida de ese referente meta-histórico [la revolución]”<sup>61</sup>; es decir, esta aparente pérdida de referentes, de símbolos y de alternativas, para América Latina, se condensa en la merma de ese gran imaginario que a lo largo del siglo XX funcionó para los grupos sociales disidentes del orden hegemónico, la revolución. Los imaginarios que surgieron durante este periodo desarrollaron elementos que les permitieron comprender el mundo en el que se presentaron. La imagen de *resistencia* estuvo presente en todos los movimientos sociales seleccionados, si bien cada uno de ellos presentó dinámicas diferentes y quizá contradictorias, atravesadas por coyunturas políticas, económicas y culturales.

## 2.2. Revolución, no...resistencia, sí.

“No existe país [en América Latina] que en su momento no haya interiorizado esta imagen de *futuro posible*”<sup>62</sup>, establece Martín Hopenhayn al hablar de la “muerte” de la revolución a finales del siglo XX. Este fin simbólico se empareja con el auge y consolidación del Estado

---

<sup>59</sup> Martín Hopenhayn, *Op. Cit.*, p. 34

<sup>60</sup> Alberto Melucci, *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, p. 101. Las cursivas son mías.

<sup>61</sup> Martín Hopenhayn, *Op. Cit.*, p. 19

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 33

neoliberal, las democracias en la región, y la crisis del Estado de bienestar. El colofón de tal referente cambió por completo la manera de relacionarse, de concebir y de imaginar. Hemos visto anteriormente cómo el neoliberalismo y la democracia liberal transformaron no solo la economía o la política, sino también la cotidianeidad. Eso mismo pasó con el imaginario de revolución.

La primera definición que los buscadores digitales arrojan al escribir dicho concepto es la siguiente: cambio social fundamental en la estructura de poder o la organización que toma lugar en un periodo relativamente corto o largo dependiendo la estructura de la misma<sup>63</sup>; y las imágenes corresponden al Che Guevara, murales de la Revolución Mexicana y la icónica fotografía del encuentro entre Pancho Villa y Emiliano Zapata, “La mística revolucionaria, la dimensión sacrificial en la imagen extrema del militante de la revolución, las connotaciones épicas en la retórica del campo radical, el irrealismo en muchas de las estrategias y propuestas impulsadas desde las supuestas izquierdas ilustradas de nuestros países”<sup>64</sup>.

Es posible inferir el gran peso que el cambio de este imaginario paradigmático pudo generar en las sociedades latinoamericanas de finales del siglo XX, sobre todo porque simbólicamente, la revolución no hace solo referencia a la lucha armada, sino que es una forma de concebir el mundo; se ve como proyecto y no únicamente como evento. Ante esto, es una lucha filosófica e ideológica, y una negación de la realidad que se vive, es “(...) pensada, ideada y sentida por quienes [asumen un] momento de necesaria negación como un punto de inflexión que [puebla] de sentido no solo la vida personal, sino el mundo”<sup>65</sup>. Aunado a ello, conlleva un proyecto comunal a largo plazo el cual se quebró de un momento a otro, dejando –en apariencia – sociedades desnudas de *nosotros*. Enzo Traverso menciona que, el aparente momento de pérdida de referentes e imágenes surge porque se quiere seguir pensando en la revolución en un momento que lo es todo, menos revolucionario.

---

<sup>63</sup> Definición extraída en línea de: [\[https://es.wikipedia.org/wiki/Revoluci%C3%B3n\]](https://es.wikipedia.org/wiki/Revoluci%C3%B3n) el día 19 de agosto de 2019.

<sup>64</sup> Martín Hopenhayn, *Op. Cit.*, p. 221

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 143

No obstante, al estudiar los movimientos sociales de inicios de siglo, se observa el surgimiento de otro *nosotros*, que no abogaba por *tomar* el poder y modificar desde ahí las realidades, sino que buscaba espacios más reducidos y solidarios, donde pudiera tejer redes horizontales y que, en su mayoría, no tiene como objetivo principal llegar a las cúpulas de dominio, “(...) el grito de la insubordinación se escucha como un tenue murmullo de descontento, como un ruido sordo de no-subordinación. La no-subordinación es la lucha simple y no espectacular por configurar la propia vida. Es la oposición de las personas a renunciar a los placeres simples de la vida, su resistencia a volverse máquinas, la determinación de fraguar y mantener algún grado de poder hacer”<sup>66</sup>.

El imaginario neoliberal instauró un universo simbólico de transformaciones constantes en las sociedades, que trastocó todas las relaciones sociales, incluidas las de poder. Los movimientos surgidos a inicios del siglo XXI, plantearon la necesidad de modificar la concepción del poder, de un objeto que podía *tomarse*, a una práctica que podía resignificarse<sup>67</sup>. Así, los actores que surgen de estos eventos cuestionan el imaginario dominante desde subjetividades diversas y puntuales (indígenas, estudiantes, desempleados...), y su acción ponen en duda el deber ser de la sociedad<sup>68</sup>. A este *nosotros* transformado se le conoce como resistencia, la cual para Sidney Tarrow significa un desafío constante a lo establecido<sup>69</sup>.

En contraposición al imaginario revolucionario, el de resistencia implica realizar acciones de alcance limitado día con día, buscar relaciones de solidaridad donde los pares compartan las subjetividades, y como expresa John Holloway es el “(...) sustrato de negatividad [que se vuelve] la materia de los volcanes sociales”<sup>70</sup>. Sin embargo, como cualquier otro imaginario social, el de resistencia es un recurso finito; es decir, llegará un punto en el que se verá rebasado por las propias circunstancias sociales que lo generan. Desde una postura crítica, puede argumentarse la imposibilidad de concebir movimientos a gran escala o acciones que derriben por completo las estructuras políticas y económicas

---

<sup>66</sup> John Holloway, *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, p. 155

<sup>67</sup> Raphael Hoetmer, *Op. Cit.*, p. 94

<sup>68</sup> *Ibid.*, p. 95

<sup>69</sup> Cf. Sidney Tarrow, *El poder en movimiento*, p. 22

<sup>70</sup> John Holloway, *Op. Cit.*, p. 163 Los paréntesis son míos.

tomándolo como referente simbólico. Partiendo de este punto, la resistencia podría ser un elemento inadecuado – y sobre todo desmotivante - para explicar la trascendencia de los movimientos sociales; empero no puede ignorarse que, culturalmente, fue sustento referencial en los sucesos acaecidos a inicios del siglo XXI.

Por otro lado, los distintos imaginarios sociales generaron ideas, propuestas, y movimientos complejos, inmersos en las bases de sus realidades, “(...) en lo imaginario *echaron* sus raíces dos tensiones opuestas, si no contradictorias. Por un lado, el anhelo de cambio radical, de auto institución social, de creación de instituciones y significaciones nuevas. Por otro, el conjunto de creencias consolidadas, de prejuicios, de significados instituidos, de tradiciones y hábitos comunes, sin los que no es posible forma alguna de vida común”<sup>71</sup>. Lo que lleva a inferir que, en ningún momento, ni siquiera en los más deprimentes de la historia, la sociedad ha dejado de crear, imaginar y bullir.

El imaginario de revolución se transformó en un instrumento teórico de ejercicio político y social, y “Lo revolucionario *dejó* de ser pensado como grandes cambios en el tiempo para reconocerse como pequeños y significativos cambios en el espacio; mientras que el *nosotros* de resistencia dotó a los nuevos movimientos sociales de identidad y sustento. La democracia liberal, la revolución y el desarrollo fueron las grandes promesas del siglo XX, y prontamente entraron en crisis y cuestionamiento, dejando al descubierto una serie de contradicciones dentro de los Estados *modernos* de América Latina por donde pudieron entrar renovadas maneras de agitación que el cauce “establecido” de sus sociedades. Concluyo esta sección con la siguiente cita: “El goce de la vida está en la ocupación de intersticios. Frente a una realidad fragmentada, pero al mismo tiempo de enorme resistencia a los cambios estructurales, se puede sustituir el goce reconciliatorio con el entusiasmo por pequeñas utopías o rupturas en el interior de un mundo desencantado”<sup>72</sup>, ¿acaso son estos los espacios desde donde se puede frenar esta quimera apocalíptica?



---

<sup>71</sup> *Ibid.*, p. 12

<sup>72</sup> Martín Hopenhayn, *Op. Cit.*, p. 71

### 3. ¿Qué son los movimientos sociales?

Desde el momento en el que se decidieron abordar los movimientos sociales aparecieron retos teóricos y conceptuales. La información y las fuentes al respecto abundan desde todas las perspectivas imaginables, por lo que el presente apartado se redactó bajo la premisa de que pudiera ser demasiado simplista y/o subjetivo. En un inicio, se consultaron los estudios de Charles Tilly, Alain Touraine y Sidney Tarrow, no obstante, conforme fue avanzando el análisis, otros autores y autoras que, dentro de sus trabajos reunieron diversas teorías sobre el tema, resultaron más convenientes.

Sin embargo, se intentaron retomar los conceptos y las ideas clave de cada trabajo revisado; así, para Charles Tilly, un movimiento social se define como el desafío sostenido de un grupo social a quienes detentan el poder mediante repetidas manifestaciones públicas de su número de simpatizantes, su nivel de compromiso, unidad y valor<sup>73</sup>, si bien la noción de tomar el poder se modificará para los sucesos acaecidos en el lapso establecido. Para el autor, los movimientos sociales están fuertemente vinculados con la consolidación del Estado – nación, la industrialización y el capitalismo. Dice Carlos Illades que, “Tilly y Wood fecharon el origen de los movimientos sociales en la segunda mitad del siglo XVIII, cuando confluyeron tres elementos preexistentes los cuales, a partir de entonces, se combinaron de manera variada dando lugar a una amplia gama de movimientos: la interpelación a la autoridad presentando reivindicaciones colectivas de orden programático, identitario o de posición (campaña); el empleo de formas diversas de acción política (repertorio), el cual incorpora no solo lo que la gente hace sino lo que es capaz de hacer; manifestaciones públicas y concertadas de valor, unidad, número y compromiso de los actores y su entorno (WUNC)”<sup>74</sup>.

Aunado a ello, los movimientos sociales también funcionan como escenarios de construcción y expresión de identidades por parte de unos actores que van tejiendo una

---

<sup>73</sup> Fernanda Somuano, “Movimientos sociales y partidos políticos en América Latina: una relación cambiante y compleja”, p. 20

<sup>74</sup> Carlos Illades, *Conflicto, dominación y violencia*, p. 29

orientación de sentido a sus acciones a partir y como resultado de sus interacciones, indica Enrique Carretero, quien también apunta la importancia del aspecto emocional para la generación de identidades en los movimientos sociales. Es decir, el imaginario posee un papel relevante en los movimientos al dotarlos de símbolos y sentimientos que despiertan un carácter no racional en sus miembros, pero que permiten una mayor cohesión a través del afecto y la pasión<sup>75</sup>.

Los movimientos sociales representan el descontento de diversos grupos y funcionan como catalizadores del cambio social de una manera no tradicional; es decir, desvinculándose en un inicio de la institucionalidad<sup>76</sup>. Estos eventos rompen con la dinámica usual de las democracias modernas de hacer política verticalmente a través de los partidos y las dependencias gubernamentales; se reapropian de la capacidad de tomar decisiones sin un intermediario institucional. “Un movimiento social es aquel que se distingue por sus nuevas formas de acción política (quizá más que nuevas, serían formas que se contraponen a la manera hegemónica de hacer política), por una ideología múltiple y no bien definida la cual abarca a la identidad y la autonomía entre otras, por su multiplicidad de actores, por sus métodos no tradicionales, y por usar canales no institucionales, que lo diferencian de las formas convencionales de participación política”<sup>77</sup>. Claro está, conforme avanza el movimiento, se tiene que recurrir a diversas estrategias (ya sea para mantenerse, institucionalizarse o desaparecer) las cuales dependerán de los factores históricos, culturales y sociales de cada lugar<sup>78</sup>.

Sobre la misma cuestión comenta Alberto Melucci,

La definición analítica que propongo de movimiento social como forma de acción colectiva abarca las siguientes dimensiones: a) basada en la solidaridad, b) que desarrolla un conflicto y c) que rompe los límites del sistema en que ocurre la acción. Antes que todo, la acción colectiva debe contener solidaridad, es decir, la capacidad de los actores de reconocerse a

---

<sup>75</sup> Cf. Enrique Carretero, “Una aproximación a la “lógica” de los movimientos sociales a Partir de los “imaginarios sociales””, p. 26

<sup>76</sup> Cf. Fernanda Somuano, *Op. Cit.*, p. 41

<sup>77</sup> Marco Antonio Pérez Arriaga, “Movimientos sociales de fin de siglo: el Consejo general de huelga de la UNAM, 1999-2000” (tesis de licenciatura), p. 8

<sup>78</sup> Cf. Fernanda Somuano, *Op. Cit.*, p. 50

sí mismos y de ser reconocidos como miembros del mismo sistema de relaciones sociales. La segunda característica es la presencia del conflicto, es decir, una situación en la cual dos adversarios se encuentran en oposición sobre un objeto común, en un campo disputado por ambos. (...) La tercera dimensión es la ruptura de los límites de compatibilidad de un sistema al que los actores involucrados se refieren. Romper los límites significa la acción que sobrepasa el rango de variación que un sistema puede tolerar, sin cambiar su estructura (entendida como la suma de elementos y relaciones que la conforman)<sup>79</sup>.

De esta manera, se concluye que los movimientos sociales son desafíos de grupos disidentes al hegemónico que rompen con la vía impuesta de hacer política, y se caracterizan por reunir un grupo – o grupos – de personas bajo valores como la solidaridad, la comunidad y el compromiso. Los movimientos sociales generan identidades – apoyándose de los imaginarios sociales – afectivas y originales, y a partir de estas su repertorio de acción, el cual se traduce como la forma de expresar sus demandas o inconformidades. Asimismo, atraviesan un momento de clímax y de declive, ambos se relacionan con las estrategias que surgen a lo largo del movimiento y del “diálogo” que mantienen con el grupo al que se oponen.

### **3.1. Los nuevos movimientos sociales en América Latina**

Para inicios del siglo XXI, los movimientos sociales se transformaron por completo, los actores tendrían que encontrar otras formas de organizarse y generar estrategias de acción, puesto que aquel Estado corporativo y sus formas organizativas, había sido reemplazado por el sistema neoliberal.<sup>80</sup> Alain Touraine señaló que, para este momento, “(...) los principales conflictos ya no se dan al interior de un sistema de producción, sino que oponen a la economía globalizada la defensa de los derechos que son estrictamente humanos, y no solo sociales”<sup>81</sup>. Existe una sociedad compleja desde múltiples sentidos; Marshall Berman

---

<sup>79</sup> Alberto Melucci, *Op. Cit.*, p. 46-47

<sup>80</sup> Julio Alguacil, “Nuevos movimientos sociales: nuevas perspectivas, nuevas experiencias, nuevos desafíos”, p. 2

<sup>81</sup> Alain Touraine, *Después de la crisis*, p. 39

la analiza a partir de una perspectiva marxista en torno a las contradicciones propias del capitalismo y la modernidad; Charles Tilly otorga mayor peso a la diversidad no solo de actores, sino de gobiernos, y a las relaciones que se desarrollan entre ambos; y para Alberto Melucci, la sociedad es compleja simplemente porque no existe otro adjetivo capaz de describirla. Como se percibe, existen un sinnúmero de posturas teóricas respecto a la sociedad del siglo XXI, la conceptualización de Julio Alguacil resulta la más conveniente en este caso, al expresar que,

Nos enfrentamos, en nuestras sociedades contemporáneas, a una creciente complejidad, y no sólo por las múltiples dimensiones que intervienen en su conformación, sino también por las paradojas que se producen en ellas, tales como la simultaneidad que se establece entre la unidad y la diversidad, la dualidad y la segmentación, la singularidad y la pluralidad, el sujeto y la humanidad, lo viejo y lo nuevo, lo local y lo global, la riqueza y la pobreza, la inclusión y la exclusión, el uso de la violencia y la ética... que nos revelan nuevos contextos y, aparejados a ellos, la elaboración de nuevos marcos interpretativos que se intuyen en múltiples síntesis, que se dejan ver en la búsqueda de nuevos equilibrios y de nuevas alianzas: la globalización, la nueva ciudadanía, la línea de dignidad y la nueva ética<sup>82</sup>.

En América Latina, los movimientos sociales de inicios de siglo surgieron de las brechas del nuevo modelo de dominación, "(...) los nuevos movimientos *surgieron* en respuesta al contraste entre las promesas de la ofensiva neoliberal frente a las experiencias cotidianas de desigualdades, discriminaciones, mercantilización, exclusión social y destrucción del medioambiente. Al otro lado, se inscriben en un momento de ruptura en el imaginario y la práctica progresista en el mundo"<sup>83</sup>. Fueron las respuestas a las transformaciones económicas, territoriales y simbólicas que había traído consigo el neoliberalismo.<sup>84</sup>

A diferencia de los movimientos sindicales de los años 70, los surgidos a finales del siglo XX basaron muchas de sus luchas en la recuperación de territorios. En el caso de los

---

<sup>82</sup> Julio Alguacil, "Nuevos movimientos sociales: nuevas perspectivas, nuevas experiencias, nuevos desafíos", p. 3

<sup>83</sup> Raphael Hoetmer, *Op. Cit.*, p. 92

<sup>84</sup> Raúl Zibechi, "Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos", p. 185

piqueteros y Cochabamba esto es muy claro, puesto que literalmente se tomaron espacios como carreteras y ciudades que representaban la centralización y el progreso devenido de las reformas neoliberales. En el caso de la huelga estudiantil en México, la toma de la universidad más grande e importante del país, podría significar - simbólicamente - el intento de recuperar la educación, un aspecto de suma relevancia para los imaginarios sociales mexicanos.

Otro aspecto fundamental fue la búsqueda de la autonomía y la autogestión. Los movimientos sociales de inicios de siglo rompieron con la manera tradicional, a su vez impulsada por el Estado benefactor, de relacionarse con partidos políticos y el propio Estado. En parte, esto sucedió porque el Estado dejó de ejercer el control burocrático sobre las posibles disidencias, a la par que, para este momento, le resultaba imposible seguir sosteniendo tal estrategia. Los piqueteros son el ejemplo más claro, puesto que al verse “expulsados” del propio sistema (los desempleados), se vieron en la necesidad de ingeniar formas autónomas de organizarse, e inclusive de tomar en sus manos aspectos como el comercio, la economía y la política.

En Cochabamba, el aspecto cultural – otra de las características de estos “nuevos movimientos sociales” – fue un factor esencial para la construcción de los imaginarios del movimiento. El establecimiento del sistema neoliberal expulsó a los indios al mismo tiempo que reforzó la idea de la diferencia (apelando más hacia la individualidad) y la diversidad. Aunado a esto, las luchas por el acceso a la educación a lo largo del siglo XX y la pauperización de grupos de intelectuales de clase media (maestros y universitarios) como consecuencia de las mismas reformas, generaron una intelectualidad india autónoma, vinculada a sus propios valores sociales y comunitarios.

### **3.2. Imaginario, identidad y movimientos sociales**

¿De dónde parten los movimientos sociales a inicios del siglo XXI? ¿Cuáles son los imaginarios a los que apelan para configurar sus discursos? ¿Qué estrategias adoptan en

una sociedad que, como bien dice Melucci, está llena de adjetivos porque nadie sabe con exactitud de qué tipo de sociedad se habla? Primeramente, es fundamental establecer que, en ningún momento, los movimientos sociales dejaron de existir; como cualquier fenómeno social se transformaron a la par de la historia. De hecho,

Las decepcionantes limitaciones de las democracias latinoamericanas y la crisis que atraviesa a los partidos (y también a los sistemas de partidos) explican en buena medida el creciente papel desempeñado por los movimientos sociales en los procesos democráticos en la región. La deslegitimación de la política y de los partidos abrió un espacio para que "la calle" -esa metáfora tan amenazante para las democracias liberales- *adquiriera* un renovado y acrecentado protagonismo en la mayoría de los países [latinoamericanos]<sup>85</sup>;

a pesar de esto, el rompimiento con la ola de sucesos de la segunda mitad del siglo XX, y la situación posterior que hemos descrito, generaron un imaginario de desolación e incertidumbre en donde no solo se estableció el final de la Historia, sino también de los movimientos sociales.

Sin embargo, la complicación paulatina de las sociedades, y por ende de los movimientos, generó oportunidades novedosas vinculadas a la interconectividad y a la interactividad, permitiendo que estos últimos [los movimientos] adquirieran una versatilidad y capacidad de desplazarse entre las paradojas del siglo XXI<sup>86</sup>. Los nuevos actores partieron, en efecto, de una melancolía del pasado, pero también de una fuerte negación del presente<sup>87</sup>, forjando identidades desde lo que el neoliberalismo y la democracia habían abocado pero no concluyeron.

Julio Alguacil manifiesta que el despojo generado en la era de las reformas neoliberales no se había percibido en ningún otro momento anterior, no solo en el sentido

---

<sup>85</sup> Atilio Borón, "Crisis de las democracias y movimientos sociales en América Latina: notas para una discusión", p. 7

<sup>86</sup> Cf. Julio Alguacil, *Op. Cit.*, p. 3

<sup>87</sup> "No necesitamos la promesa de un final feliz para justificar el rechazo de un mundo que sentimos equivocado. Este es nuestro punto de partida: el rechazo de un mundo al que sentimos equivocado, la negación de un mundo percibido como negativo", establece John Holloway al respecto, en su texto *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, resumiendo en una frase una parte del imaginario que caracterizará, quizá no literalmente, los movimientos sociales de inicios de siglo.

material, sino de dignidad y pertenencia, “Aparte de las diferencias que pueden establecerse entre la pobreza clásica (unidimensional, bipolar, vertical: arriba-abajo) y la exclusión social (multidimensional, estructura segmentada, horizontal: dentro-fuera), esta última debe considerarse en una doble condición de impacto sobre los colectivos subjetivizados: por un lado, no son útiles a la sociedad en la generación de riqueza y, por otro, tienden a estar desafiados en el acceso a los recursos (no conexas)”<sup>88</sup>. Así, un discurso característico de los tres movimientos seleccionados será el de la lucha por la dignidad,

(...) una nueva ciudadanía, [y] que afirman y que buscan la dignidad de la persona, producen en su interactividad un complejo entramado de conexiones y de vínculos. Esta constelación reticular abona un pensamiento complejo que contrasta con lo que se ha denominado como pensamiento único, de simplicidad extrema y corto recorrido. El pensamiento único, es un pensamiento “simple” (segrega) y “total” (reduce), unidireccional, de arriba a abajo; el pensamiento complejo es multidireccional y transversal, de larga mirada (de práctica orientada al futuro) que estimula el desarrollo de la capacidad estimativa y creativa de los sujetos<sup>89</sup>.

Por otro lado, la negación [del mundo como es]<sup>90</sup> y el miedo [a no pertenecer a tal mundo], a pesar de contradictorios serán aspectos clave en las identidades de los movimientos sociales de inicios del siglo XXI. Norbert Lechner realiza un recuento de los miedos característicos de este momento histórico, y llega a la conclusión de que el temor a ser excluido del sistema se origina cuando todos los bienes – sean de consumo o no – se mercantilizan, y la desigualdad económica y política se agudizan, impidiendo que una parte de la población pueda acceder a tales servicios, desde la educación hasta la salud mental, incluyendo fenómenos no traducibles en precios<sup>91</sup>.

Los movimientos sociales partirán, entonces, de la negación y el miedo a un mundo que ha establecido que las cosas deben de ser así y no de otro modo, lucharán por crear

---

<sup>88</sup> Julio Alguacil, *Op. Cit.*, p. 8

<sup>89</sup> *Ibid.*, p. 12

<sup>90</sup> John Holloway, *Op. Cit.*, p. 5

<sup>91</sup> *Cf.* Norbert Lechner, *Op. Cit.*, p. 51

otras posibilidades de existencia, resistiendo al neoliberalismo y a la cultura del mercado. Se mimetizarán en una sociedad compleja, acomplejándose del mismo modo para poder atravesar las paradojas de esta nueva era. Serán distintos en el sentido de que no buscarán las cúpulas del poder, sino recuperar la capacidad de hacer política *desde abajo*, y retomarán las contradicciones del sistema para otorgarles un significado diferente, aunque originado del mismo universo simbólico.

## Capítulo II

### *Los movimientos sociales al amanecer de un siglo*



## 1. Los *novísimos* movimientos sociales

En el capítulo anterior, se mencionaron dos ejes fundamentales que atravesaron las manifestaciones sociales de la época: la democracia liberal y la sustitución del Estado benefactor por el competitivo, y las reformas neoliberales que acompañaron tal proceso. Ambos fueron elementos necesarios para la configuración de características particulares y novedosas en los nuevos movimientos sociales; es decir, formaron parte de las identidades e imágenes de tales acontecimientos. En este apartado se abordarán, a partir de tres eventos distintos, cómo fue la configuración de estas alternidades (o al menos las de los movimientos), cuáles fueron los símbolos y las imágenes que se utilizaron para dar sentido a las identidades integradoras y por qué es posible establecer su originalidad a pesar de las condiciones adversas de acuerdo con el imaginario hegemónico.

Uno de los aspectos dentro de la vida social que fue profundamente transformado por los cambios ocurridos a finales del siglo XX, fueron las diversas identidades que conformaban un sentido de pertenencia comunitario<sup>92</sup>; paradójicamente, estos cambios no significaron la pérdida de acción colectiva, más bien se adaptaron a las nuevas condiciones político – sociales, “En América Latina (...) el neoliberalismo supuso la redefinición de las relaciones sociales de dominación (...) los contextos de sociabilidad trastocados por el neoliberalismo se transformaron en espacios para la construcción y la multiplicación de acciones colectivas y movilizaciones sociales. Los casos de México, Venezuela, Argentina, Bolivia, Ecuador, por nombrar algunos países que fueron escenario de levantamientos y movilizaciones, son ilustrativos de la conflictividad social generada por un orden social productor de marginalidad, pobreza y desigualdad”<sup>93</sup>. Algunas de las nuevas identidades se construyeron desde la periferia, cuando grupos de actores se vieron rechazados del mundo *democrático y libre*, parafraseando a Norbert Lechner, se trató de la rebelión de los excluidos.

---

<sup>92</sup> Cf. Pablo González Casanova, “El conflicto en la UNAM: una historia inconclusa”, p. 42

<sup>93</sup> Martín Retamozo, “El movimiento de los trabajadores desocupados en Argentina: cambios estructurales, subjetividad y acción colectiva en el orden social neoliberal”, p. 146

Para la década de los 90, en la región, existía una fuerte lucha por la legitimidad de los gobiernos y sus políticas, esto se debió, sobre todo, a la incapacidad de resolver conflictos, necesidades y desigualdades<sup>94</sup>, heredadas del sistema anterior, y que los Estados neoliberales intentaban contener. A pesar de la consolidación de una democracia restringida, América Latina continuó arrastrando sus problemas históricos: inestabilidad, crisis políticas y económicas, gobiernos neo populistas, emergencia y represión –muchas veces brutal– de movimientos sociales reivindicatorios, consolidación de sectores sociales conservadores en lo político y en lo económico, etc.<sup>95</sup>, esto conllevó a que las sociedades entraran a un complejo torbellino donde institucionalmente existía una sola verdad, pero en la cotidianeidad surgían múltiples realidades, todas ellas contradictorias entre sí.

Uno de los fundamentos básicos de este imaginario inapelable y hegemónico que tanto se ha mencionado es el problema de gobernabilidad, “(...) para las élites políticas neoconservadoras, la imagen dominante era de una situación potencial de ingobernabilidad política y anomia social, riesgos que fueron interpretados como efectos de la sobrecarga de demandas de la sociedad hacia el gobierno, y en no pocas vertientes de ese espectro se atribuía al ‘exceso’ de democracia los problemas de ingobernabilidad que aquejaban a los países occidentales”<sup>96</sup>. Ante la imperecedera crisis en la que se encontraba América Latina, no solamente era necesario, sino justificable implementar cualquier política que estabilizara a la región; de esta manera, la relación histórica entre Estado, sistema político y sociedad se segmentó, imposibilitando que grupos alternos al hegemónico expresaran sus intereses, y menos aún, influyeran en la acción del Estado<sup>97</sup>. Las instituciones, a la vez, se afianzaron como la culminación de la democracia, sin importar las condiciones bajo las cuales se sustentarán sus bases (corrupción, clientelismo, autoritarismo). Mientras existieran, el sistema democrático funcionaría óptimamente<sup>98</sup>.

---

<sup>94</sup> Rodrigo Contreras Osorio, *Op. Cit.*, p. 47

<sup>95</sup> *Íbid.*, p. 46

<sup>96</sup> *Íbid.*, p. 50

<sup>97</sup> *Cf. Íbid.*, p. 49

<sup>98</sup> *Cf.* Carlos Crespo Flores, “La guerra del agua en Cochabamba: movimientos sociales y crisis de dispositivos de poder”, p. 66

El momento histórico en el que se desarrollaron estos movimientos se caracterizó no solo por las rápidas transformaciones, sino también porque a partir de un imaginario que concebía el mundo como uno solo, surgieron contraposiciones que retomaron parte de sus identidades – por ejemplo, la importancia de la diferencia cultural en el movimiento de los piqueteros – y las resignificaron. En este sentido, el territorio<sup>99</sup> fue un aspecto identitario fundamental en los movimientos sociales de inicios de siglo, y será posible discutirlo más adelante con mayor profundidad. Sin embargo, resulta notable como a través de la búsqueda de recuperación/organización de espacios, ya fuera simbólica o literalmente, las nuevas subjetividades establecieron formas alternativas de relacionarse política, económica y socialmente, defendiendo su autonomía y rechazando el deber ser impuesto por las instituciones estatales.

### 1.1 El qué, el quién y el cómo

Los movimientos sociales acaecidos a inicios del siglo XXI en México, Argentina y Bolivia tuvieron cada uno características propias y a la vez, compartidas. Los protagonistas de estos sucesos pertenecieron, mayoritariamente, a un grupo de la población que quedó simbólicamente *excluido* de la lógica democrática y neoliberal, y que luchó por ser parte de la misma a través de la conquista de derechos como sujeto colectivo, y de la dignificación en su vida cotidiana – ya fuera en el ámbito laboral, educativo, económico, etc. Julio Alguacil Gómez establece que, “(...) amplios sectores de la población *quedaron* fuera del sistema en varias de las dimensiones que *condicionaron* la satisfacción de las necesidades humanas, *cómo el* sistema político, económico, social, cultural y su hábitat *quedó* segregado y degradado social y ambientalmente”<sup>100</sup>. Al identificarse como sujetos relegados y sin voz o presencia, los nuevos actores sociales se dieron a la tarea de re politizarse para hacerse escuchar, “El acceso a la política empieza en el propio cuerpo, en el territorio, en el ámbito

---

<sup>99</sup> Raúl Zibechi, *Op. Cit.*, p. 187

<sup>100</sup> Julio Alguacil Gómez, *Op. Cit.*, p. 7. Las cursivas son más.

de la vida cotidiana y se proyecta a lo universal que, a su vez, enriquece y favorece la emancipación de la comunidad territorial”<sup>101</sup>.

Del mismo modo, los movimientos sociales alcanzaron una legitimidad cuando abogaron por derechos que supuestamente estaban garantizados por el Estado democrático, como los referentes a la educación, al trabajo digno y honrado, a la salud, y a los recursos naturales. Así, los sujetos partícipes en estos eventos estaban familiarizados con tales garantías y valores, no buscaban una reivindicación sino una aplicación directa en su cotidianidad<sup>102</sup>. Es posible establecer una tensión constante entre los Estados y los movimientos sociales, puesto que ambos buscaban legitimar sus intereses. Por un lado, los sujetos sociales teniendo claro que esto solo sería posible a través de “(...) la ampliación de la democracia, la socialización del poder y la incorporación de los ciudadanos a la política (...)”<sup>103</sup>; y por otro, el Estado tratando de cerrar todas las alternativas al orden que impedían la gobernabilidad en los distintos países.

Asimismo, referimos que todo movimiento social analizado es complejo debido a la serie de contradicciones que se presentaron dentro de su configuración; puesto que se concordó un movimiento que fue “(...) a la vez unitario y plural, capaz de combinar la teoría con la práctica, lo individual con lo colectivo, la identidad con la alteridad, lo local con lo global”<sup>104</sup> y, sobre todo, que quiso ser parte de un mundo que se empeñó en rechazarlo. Esto no quiere decir que no se generaran críticas al sistema; sin embargo, en contraste a lo que algunos autores establecen, no se trataron de movimientos anti (¿neoliberalismo?) sino más bien *alter*<sup>105</sup>. Es decir, no hubo un intento por alcanzar las cúpulas del poder y transformar desde arriba (si bien en el caso de Bolivia esto no puede afirmarse por completo) al menos en los inicios, sino que se buscaron formas disyuntivas de organizarse que permitieran de manera autónoma y digna vivir de otro modo *esta* era neoliberal. La autonomía desde una perspectiva ética representa, pues, la complementación de la identidad y la alteridad, establece Julio Alguacil.

---

<sup>101</sup> *Íbid.*, p. 6

<sup>102</sup> *Cf. Íbid.*, p. 12

<sup>103</sup> *Íbid.*, p. 22

<sup>104</sup> *Íbid.*, p. 19

<sup>105</sup> *Cf. Íbid.*, p. 15

El hecho de que los movimientos sociales de inicios de siglo no apelaran al imaginario de la revolución – sobre todo por su poca cabida simbólica en las nuevas realidades – y que optaran por transformar el poder, antes de tomarlo, no significó que fueran débiles, poco estructurados o que sus alcances fueran fugaces. En efecto, presentaron muchas limitaciones, sobre todo al momento de organizarse y construir formas alternas de relacionarse política y socialmente. Sin embargo, esto no se debió a una falla del movimiento *per se*, sino a que al compartir desde sus orígenes un mismo imaginario social, el Estado respondió a cada una de sus acciones bajo distintas estrategias<sup>106</sup>, como ha sucedido a lo largo de toda la historia. Es importante tener esto en cuenta al momento de analizar “los triunfos” y las críticas de los movimientos sociales de inicios del siglo XXI.

Por otro lado, la diversidad como constituyente de identidades, principio fortalecido por la libertad de mercado, permitió a los sujetos de “Los nuevos movimientos sociales *que incorporaran* la perspectiva dialógica de la simbiosis que *hizo* complementarias las diferencias (de los elementos del ecosistema, de los géneros, de la edad, de las culturas), que a la vez se *complementó* con la perspectiva dialéctica de superación de la desigualdad en términos antagonistas”<sup>107</sup>. Además, para los movimientos de la época, generar identidades implicó “(...) la recuperación creativa de luchas populares y experiencias organizativas previas”<sup>108</sup>; es decir, la recuperación de los imaginarios anteriores – muchos de la vieja izquierda – para reincorporarlos a los nuevos discursos.

Para concluir este apartado, una cita de Julio Alguacil sobre la sociedad en la que surgen los movimientos sociales seleccionados,

Estamos instalados en plena sociedad del riesgo, en un discurrir cuya característica más evidente es precisamente la indefinición, la incertidumbre, el no saber hacia donde vamos. La sensación de estar cabalgando en una transición permanente en donde cohabitan viejas normas y nuevos valores, viejas y nuevas estructuras, precisa superar el solipsismo de la mirada de corto plazo, del vivir el presente sin imaginar y sin ir construyendo el futuro. Los

---

<sup>106</sup> Cf., Raphael Hoetmer, “Después del fin de la historia: Reflexiones sobre los movimientos sociales latinoamericanos de hoy”, p. 99

<sup>107</sup> Julio Alguacil Gómez, *Op. Cit.*, p. 15. Las cursivas son mías

<sup>108</sup> Ada Freytes Frey, Cecilia Cross, “Movimientos piqueteros: alcances de su construcción política”, p. 140

nuevos movimientos sociales aportan esa mirada hacia el futuro generando innovaciones en el presente, de reflexión y de práctica que debe permitir la autodeterminación del sujeto, el control sobre los procesos sociales, el dirigir y controlar nuestras propias vidas<sup>109</sup>.



## 2. “El agua es nuestra, carajo”

La guerra del agua en Bolivia fue uno de los movimientos más paradigmáticos de inicios de siglo; la población boliviana resistió uno de los intentos de privatización más intensos de la historia reciente de América Latina, al tratarse de un recurso básico para la supervivencia humana: el agua. Un aspecto que resulta interesante, surgido dentro de la estructura del movimiento, fue la capacidad de articular distintos actores sociales, provenientes tanto del campo como de la ciudad<sup>110</sup>, y conjugarlos en una demanda concreta: los recursos hídricos deben ser para todos, su acceso no debe ser restringido a un sector social ni monopolizado por un sector o empresa.

Esta exigencia fue el resultado de una serie de reformas propias de la reorganización democrática del país, que había sido impulsada por los gobiernos de Víctor Paz Estenssoro y Hugo Banzer<sup>111</sup> desde 1985, y que no solo abogó por una estructura estatal competitiva, sino que también modificó la política boliviana, conteniendo las disidencias e inconformidades a través de lo que se llamó un “pacto democrático”, en donde los tres partidos principales del país se alternaban el poder<sup>112</sup>. Sin embargo, esta estrategia comenzó a agotarse durante la última década del siglo XX, y para el momento en el que acaeció la guerra del agua, las consecuencias de esta política eran más que evidentes.

---

<sup>109</sup> Julio Alguacil Gómez, *Op. Cit.*, p. 20

<sup>110</sup> Carlos Crespo Flores, *Op. Cit.*, p. 63

<sup>111</sup> *Cf. Íbid.*, p. 63

<sup>112</sup> Stéphanie Alenda, “Bolivia: La erosión del pacto democrático”, p. 3

A pesar de que este pacto buscaba controlar los malestares sociales para implementar las reformas neoliberales, las cosas no fueron tan sencillas. Durante estos años, las protestas y los reclamos por parte de la sociedad no fueron infrecuentes, al igual que las represiones y los estados de sitio en respuesta a las primeras<sup>113</sup>. Retomando uno de los argumentos planteados anteriormente, no significó que antes de la guerra del agua, no hubieran existido otros movimientos, sino que las réplicas estatales resultaban expresamente violentas, por lo que fue necesario encontrar maneras diferentes, conjugadas con el escenario político, para generar un movimiento más *grande*.

Durante el último gobierno de Banzer, la represión disminuyó derivada de la deslegitimación de un sistema político caracterizado por el clientelismo y la corrupción<sup>114</sup>. Asimismo, las reformas implementadas poseían un carácter un tanto desestructurado, y las medidas del Estado para controlar las protestas, eran cada vez menos efectivas. De acuerdo con Tarrow, esto podría explicar el surgimiento y la organización de los movimientos predecesores de la guerra del agua, puesto que a mayores oportunidades políticas – en este caso un Estado débil y en crisis – mayor el impacto del movimiento social en la sociedad.

Sin embargo, también es posible pensar tal situación desde otra perspectiva: los grupos excluidos de la representación y la participación políticas tuvieron que transformar los movimientos sociales en partidos – tal es el caso del Movimiento al Socialismo (MAS) – debido al pacto democrático que impidió la generación de antagonismos reales dentro de las élites representativas<sup>115</sup>. Esto resulta importante no solo para comprender la construcción del movimiento en sí, sino también para reflexionar en torno a las teorías y paradigmas sobre el estudio de los movimientos sociales, puesto que de acuerdo con Tarrow, son las oportunidades políticas las que generan movimientos fuertes, y en el caso de Bolivia fue lo contrario. Esta situación indica que los factores que generan acción social son múltiples, en este caso, los imaginarios sociales y los símbolos identitarios serían esenciales para la configuración de los movimientos sociales.

---

<sup>113</sup> Cf. Stéphanie Alenda, *Op. Cit.*, p. 9

<sup>114</sup> *Ibid.*, p. 8

<sup>115</sup> Rafael Archondo, “La ruta de Evo Morales”, p. 91

En los siguientes dos apartados, se profundizará en tres elementos que coadyudaron a consolidar la identidad interna del movimiento, y que además son perceptibles en otros sucesos de la época: (I) la autonomía partidaria, (II) la reterritorialización, y (III) la resignificación de la cultura indígena en los campesinos, quienes fueron actores fundamentales en el desarrollo de la guerra del agua boliviana.

## **2.1. La búsqueda de formas autónomas de organización**

Una de las características de los movimientos sociales en América Latina acaecidos a finales del siglo XX, fue la búsqueda de la autonomía en la representación política<sup>116</sup>. Muchos de los partidos que gestionaban las disidencias sociales perdieron credibilidad como consecuencia de las diversas transformaciones (y fallas) de los ámbitos político y económico. En el caso de Bolivia, si bien el pacto democrático impidió que muchos grupos sociales, especialmente campesinos e indígenas, se vieran representados en las cúpulas del poder, la construcción de una autonomía política comenzó a constituirse desde antes, cuando la izquierda “tradicional” llegó al poder y se mantuvo por más de diez años<sup>117</sup>. Durante este periodo, el gobierno controló los movimientos campesinos insertando a sus partidarios dentro de las organizaciones. Esto construyó el imaginario social de que los campesinos eran incapaces de gestionar sus propias acciones, a la vez que requerían de intelectuales externos para estructurar sus demandas y políticas<sup>118</sup>.

Por otra parte, desde los años cincuenta, una de las acciones más importantes de los campesinos – mayoritariamente indígenas – fue la lucha por el derecho a la educación. Esto derivó en que paulatinamente, se generaran líderes dentro de los movimientos y que la necesidad de intelectuales externos fuera cada vez menor<sup>119</sup>. A esto se sumó la pérdida de legitimidad de los gobiernos de izquierda debido en gran parte a las crisis económica e

---

<sup>116</sup> Raúl Zibechi, *Op. Cit.*, p. 186

<sup>117</sup> Rafael Archondo, *Op. Cit.*, p. 87

<sup>118</sup> Cf. René Antonio Mayorga, “La crisis del sistema de partidos políticos en Bolivia: causas y consecuencias”, p. 93-95.

<sup>119</sup> Raúl Zibechi, *Op. Cit.*, p. 186

inflacionaria que sucedieron posteriormente; y también, a los cambios en "la representación política" y en el Estado.

En Bolivia, la Central Obrera Boliviana (COB), parte esencial hasta los años 80 en la mayoría de los movimientos sociales, perdió relevancia con la transformación de las relaciones laborales y la privatización de numerosas empresas<sup>120</sup>. Los "(...) ajustes estructurales de 1985 en adelante, en combinación con privatizaciones *desde* 1993, *produjeron* cambios profundos en el mundo del trabajo, socavando cuantitativa y cualitativamente las bases del sindicalismo, y provocando lo que muchos llaman la "muerte" de la COB"<sup>121</sup>. Aunado a ello, las reformas promovidas por el Ajuste Estructural, instituyeron al partido como único mecanismo para canalizar demandas sociales y de comunicación entre la sociedad civil y el Estado<sup>122</sup>, pero este perdió credibilidad dentro de ciertos grupos sociales.

Las protestas campesinas surgidas a raíz de los intentos por privatizar el agua en la región de Cochabamba, provocaron que, en noviembre de 1999, después del primer bloqueo a la ciudad, se creara la Coordinadora Departamental del Agua y la Vida, que tendría una participación esencial de lo que sería la Guerra del Agua<sup>123</sup>. Esta agrupación concentró dentro de sus filas a una multiplicidad de organizaciones de la sociedad civil regional<sup>124</sup> las cuales veían representados sus intereses en las demandas del movimiento,

(...) la Coordinadora nace fundamentalmente alrededor de entidades autónomas como el Comité de Defensa del Agua y la Economía Familiar, la Federación de Regantes y la Federación de Trabajadores Fabriles, pero en ella *participaron* una multiplicidad de sectores, desde organizaciones vecinales, colegios de profesionales, perforadores de pozos, maestros, campesinos, universidad, jubilados, hasta la «barra brava» del Wilsterman (el equipo de fútbol más popular del departamento) ... y *tenía* un espectro también diverso de

---

<sup>120</sup> Cf. *Íbid.*, p. 60

<sup>121</sup> Thomas Kruse, La "Guerra del Agua" en Cochabamba, Bolivia: terrenos complejos, convergencias nuevas", p. 3. Las cursivas son mías.

<sup>122</sup> Cf. Carlos Crespo Flores, "*Op. Cit.*", p. 67

<sup>123</sup> Cf. *Íbid.*, p. 61

<sup>124</sup> Cf. *Íbidem.*

ideologías políticas: neomarxistas, ambientalistas, liberales demócratas, cívicos y jóvenes anarquistas<sup>125</sup>.

Esta configuración se debe también, a la pauperización de muchos grupos de clase media que, de un día a otro, perdieron su estabilidad económica, su estatus, y con ello, una gran parte de su identidad social<sup>126</sup>.

La gestión de la Coordinadora resignificó la vida democrática del país, en el sentido de que el movimiento se fundamentó en una organización descentralizada, autónoma y multicultural, articulada en numerosas redes de acción<sup>127</sup>, que simultáneamente logró aprovechar cada uno de los aportes de los integrantes. Además, promovió su labor desplazándose a los barrios y asociaciones más alejadas<sup>128</sup>, con lo que la población que vivía marginada se involucró en la política a través de consultas populares, asambleas, mesas de discusión, etc.,

La Coordinadora logró reunir y aprovechar habilidades diversas, lo que le permitió construir una crítica clara, compacta y poderosa de los procesos en marcha. El éxito de la Coordinadora también se debió en gran parte al hecho de convertirse en portadora de un mensaje sencillo y potente, que resonaba poderosamente con múltiples posiciones frente al tema del agua (urbano, rural, marginal, clase media, profesional, consumidor pobre, etc.). (...) En la Guerra del Agua se destilaron dos demandas claras, en torno a un problema agudo de necesidad básica, y contra la humillación cotidiana a manos de los políticos<sup>129</sup>.

Conforme la representación y las demandas de la Coordinadora fueron abarcando más sectores sociales, tuvieron que ser reconocidas por el Estado. El gobierno se vio obligado a negociar con la Coordinadora, una situación que parecía salirse del contexto completamente, modificando 31 artículos de 75 de la Ley y Contrato<sup>130</sup>, con lo que se abrieron otras posibilidades de diálogo entre Estado y gobernados que iban más allá de un partido político. Este fue el inicio de una serie de acciones generadas por la Coordinadora,

---

<sup>125</sup> *Íbid.*, pp. 63 y 64. Las cursivas son mías.

<sup>126</sup> Raúl Zibechi, *Op. Cit.*, p. 186

<sup>127</sup> *Íbid.*, p. 64

<sup>128</sup> Thomas Kruse, *Op. Cit.*, p. 38

<sup>129</sup> *Íbid.*, p. 37

<sup>130</sup> *Cf.* Carlos Crespo Flores, *Op. Cit.*, p. 61 -62

y que absolutamente pueden considerarse como una reapropiación de los procesos democráticos y soberanos.



**FOTO 1.** Grupo de policías durante la toma de Cochabamba. Se lee la consigna: “El agua es del pueblo carajo!”.<sup>131</sup>

Si bien la Coordinadora no fue el organismo que impulsó por sí sola al movimiento, sí logró incluir dentro de su discurso las distintas ideas de los grupos que la conformaban, por ejemplo, las de los ecologistas campesinos de Cochabamba e incluso de ingenieros urbanos, sin buscar comandar filas sindicales, sino que más bien, articuló argumentos resonantes, enarboló símbolos, sentó estrategias y pautas aprehendibles y proveyó oportunidades para la articulación de iniciativas en distintos espacios –y todo en torno a

<sup>131</sup> Fuente: [<https://arenaria.home.xs4all.nl/water/pix/Cochabamba/Grupo%20de%20polic%EDas.jpg>] Consultada en línea el día 15 de marzo de 2020.

dos necesidades básicas: el acceso al agua, y un sentido de dignidad<sup>132</sup>. La diferencia con la COB fue la ruptura de la forma centralista propia de los sindicatos, y el rechazo – al menos durante el momento de la toma de la ciudad – de las vías institucionales democráticas<sup>133</sup>.

Sumando todos estos aspectos, es posible inferir que la Coordinadora logró que la exigencia del derecho al agua, como un recurso público y necesario, construyera un discurso en torno a la solidaridad y la diversidad que atravesó la lógica neoliberal del Estado; asimismo, se reapropió de la idea de la democracia, y descentralizó estos procesos para involucrar a sectores de la población en su mayoría marginados, a la toma de decisiones nacionales. Así, observamos cómo el imaginario del miedo a la exclusión, establecido por Lechner, fue también un motor para buscar la participación política y cuestionar las formas institucionalizadas que apelaban por una estabilidad antes que una resolución de las demandas sociales.

La Coordinadora criticó el acceso y uso inequitativos del agua potable y los recursos hídricos; así como la concesión de tal a empresas privadas y lógicas de mercado, cuando se trataba de un recurso vital que debía ser accesible para todos. Asimismo, y relacionado con el párrafo anterior, manifestó el riesgo al que se enfrentaban la multitud de sistemas alternativos autogestionarios de distribución del agua, bajo el carácter monopólico de tal asignación<sup>134</sup>. Por ende, “la lucha por la nulidad del contrato con «Aguas del Tunari» se ajusta a la de los movimientos sociales que rechazan la globalización neoliberal y sus efectos perversos, con su lógica privada”<sup>135</sup>, aunque esto no quiere decir que los cochabambinos lucharan por quedarse fuera del sistema, sino que disputaron el pertenecer a una lógica que los incluyera, sin que esto significara dejar a un lado sus propias identidades.

La búsqueda por una autonomía partidaria no terminó ahí. En marzo de 2000, se organizó un referéndum público en donde se preguntó a la población su postura sobre la rescisión del contrato con «Aguas del Tunari», y la modificación de la Ley 2029; la participación fue masiva, atrajo a cada vez más grupos sociales, y más del 90 por ciento de

---

<sup>132</sup> Cf. Thomas Kruse, *Op. Cit.*, p. 158

<sup>133</sup> Cf. Carlos Crespo Flores, “La guerra del agua en Cochabamba: movimientos sociales y crisis de dispositivos de poder”, p. 69

<sup>134</sup> Cf. Carlos Crespo Flores, *Op. Cit.*, p. 62

<sup>135</sup> Cf. *Íbid.* p. 63

los votantes apoyaron las acciones de la Coordinadora<sup>136</sup>. Respaldados por ese apoyo, y la legitimidad que traía consigo, la organización comenzó a presionar cada vez más para que se rompiera el contrato con Aguas del Tunari. Tras la toma de Cochabamba, y una serie de enfrentamientos entre la población, la policía y el ejército, en abril de 2000, el gobierno bolivariano decidió terminar toda estipulación con la empresa<sup>137</sup>. Esta fue una pequeña victoria para el movimiento, aunque posteriormente se concretaría con la ruptura total del pacto democrático en 2002, y la llegada del Movimiento al Socialismo (MAS).

## 2.2. El territorio y la lucha por la identidad

Por otra parte, dentro del repertorio de protesta del movimiento, es posible encontrar símbolos identitarios que coadyuvaron a la configuración específica del mismo. Si bien gran parte de sus acciones estuvieron influenciadas por la tradición insurreccionalista de la COB – como bloqueo de caminos, el paro indefinido y la utilización de prácticas democráticas – también utilizaron elementos propios de la época, por ejemplo, el uso de espectaculares, el aprovechamiento de los medios masivos de comunicación quemando públicamente facturas de agua, realizando cercos, carnavales, entre otras. Además, presentaron ante las instituciones correspondientes una demanda legal, lo cual fue innovador dentro de los movimientos sociales<sup>138</sup> del periodo, pues con esta acción, el movimiento comenzó a adentrarse en la política de manera más directa. Sin embargo, el aspecto más importante fue la toma simbólica y literal de la ciudad de Cochabamba.

Histórica y culturalmente, Cochabamba es una región que ha sufrido escasez de agua. La población sabe que el agua es limitada, y, por ende, la valoran de una forma distinta a otras regiones; es decir, el imaginario cochabambino está atravesado por la falta de este recurso vital<sup>139</sup>, “(...) el agua en Cochabamba ha sido una frustración eterna”, añade Thomas

---

<sup>136</sup> *Ibid.*, p. 61-62

<sup>137</sup> *Cf. Ibidem.*

<sup>138</sup> *Cf.* Carlos Crespo Flores, “La guerra del agua en Cochabamba: movimientos sociales y crisis de dispositivos de poder”, pp. 64 - 69

<sup>139</sup> *Ibid.*, p. 63

Kruse, ante lo cual no es de sorprenderse que los habitantes estuvieran dispuestos a defender lo que *naturalmente* les ha faltado. A la vez, la misma insuficiencia del recurso abrió la puerta para generar ganancia, amparada bajo la ley de la oferta y la demanda<sup>140</sup> e impulsada por la cultura de mercado característica del Estado competitivo.

Además de esto, desde inicios de los años 90, el Banco Mundial promovió una serie de reformas en relación con el sistema de agua potable y alcantarillado, con la fuerte tendencia a privatizar las principales empresas municipales y fijar altas tarifas que afectarían, sobre todo, a la población más empobrecida de la nación<sup>141</sup>. Es importante señalar que, “Desde los setenta, en el valle de Cochabamba, ya existían movimientos campesinos de resistencia a la explotación de recursos hídricos para consumo de la ciudad; en 1994 y 1997 se generan grandes movilizaciones campesinas contra la perforación de pozos profundos, por parte de la entonces empresa municipal de agua (SEMAPA)”<sup>142</sup>; es decir, la resistencia de la población cochabambina no surgió espontáneamente, sino que implicó una fuerte identificación con la defensa del espacio, sustentado en otro imaginario: aquel proveniente de la relación entre las comunidades indígenas y la organización del territorio.

Cuando se habla de “territorio”, no solo se hace referencia al espacio físico en el que habita un grupo social, sino también a todos los elementos que coadyuvan a cohesionar una identidad y una cultura, “El territorio es el espacio en el que se construye colectivamente una nueva organización social, donde los nuevos sujetos se instituyen, instituyendo su espacio, apropiándose material y simbólicamente”<sup>143</sup>. En Cochabamba, el agua y la problemática alrededor de ella conformaron un imaginario específico en torno a la importancia de este recurso y la relación con ella.

Por otro lado, los aspectos identitarios habían adquirido una gran relevancia internacional, y eran apoyados por numerosas asociaciones y organizaciones<sup>144</sup>, “El respeto a la diferencia, a las tradiciones, al carácter holista de las culturas, adquirió un valor

---

<sup>140</sup> Thomas Kruse, *Op. Cit.*, p. 6

<sup>141</sup> Cf. Carlos Crespo Flores, *Op. Cit.*, p. 60

<sup>142</sup> Cf. *Íbidem*.

<sup>143</sup> Raúl Zibechi, *Op. Cit.*, p. 187

<sup>144</sup> Stéphanie Alenda, *Op. Cit.*, p. 16

positivo”<sup>145</sup>. Los campesinos de la región retomaron la etnicidad para caracterizar y diferenciar el movimiento, aspecto que posteriormente se presentaría en el MAS, y construir una identidad opuesta a la neoliberal. A través de la generación de un discurso enraizado en valores indígenas, como la democracia comunitaria, la reapropiación de espacios originarios y, en el caso de Cochabamba, el recurso hídrico, este movimiento comenzó a insertarse en la política<sup>146</sup> y a modificar las relaciones de poder que hasta el momento se habían ejercido.

La población, entonces, comenzó a organizar su distribución de manera autónoma, apegada a la tradición de las comunidades indígenas. Contrario a la lógica neoliberal, en la región cochabambina el aprovechamiento de tal recurso estaba profundamente atravesado por “(...) múltiples y gruesos mecanismos sociales, culturales e históricos, y extremadamente lejos de un “mercado” donde el agua es el simple “bien económico” con el cual quiso lucrar la Bechtel Corporation”<sup>147</sup>. Así, las consignas “el agua es un don de Dios y no una mercancía” y “el agua es nuestra, carajo” emitidas durante la toma de la ciudad, construyen y posicionan un discurso, que si bien concuerda con el repartimiento *democrático* del agua como símbolo de justicia y dignidad, difiere con la manera en la que esto se quiere lograr: a través de la mercantilización y monopolización del recurso, ignorando los *usos y costumbres* de la población<sup>148</sup>.

Así, estas frases son el sumario de una población que muestra su hartazgo ante las humillaciones constantes del Estado y que “(...) *captaron* bien el sentido común: por un lado, *insistían* en el acceso al elemento vital, y por otro *eran* un grito para poner fin a los atropellos a la dignidad. Este mensaje compacto y denso logró “politizar” el agua de un modo productivo, en los términos ya no de las elites locales, sino de demandas básicas y de una “tolerancia cero” a las negociaciones oscuras. En este sentido, era una combinación de enunciación y acción que democratizaba –abría a la luz, aprehensión y acción pública– el tema del agua”<sup>149</sup>.

---

<sup>145</sup> Salvador Romero Ballivián, “Condepa y UCS: el declive del neopopulismo boliviano”, p. 69

<sup>146</sup> René Antonio Mayorga, *Op. Cit.*, p. 95

<sup>147</sup> Thomas Kruse, *Op. Cit.*, p. 17

<sup>148</sup> *Cf. Íbid.* p. 32

<sup>149</sup> *Íbid.*, p. 37



FOTO 2. Gente enojada en la plaza principal.<sup>150</sup>

La guerra del agua puede ser entendida como muchas cosas, y analizada desde muchos otros puntos. En este trabajo se abordó sobre todo como una acción que generó diálogos, formas alternas de relacionarse, hacer política y organización democrática. Así, este movimiento se comprende como una expresión de resistencia al proceso de normalización<sup>151</sup>, y al mismo tiempo como un reflejo de la crisis de gobernabilidad por la que atravesó Bolivia en esos años, y que el Estado arduamente se empeñó en negar. El movimiento que originó la guerra del agua no solo fue un desafío, como lo establece su definición, sino que emergió de la imposibilidad de participar en la vida política, al mismo tiempo que se vio beneficiado de ciertos elementos promovidos por el propio Estado

---

<sup>150</sup>

Fuente:

[<https://arenaria.home.xs4all.nl/water/pix/Cochabamba/Gente%20enojada%20en%20la%20plaza%20principal.jpg>] Consultada en línea el día 15 de marzo de 2020.

<sup>151</sup> Darier 1999, p. 19

competitivo: la diferencia de la identidad, los medios masivos de comunicación y una propia lógica del mercado rechazada, un “nosotros no somos eso”.

A pesar de que hoy en día, el tema del agua continúa siendo un desafío para la región y la Coordinadora no terminó de consolidar una manera autónoma de distribuir el recurso, lo que hay que puntualizar fue cómo los diversos actores dudaron de todo el conjunto de dispositivos discursivos con los cuales el sistema político neoliberal funcionaba, y que permeó en los imaginarios colectivos. El discurso *único y verdadero* promovido por los grupos hegemónicos fue exhibido por los cochabambinos, mostrando sus contradicciones, la precariedad de su implementación y, en suma, visibilizando la crisis del modelo.<sup>152</sup>

Es importante comprender que lo que se desarrollaría después en Bolivia, es decir el rompimiento total del pacto democrático, la crisis partidaria y el cambio de gobierno fueron sucesos relacionados entre sí, y cuyos síntomas fueron perceptibles desde este momento. El discurso que comenzó a constituirse desde finales del siglo XX, y que es perceptible a lo largo de este movimiento, fue aquel que exigía una mayor participación de los sectores históricamente excluidos, rechazando las estrategias de mediación existentes, y generando maneras distintas de ejercer el poder.



### **3. El movimiento de los invisibles**

Similar a lo sucedido en Bolivia, el movimiento de los piqueteros no fue un evento que surgió casualmente, ni tampoco constituyó una acción fugaz de corto alcance. Desde los años 70, la exclusión y el empobrecimiento sociales habían comenzado a ser más notables en la sociedad argentina, bajo el último gobierno militar. No obstante, al finalizar este e iniciarse la transformación hacia un Estado democrático y competitivo, la recesión

---

<sup>152</sup> Cf. Carlos Crespo Flores, “La guerra del agua en Cochabamba: movimientos sociales y crisis de dispositivos de poder”, p. 66

económica y el desempleo aumentaron considerablemente, llegando a su clímax a partir de 1995<sup>153</sup>, “un enorme contingente de trabajadores fue expulsado del mercado de trabajo formal, mientras que otro sufrió las consecuencias de la precarización o buscó refugio en las actividades informales, como estrategia de sobrevivencia”<sup>154</sup>. Paradójicamente, estos cambios permitieron la coexistencia entre crecimiento económico y aumento de la desocupación, modificando sustancialmente muchas de las identidades de los grupos que quedaron fuera del “progreso” neoliberal.

Así, desde mediados de los años 90, una serie de respuestas surgieron dentro de una sociedad que ya no estaba tan convencida de los avances y condiciones propuestos por el Estado competitivo<sup>155</sup>. Algunas de estas contestaciones derivaron en movimientos sociales, entre ellas, se encontró el de los piqueteros. Reflejando bien las características de tales sucesos durante la época, el movimiento de los desocupados no surgió por un quiebre del sistema económico y político, sino que más bien emanó de las contradicciones y condiciones generadas por el mismo sistema<sup>156</sup>. Con la sustitución del Estado de bienestar por un Estado competitivo, se modificó la manera en la que los grandes sindicatos, protagonistas de los movimientos sociales en Argentina a lo largo del siglo XX, se relacionarían con las cúpulas del poder. Al ver mermados muchas de las condiciones laborales y económicas, optaron por negociar con el gobierno a fin de sobrevivir, adaptándose mayoritariamente al nuevo contexto nacional e internacional<sup>157</sup>. Sin embargo, la tradición política organizativa no se perdió, sino que fue heredada a los nuevos protagonistas que basarían su movimiento en la construcción/destrucción de una identidad – *no somos desocupados, somos piqueteros* – y, a la reapropiación y resignificación de territorios, formas organizativas y gestión económica.

El movimiento de los desocupados se alzó como una respuesta crítica a los procesos neoliberales que sucedían en Argentina durante ese periodo, sobre todo en el ámbito

---

<sup>153</sup> Ver Maristella Svampa, Sebastian Pereyra, “La política y los movimientos piqueteros”, pp. 2-4

<sup>154</sup> Ver Maristella Svampa, Sebastian Pereyra, “Las dimensiones de la experiencia piquetera: Tensiones y marcos comunes en la organización y movilización de desocupados en Argentina”, p. 3

<sup>155</sup> Ver Héctor Palomino, “Las experiencias actuales de autogestión en Argentina”, p. 117

<sup>156</sup> *Ibid.*, p. 117

<sup>157</sup> Maristella Svampa, Sebastian Pereyra, *Op. Cit.*, p. 3

laboral, aunque también se manifestaron en contra de las privatizaciones estatales. Los desempleados o mejor dicho, desocupados, se constituyeron como un nuevo grupo social que hasta ese momento había pasado desapercibido, exigiendo su derecho a las garantías políticas y sociales más básicas, incluida la vida digna<sup>158</sup>, sustentada por un trabajo formal. El imaginario de los piqueteros se sustentó en la fragmentación del mundo laboral, el cual proporcionaba una identidad social y política, y en la reflexión nostálgica sobre el pasado y las instituciones y reglas que lo sostenían<sup>159</sup>.

De otro lado, y al igual que sucedió con los miembros de la Coordinadora en Bolivia, los desocupados no solo construyeron símbolos dentro de sus demandas, sino que se propusieron crear alternativas contra las reformas neoliberales, entre ellas el Frente Nacional contra la Pobreza, en el cual (y del mismo modo que en la Coordinadora), se conjugaron diversas organizaciones sociales y hasta partidos políticos<sup>160</sup>,

El movimiento piquetero (...) fue una representación política y social de los sectores desempleados que se pusieron en marcha ante la gravedad de la crisis capitalista. Su origen se remonta a la segunda mitad de los '90 y fue la respuesta, que en el terreno de la lucha de clases y de la organización social, dio un sector de la clase trabajadora -expulsada de la fuerza de trabajo- ante el enorme crecimiento de la pobreza y del desempleo masivo que tiñó el mapa social de la Argentina al ritmo de las políticas neoliberales y la entrega de los recursos nacionales del gobierno peronista de Carlos Menem<sup>161</sup>.

De esta manera, los piqueteros surgieron como un grupo invisibilizado por un sistema incapaz de ofrecerles un trabajo digno y formal, eliminando con ello, la posibilidad de identificarse con los sindicatos o con un espacio propio perteneciente – en sentido figurativo - a los obreros, como la fábrica. Mediante el piquete o corte de ruta, su repertorio de protesta por excelencia, mostraron su existencia e inconformidad, logrando consolidar un nuevo grupo social, con características distintivas. Asimismo, el movimiento de los

---

<sup>158</sup>Cf. Ada Freytes Frey y Cecilia Cross, *Op. Cit.*, p. 122

<sup>159</sup> Ver Héctor Palomino, *Op. Cit.*, p. 117

<sup>160</sup> Cf. *Íbid.*, p. 134

<sup>161</sup> Ruth Werner y Facundo Aguirre, "Entre la lucha de clases y la institucionalización. El movimiento piquetero", p. 1. Las cursivas son mías.

desocupados conllevó una paradoja notable: la exigencia de una integración por medio del empleo formal y, en ese mismo acto, la impugna a un ordenamiento social que los dañaba<sup>162</sup>. Se trató de un movimiento social emergido de una sociedad compleja y contradictoria, que exhibió las incompatibilidades de un sistema inestable, las cuales derivarían en la crisis partidaria del 2001.



**IMAGEN 1.** Cartel sobre charla del movimiento piquetero en Montevideo en 2004<sup>163</sup>. ¿Qué conlleva hablar de rostro cuando los piqueteros representaron lo invisible en la Argentina de inicios de siglo?

<sup>162</sup> Cf. *Íbid.*, p. 163

<sup>163</sup> Imagen obtenida en línea: [<https://archivo.argentina.indymedia.org/mail.php?id=173875&comments=yes>] el día 16 de marzo de 2020.

### 3.1. La construcción de nuevas identidades: el barrio y el piquetero

Históricamente, Argentina había mantenido tasas de desempleo relativamente bajas durante el siglo XX<sup>164</sup> y sus condiciones laborales eran aceptables - en comparación con otros países de la región - gracias, en parte, al trabajo de sindicatos fuertes y organizados. Sin embargo, también fue uno de los países donde las reformas neoliberales atravesaron profundamente los aspectos sociales, modificando por completo los espacios simbólicos y de participación política<sup>165</sup>. Los años de dictadura previos a este momento, también influyeron en la manera en la que la acción colectiva se configuraría, puesto que la violencia no solo física sino simbólica, desarticuló muchas de las antiguas organizaciones sociales y coadyuvó a la configuración de un imaginario social en el cual las disidencias concluirían con represiones violentas<sup>166</sup>.

Aunado a ello, el Estado neoliberal difundió el discurso de que la excesiva democratización y poder que el modelo anterior había otorgado a diversos grupos obreros y sindicales, había sido una de las razones por las cuales el país se encontraba en crisis, dado que la cantidad de demandas había rebasado la capacidad estatal de resolverlas. Ante ello, era necesario la participación del mercado para distribuir de manera más eficiente los recursos públicos, y así satisfacer las peticiones de todos<sup>167</sup>. De acuerdo con Norbert Lechner, el control excesivo por parte del mercado aparejó la idea de una naturalización en los procesos sociales, donde las personas ya no tenían poder de acción, solamente de adaptación. De esta manera, la pobreza y el desempleo se convirtieron en consecuencias de los individuos que no lograron adaptarse a las nuevas condiciones, y no tanto de una incapacidad del sistema por garantizar una vida digna a todos los sujetos sociales.

Como se ha mencionado, una de las consecuencias de estas reformas fue el incremento de la desocupación, y con ella los índices de pobreza y desigualdad. Todo esto modificó las relaciones colectivas, puesto que, sin un empleo, no existía en primera

---

<sup>164</sup> Cf. *Íbid.*, p. 149

<sup>165</sup> Cf. *Íbid.*, pp. 146 - 147

<sup>166</sup> Cf. *Íbid.*, p. 149

<sup>167</sup> Cf. *Íbid.*, pp. 150 -151

instancia el motor que las impulsara ni tampoco un espacio que permitiera la organización e intercambio de ideas, “El imaginario de la integración social, con base en el empleo formal y las expectativas de bienestar (y ascenso social), que fue el eje de gran parte de la clase obrera, se hizo añicos ante una situación social enmarcada por el deterioro de las condiciones y posibilidades de empleo”<sup>168</sup>. La desocupación modificó los tejidos sociales, la manera de interactuar y el hacer política; el individuo en paro pasó a ser un excluido del sistema, ya que en el discurso hegemónico esta condición se debía a su incapacidad (individual) de ajustarse a los cambios, y por ende, no *valía* para el mismo, “De esta manera se borra la pertenencia de los desocupados a la clase trabajadora, se cortan los vínculos históricos y se liquida la noción clásica de lucha de clases”<sup>169</sup>.

La demanda de trabajo digno y genuino – es decir, un trabajo “formal” asalariado, concepción heredada de la lógica sindical<sup>170</sup> – como eje principal del movimiento, fue la ejemplificación de la paradoja entre el progreso económico defendido por el Estado competitivo y la crisis vivida por los miles de sujetos que perdieron su empleo y su estatus social. El movimiento piquetero mostró el alejamiento entre Estado y sociedad – personal y colectivamente –, y la incoherencia entre el discurso y la experiencia<sup>171</sup>.

La composición del movimiento fue variada, tanto en el aspecto social como en el ideológico lo que permitió que sus demandas tuvieran mayor alcance y aceptación en el resto de la población,

El movimiento piquetero (...) *constituyó* una especie de movimiento social urbano de un sector de la clase obrera desocupada, que se *nutrió* esencialmente de trabajadoras del servicio doméstico y amas de casa de las barriadas populares, viejos trabajadores fabriles, ex obreros de la construcción, además de una generación de jóvenes que nunca accedió al mercado de trabajo y una pequeña franja de las poblaciones marginales de pobres urbanos.

---

<sup>168</sup> Cf. *Íbid*, p. 158

<sup>169</sup> Ruth Werner y Facundo Aguirre, *Op. Cit.*, p. 8. Las cursivas son mías.

<sup>170</sup> Ver Maristella Svampa y Sebastian Pereyra, “La política y los movimientos piqueteros”, p. 14

<sup>171</sup> Ver Maristella Svampa y Sebastian Pereyra, “Las dimensiones de la experiencia piquetera: tensiones y marcos comunes en la organización y movilización de desocupados en Argentina”, p. 13

Su organización es esencialmente barrial y sus demandas van del empleo y los subsidios hasta reivindicaciones de índole comunal<sup>172</sup>.

A la vez, dentro de sus filas, los piqueteros contaron con miembros de partidos políticos, organizaciones sindicales y grupos peronistas, comunistas maoístas, trotskistas, entre otros. Del mismo modo, se dio una convivencia entre organizaciones de base territorial, sindicales y partidos políticos<sup>173</sup>, sin convertirse como tal en alguno de ellos.

Además de lo anterior, muchos de los sujetos que integraron el movimiento piquetero habían pertenecido a clases medias empobrecidas a causa de la crisis económica y el desempleo, para las cuales nombrarse *desocupados* resultaba intolerable<sup>174</sup>. Los piqueteros no se identificaban como la “típica” clase pobre, sino como ciudadanos a los que el Estado les debía algo, y tenía una obligación hacia con ellos, “Un nuevo motivo de dignidad –que reemplazaba entonces la perdida dignidad del trabajo– podía comenzar a buscarse explorando y explotando la categoría “piquetero” y enterrando finalmente, aquella de “desocupado””<sup>175</sup>. Esta nueva clase pobre urbana se caracterizó por su heterogeneidad, por poseer una organización con herencia sindical, pero a la vez ligada al trabajo informal<sup>176</sup> y por construir sus discursos y su acción en torno a la inestabilidad causada por el desempleo, y al “abandono” del Estado.

La identidad de piquetero no solo englobó el repertorio de protesta referente al corte de ruta; de hecho, como menciona Héctor Palomino, estos constituyeron solo la punta del *iceberg* de una construcción social mucho más compleja. Los piqueteros configuraron un nuevo imaginario social que convergía una alternidad a las de hasta el momento establecidas, una forma novedosa de protestar y una demanda basada en los planes sociales<sup>177</sup>. Estos elementos fueron mayormente percibidos en los espacios que los diversos

---

<sup>172</sup> *Ibid.*, p. 10. Las cursivas son mías.

<sup>173</sup> Cf. Ada Freytes Frey y Cecilia Cross, *Op. Cit.*, pp. 126-127

<sup>174</sup> Ver Maristella Svampa y Sebastian Pereyra, “La política y los movimientos piqueteros”., pp. 2- 5

<sup>175</sup> Ver Maristella Svampa y Sebastian Pereyra, “Las dimensiones de la experiencia piquetera: tensiones y marcos comunes en la organización y movilización de desocupados en Argentina”, p. 6

<sup>176</sup> Cf. Gabriela Bukstein, “Tiempo de oportunidades: el movimiento piquetero y la democratización en la Argentina”, p. 153

<sup>177</sup> *Ibidem.*

grupos piqueteros tomaron como propios – los barrios –, y que contrastaban con la privatización de espacios predominante en los años 90.

Desde las periferias, los piqueteros comenzaron a conformar nuevas formas de acción y política, abogando por el barrio como el terreno para construir colectividad; estos puntos no fueron ser dominados por las reformas neoliberales por considerarlos inexistentes, así “(...) la reterritorialización de un sector de la clase trabajadora en Argentina introdujo una nueva significación del barrio como espacio de construcción de lazos sociales”, expresan Ada Freytes y Cecilia Cross. Se gestionaron de manera autónoma aspectos como la educación, la economía e inclusive, la generación de empleos; se desarrollaron huertas comunitarias, venta directa de la producción a través de redes de comercialización alternativas, elaboración y manufactura artesanal e industrial de productos frutihortícolas, panaderías, tejidos y confecciones artesanales e industriales<sup>178</sup>.

A la par, surgió la asamblea, una de las formas organizativas más distintivas del movimiento piquetero, en ella se reforzaron prácticas políticas diferentes relacionadas con la comunidad y la autonomía<sup>179</sup>, y se verbalizaron situaciones como la pobreza, el desempleo, las necesidades específicas de los sujetos sociales, y más importante aún, se plantearon las estrategias y decisiones para redefinir su lugar en la sociedad<sup>180</sup>. El trabajo en los barrios, a pesar de su relevancia en la construcción de la identidad del movimiento, suele ser opacado por otras circunstancias como los cortes de ruta, o las dificultades que posteriormente se vivieron dentro de las organizaciones. Sin embargo, fue desde ahí que las muy diversas asociaciones piqueteras constituyeron sus discursos capaces de reformular los ejes de la discusión política, y generaron formas distintas de organización, incluidas la educación y el trabajo<sup>181</sup>,

(...) las asambleas expresan la emergencia disruptiva de un nuevo protagonismo, a la vez indisolublemente político y social, que quebró el fatalismo discursivo-ideológico de los noventa, devolviendo a los individuos la capacidad de devenir verdaderos actores de la vida

---

<sup>178</sup> Héctor Palomino, *Op. Cit.*, p. 119

<sup>179</sup> Maristella Svampa y Sebastian Pereyra, *Op. Cit.*, p. 17

<sup>180</sup> Ver Gabriela Bukstein, *Op. Cit.*, p. 153

<sup>181</sup> Ver Maristella Svampa y Sebastian Pereyra, “La política y los movimientos piqueteros”, p. 14

pública; en definitiva, de convertirse en sujetos del propio destino, tanto individual como social<sup>182</sup>.

El discurso de las organizaciones piqueteras recuperó muchos de los imaginarios pasados provenientes de la variedad de integrantes que lo conformaban, tales fueron el sentido de comunidad y la importancia del barrio como espacio social para posicionarse políticamente en el presente<sup>183</sup>. También fundamentaron su identidad basándose en el grupo social que legitimaban y que hasta ese momento había pasado desapercibido: los desempleados pobres<sup>184</sup>; al nombrarse como *clase* se hicieron presentes en la escena nacional e hicieron que su lucha por un *trabajo genuino* rompiera con lo que hasta ese momento, ellos habían experimentado: el empleo precarizado y explotado, rebelándose contra el lugar que el neoliberalismo les había asignado<sup>185</sup>.

### 3.2. El *triumfo* de los desocupados

En diciembre de 2001, bajo el lema “¡Qué se vayan todos!”, la sociedad argentina puso en evidencia la violencia intrínseca a la imposición del (des) orden capitalista<sup>186</sup>. La asamblea popular, elemento organizativo característico del movimiento piquetero, coadyuvó a consolidar una identidad cultural basada en formas alternas de participación, movilización y acción colectiva radical, solidaria y democrática que rechazaban la política institucional, representativa. El discurso se apegó a un repudio hacia todos los partidos políticos, la sociedad buscaba la transformación de las relaciones de poder, no el cambio de poder de

---

<sup>182</sup> Gabriela Bukstein, *Op. Cit.*, pp. 153 - 154

<sup>183</sup> Cf. *íbid.*, p. 124

<sup>184</sup> “(...) que salga el pueblo a la calle porque *nosotros* solamente no somos, no se dan cuenta, la gente no se da cuenta que a ellos van a hacerle lo mismo, la gente que tiene trabajo van a terminar en los mismo que *nosotros*”, “(...) porque un montón de burócratas durante 14 años no han conseguido nada para *nosotros* y estos cinco mil puestos con 220 pesos lo hemos conseguido *nosotros*, *el pueblo hoy*, hoy esto es por ustedes “. Fragmentos de discursos de miembros del movimiento, *Un Fantasma recorre la argentina. Los Piqueteros (2001)*, Consultado en línea: [<https://www.youtube.com/watch?v=ZyMBaH32muo>] el día 16 de marzo de 2020.

<sup>185</sup> Cf. *íbid.*, p. 163

<sup>186</sup> Ana Cecilia Dinerstein, “Más allá de la crisis. Acerca de la naturaleza del cambio político en Argentina”, p. 245

un partido a otro, los imaginarios sociales de la antipolítica, el contra poder, el anticapitalismo<sup>187</sup>; es decir, la negación constante del orden establecido, el no somos esto, puede considerarse uno de los mayores triunfos del movimiento.

El movimiento piquetero surgió de las contradicciones del sistema, pero también se construyó en su misma colectividad a través de la consolidación de valores como la dignidad, la justicia, la autonomía y la democracia directa, los cuales transformaron el lenguaje y la acción que sostenían los movimientos obreros y sindicales del siglo XX<sup>188</sup>. Es por esto que se habla de un imaginario de resistencia y no de revolución, en el sentido de que el segundo había sido representado por las viejas izquierdas, que, al tomar el poder, fallaron también a muchos grupos sociales.

El imaginario social del desempleado incapaz de adaptarse a los cambios, y responsable de su condición, fue sustituido por el del vecino activo, capaz de construir un proyecto social propio y comunal o también, por el del piquetero autónomo a cargo de la organización de la producción en sus espacios<sup>189</sup>. La resistencia en este sentido se puede apreciar como la oportunidad de discutir y proponer nuevas identidades, nuevas concepciones de la izquierda, y por qué no, de rechazar maneras de realizar acción social.

Así, la trascendencia del movimiento piquetero fue más allá de si tumbaron las reformas neoliberales, terminaron con el desempleo o con el gobierno de Menem. Su mayor relevancia radica en la manera en la que un grupo marginado rompió con el discurso y el imaginario de un sistema global. No hay que olvidar que, para este periodo, "(...) el gobierno de Menem *había desmantelado* los regímenes protectores existentes en materia de comercio internacional, regulación de la economía, derechos laborales y seguridad social. A lo largo de la década de los noventa esta ideología llegó a constituirse en "doxa" para el campo político argentino –y latinoamericano–, esto es, en un marco de sentido "natural" que determinaba los términos dentro de los cuales se daban las discusiones y propuestas políticas, dejando afuera lo que no podía ni siquiera tener un referente"<sup>190</sup>.

---

<sup>187</sup> *Íbid.*, p. 256

<sup>188</sup> *Íbid.*, p. 257

<sup>189</sup> *Íbidem.*

<sup>190</sup> *Íbid.*, pp. 131-132. Las cursivas son más

Bajo estos parámetros, los desocupados *triunfaron* porque a pesar de su condición de marginalidad – que no es sinónimo de exclusión, dado que el sistema es un todo del que nadie está fuera – construyeron una alteridad disruptiva y contraria a todos los preceptos de individualidad, lógica de mercado y naturalización de los procesos sociales. A través de la apropiación del espacio público como terreno de diálogo y democratización de los problemas comunitarios, los desocupados constituyeron su mayor arma. Además, “La apelación a los “piquetes” o cortes de ruta como táctica de protesta fue central para ello [la apropiación del espacio]: los problemas de circulación que los mismos generaron, que atrajeron la cobertura mediática, sirvieron para superar la “invisibilidad” de los trabajadores desocupados. El reflejo por parte de los medios de comunicación de las condiciones de vida de estos últimos puso en escena la realidad que se ocultaba detrás de las desnudas cifras del desempleo”<sup>191</sup>.

Por otro lado, en Bolivia, la descentralización de los movimientos y la recuperación de la identidad campesina e indígena fue esencial para la configuración de los nuevos imaginarios; en contraste, en Argentina lo importante sí fue la reapropiación del territorio, mas se trató del propio espacio urbano que durante la época se caracterizó por fuertes intentos de privatización. El hecho de que los piqueteros tomaran el barrio urbano, dentro de la ciudad (y el simbolismo de ella como estandarte del progreso económico), y gestionaran formas de representación democrática directa<sup>192</sup>, rompió con el discurso de la época,

(...) estas formas organizacionales plantearon construir un contrapoder para reafirmar así el poder de la sociedad civil ante la crisis del Estado, la democracia representativa, la economía, la ley, como así también las formas de la política de la resistencia previas a la crisis, entendiendo así las posibilidades de cambio social como un cambio “desde abajo” (desde el barrio, la calle o la fabrica). Esta es una nueva característica de la política de resistencia en Argentina, país donde existía un alto grado de institucionalización del conflicto social. La dinámica de construcción del contrapoder se basa como vimos en un compromiso cotidiano dirigido a recuperar los espacios públicos locales, desarrollar

---

<sup>191</sup> *Íbidem*.

<sup>192</sup> Héctor Palomino, *Op. Cit.*, p. 123

proyectos comunitarios territoriales, y la capacidad de control y organización ciudadana y obrera, incluidos el diseño de una suerte de “política social desde abajo” y la resistencia a la cooptación, coerción y represión por parte del Estado local y nacional y, en menor grado, por parte de las organizaciones sindicales y políticas de cooptar la autonomía del contrapoder<sup>193</sup>.

Además, “(...) la emergencia de nuevos valores con respecto a los prevalecientes en los años 90: igualitarismo, solidaridad, cooperación (...)”<sup>194</sup>, generaron otras identidades alternas.

Si bien los movimientos piqueteros se enfrentaron a varias dificultades al momento de dar el paso de la gestión barrial a la participación política representativa, “La construcción del contrapoder resultó, como era de esperar, contradictoria y compleja, no debido a una debilidad organizacional o ideológica sino fruto de los condicionamientos que las relaciones sociales capitalistas imponen a la movilización popular. En las sociedades capitalistas, la mediación estatal es difícil de eludir en tanto el Estado es el principal organizador y sostenedor de las relaciones sociales de producción capitalista”<sup>195</sup>. Sin embargo, a pesar de los límites estructurales, no se puede negar su originalidad en cuanto a las prácticas políticas, formas de subjetivación y recreación de lazos sociales<sup>196</sup>, y sobre todo en la manera en la que atravesaron las contradicciones propias del sistema.

El movimiento de los desocupados transformó una problemática simbólica y culturalmente derivada a lo individual (el desempleo) hacia una situación social y por qué no, nacional. Demostraron que el contexto laboral de Argentina no era producto de la inadaptabilidad del sujeto, sino de un sistema fallido desde su origen. A su vez, y de manera un tanto repetitiva, le otorgaron un nombre a un grupo que hasta ese momento parecía ser inexistente, y negaron el rol que se les había impuesto, auto otorgándose una nueva identidad, “la acción colectiva trajo consigo la idea de que otra identidad –y otro destino– era posible para quienes habían perdido su trabajo y habían visto interrumpida su carrera

---

<sup>193</sup> Ana Cecilia Dinerstein, “Más allá de la crisis. Acerca de la naturaleza del cambio político en Argentina”, p. 259

<sup>194</sup> Héctor Palomino, *Op. Cit.*, p. 126

<sup>195</sup> Ana Cecilia Dinerstein, *Op. Cit.*, p. 265

<sup>196</sup> Cf. Maristella Svampa y Sebastian Pereyra, “La política y los movimientos piqueteros”, p. 20

laboral”<sup>197</sup>; además buscaron la participación en el campo político mediante canales no institucionales<sup>198</sup>. Desde múltiples sentidos, los piqueteros fueron sujetos que resistieron, y propusieron una alternativa de mundo, una donde ellos estuvieran presentes.



### **3. El movimiento de los estudiantes por democratizar la educación**

Si bien ningún país atraviesa exactamente por los mismos procesos, la situación de México en comparación con otras naciones de América Latina, se distinguió – específicamente en el siglo XX - por experimentar algunos eventos que configurarían sus discursos e imaginarios sociales de manera diferente, tales como una temprana guerra civil, seguida por la instauración de una democracia aparentemente funcional, y una política con doble vista: al exterior promoviendo la libertad y la soberanía; mientras que al interior se caracterizaba por una represión sistemática y silenciosa. Es por ello que el movimiento analizado en este apartado se distanciará un poco de los anteriores, aunque compartirá rasgos similares e importantes como la resistencia a los embistes de las reformas neoliberales, y la lucha por democratizar la cotidianeidad. De hecho, son las transformaciones generadas por dichas reformas las que permiten colocarlo bajo la misma dinámica que los anteriores.

El 20 de abril de 1999, un año previo a las primeras elecciones donde habría una competencia *real* después de 70 años de unipartidismo, el Consejo General de Huelga decretó paro en la Universidad Nacional Autónoma de México, en repudio al aumento de cuotas que se había aprobado en una sesión del Consejo Universitario bajo coyunturas poco habituales<sup>199</sup>. A primera instancia, esto significaba terminar con la gratuidad casi absoluta

---

<sup>197</sup> Maristella Svampa y Sebastian Pereyra, “Las dimensiones de la experiencia piquetera: Tensiones y marcos comunes en la organización y movilización de desocupados en Argentina”, p. 6

<sup>198</sup> Cf. *Íbid.*, p. 141

<sup>199</sup> Pablo González Casanova, “El conflicto en la UNAM: una historia inconclusa”, p. 38

de la universidad más grande y emblemática de la nación, aumentando la cifra de excluidos de un sistema educativo que, histórica y simbólicamente, había sido uno de los triunfos más representativos de la Revolución de 1910<sup>200</sup>, y que paralelamente, presentaba graves problemas estructurales referentes a la democratización y la cobertura nacional<sup>201</sup>. Esta decisión fue consecuencia de un proyecto privatizador y un apogeo de la cultura de mercado, que derivaría en el sometimiento de la universidad a estas reglas<sup>202</sup>.

Es importante mencionar que, para alcanzar la legitimidad en la implantación de dichas reformas fue necesario construir previamente un discurso lo suficientemente convincente que transformara las concepciones en torno a la educación, tomando en cuenta lo estipulado en el párrafo anterior sobre su relevancia simbólica. Al igual que en los movimientos previos, los eventos no acaecieron casualmente, sino que se remontaron años atrás, expresamente durante la década de los ochenta, con el llamado Plan Carpizo. Posteriormente, las reformas de los CCH en 1995 y al pase reglamentado en 1997<sup>203</sup>, terminarían de consolidar las bases de las políticas neoliberales en el ámbito universitario.

Por otro lado, tras la respuesta estudiantil y el apoyo que adquirió durante los primeros meses de la huelga, el Estado respondió construyendo una imagen de la protesta que la desvirtuaba y deslegitimizaba, apelando a su estrategia de control silenciosa, pero efectiva. Los medios de comunicación y las autoridades universitarias coadyuvaron a que este nuevo imaginario social en torno al movimiento estudiantil se fijara en la sociedad, “en medios de comunicación masiva, como la TV o los periódicos, se construyó y difundió un discurso en el que los estudiantes que se oponían al aumento de cuotas y a las reformas neoliberales en la universidad, eran exhibidos en un primer momento, como ignorantes, poco informados, ingenuos y manipulados, más tarde como irracionales, insensatos, salvajes y violentos”<sup>204</sup>, esto transformó profundamente los imaginarios sociales subsecuentes en torno a la legitimación del movimiento estudiantil.

---

<sup>200</sup> Ana Esther Ceceña, “Rebelión en la UNAM”, p. 43

<sup>201</sup> Cf. Pablo González Casanova *Op. Cit.*, p. 38

<sup>202</sup> Cf. *Íbid.*, p. 42

<sup>203</sup> Ver “...pero ¿Por qué estalló la huelga?”, p. 2

<sup>204</sup> Ver “La respuesta del Estado: la represión”, p. 13

La huelga de 1999 fue un suceso que mostró cómo los múltiples discursos en el imaginario social de la época coexistieron y se enfrentaron entre sí en un mismo espacio y tiempo, a la vez que expuso cómo las herencias culturales de una guerra civil, una *democracia* unipartidista y un Estado que, si bien había virado hacia la liberación del mercado, mantenía un fuerte control institucional, configuraron uno de los movimientos urbanos más emblemáticos de la historia reciente de la educación en México.

#### **4.1. Los imaginarios sociales de exclusión y educación *para todos***

México es un país de jóvenes, de jóvenes pobres. La dinámica económica en la que el país se insertó a finales del siglo XX junto con la política del *todo está bien* lograron crear un imaginario de bonanza sobre realidades de depredación social y ecológica sin precedentes<sup>205</sup>, deteriorando cada uno de los aspectos que conformaban la vida, sobre todo, de esos grupos marginados que vislumbraban la educación como el medio para ascender económica y socialmente, “La situación socioeconómica de los estudiantes es reflejo de las condiciones que priman en el país. El bajo nivel de escolaridad es indicador de la precariedad de condiciones materiales y culturales en las que se desenvuelven más de la mitad de los jóvenes universitarios, muchos de los cuáles *fueron* protagonistas de este movimiento en contra del despojo de las pocas expectativas que albergaban de mejoramiento de su condición social”<sup>206</sup>.

Los años noventa fueron el clímax de la era neoliberal en México, si bien dichos procesos habían comenzado décadas atrás. Los sectores relacionados con los derechos sociales más elementales fueron a los que más énfasis se les puso, bajo el argumento de que su calidad y su distribución eran deficientes debido a que eran controlados por el Estado, quien no tenía la capacidad de satisfacer todas las demandas de la población. A fin de *resolver* esta situación, los recursos federales destinados a estas secciones

---

<sup>205</sup> Cf. Ana Esther Ceceña, *Op. Cit.*, p. 41

<sup>206</sup> *Ibid.*, p. 45

disminuyeron<sup>207</sup> para, paulatinamente, comenzar a privatizarse y someterse a las dinámicas del mercado. Sin embargo, en un país donde la mayoría carecía de los recursos económicos para poder comprar tales servicios, esto derivó en un doble efecto; por un lado, la evidencia más notoria: una selección más elitista de los que podrían acceder a ellos, y la exclusión de la población que no podía pagarlos<sup>208</sup>. Por otro, la transformación de todo espacio social, incluyendo el educativo, al mercantilizar también los procesos de enseñanza y de difusión del conocimiento<sup>209</sup>.



**FOTO 3.** “Cerramos la UNAM para que permanezca abierta todos”<sup>210</sup>.

El hecho de que el evento sucediera en la Universidad Nacional Autónoma de México no fue casualidad. En el imaginario social colectivo, esta institución era el temple de

---

<sup>207</sup> Pablo González Casanova, *Op. Cit.*, p. 41

<sup>208</sup> Raquel Sosa Elizaga, “Crisis y reforma universitaria”, p.48

<sup>209</sup> *Íbid.*, p. 47

<sup>210</sup> Consultada en línea: [<https://revistaconsideraciones.com/2019/04/19/a-20-anos-de-la-huelga-en-la-unam/>] el día 16 de marzo de 2020.

la soberanía y el pensamiento crítico, ante lo cual, la manera en la que se aprobó el aumento de cuotas, significaba de fondo el desprecio por un proceso democrático donde alumnos y docentes pudieron haber intervenido y la desconfiguración de un espacio que era parte de la identidad soberana del país, “La reconceptualización de la educación y del lugar y función de la Universidad dentro de la sociedad mexicana (...) no suscitó una amplia discusión nacional, como debería haber sido (...), sino que fue producto de una decisión de Estado adoptada en conveniencia con los organismos internacionales que *diseñaban* la política mundial”<sup>211</sup>.

Aunado a ello, el miedo a no ser parte de, tan común en los movimientos sociales de la época, llevó a que los jóvenes protagonistas de la huelga de 1999, quienes ya no tenían nada que perder, conjugaran un discurso en el cual se abogaba por democratizar la educación en el sentido más amplio posible, donde fueran sujetos activos de las decisiones y se transparentaran cada una de las acciones emitidas. Del mismo modo, y como se mencionó anteriormente la educación *gratuita* en México ha sido uno de los pilares que fundamente los logros populares y/o emblemáticos a lo largo de su historia.

Hasta el momento se reflexionó en torno al imaginario de la exclusión al que los jóvenes se vieron sometidos a causa de las reformas neoliberales; sin embargo, dentro de los símbolos que utilizaron para conjugar su movimiento también estuvieron presentes la memoria del evento estudiantil más reciente, el de 1986 – 1987, en el cual las modificaciones estructurales que durante la década de los noventa verían su máxima expresión, comenzaron a hacerse plausibles, y, la propuesta ético política del zapatismo<sup>212</sup>,

Los protagonistas del movimiento estudiantil son (...) jóvenes entre 17 y 24 años con muy poca experiencia política, con signos de identidad contradictorios que provienen tanto de la incredulidad que desata la caída del muro de Berlín y del esfuerzo neoliberal por borrar cualquier trazo de memoria histórica, como de las referencias a asideros teóricos muy viejos combinados, y en ocasiones, reñidos, con los nuevos horizontes trazados por el movimiento zapatista<sup>213</sup>.

---

<sup>211</sup> Ana Esther Ceceña, *Op. Cit.*, p. 43

<sup>212</sup> *Ibid.*, p. 42

<sup>213</sup> *Ibid.*, p. 44

A final de cuentas, la propia exclusión coadyuvó a la consolidación de nuevas identidades; el no tener nada, ni presente ni futuro, dirigió a los jóvenes a la búsqueda de la dignidad y la democracia en un espacio que, legítimamente, les pertenecía, y que dentro de sus imaginarios y experiencias sabían que existían. En México, el país donde *todo está bien*, “(...) la generación sin horizontes creada por el neoliberalismo (...) repentinamente *empezó* a recobrar su historia, su conciencia de ciudadanía, de patria y de clase, todo junto”<sup>214</sup>, negándose a aceptar una política de educación en la pobreza y la responsabilidad individual del saberse marginado. Los estudiantes demandaron primeramente, una educación superior gratuita e incluyente, donde el recurso material no fuera causante de exclusión; y a la vez, que se democratizaran las universidades, limitando el autoritarismo y promoviendo la justicia y la libertad<sup>215</sup>. En un país en el cual la cultura política había invadido todos los ámbitos cotidianos esto parecía difícil, sin embargo, expuso los problemas que el orgullo institucional de México, la UNAM, poseía en su forma y fondo.

#### **4.2. La lucha por una política distinta**

El movimiento estudiantil de 1999 fue impulsado mayormente por el Consejo General de Huelga, sin embargo, también participaron otros actores sociales como organizaciones patronales, núcleos de clase media, pobladores urbanos, movimientos populares, sindicatos obreros y padres de familia ex huelguistas en 1968, entre otros<sup>216</sup>. Bajo esta configuración, el movimiento ya representaba cierta complejidad, sobre todo porque a diferencia de Bolivia o Argentina, en México los grupos sindicales que fueron parte esencial de los imaginarios en los nuevos movimientos, fueron institucionalizados muy pronto, lo que ocasionó que los actores tuvieran poca experiencia para conjugar discursos. Además, se complicó más cuando grupos de afiliaciones políticas intervinieron en las acciones de los

---

<sup>214</sup> *Íbid*, p. 43. Las cursivas son mías.

<sup>215</sup> Cf. Pablo González Casanova, *Op. Cit.*, p. 41

<sup>216</sup> *Íbid.*, p. 39

estudiantes, particularidad que tampoco se percibió en los otros dos acontecimientos seleccionados.

Tal característica implicó que a la larga se presentaran fisuras entre los muy distintos grupos que conformaban al Consejo, ya que cada uno terminó respondiendo a los intereses que más le convinieron. La legitimidad que habían ganado se perdió poco a poco, y con ello el proyecto de democratizar la universidad<sup>217</sup>. Pablo González Casanova afirma que esto significó la derrota del movimiento, no obstante, diferimos de esta idea debido a lo que, dada las circunstancias, significó proponer una nueva manera de hacer política en un país donde difícilmente se daban estas posibilidades. Raquel Sosa Elizaga, contraponiendo el argumento de González Casanova, manifiesta que, “En los hechos, toda opción de negociación, de concesión y de ‘regreso a la normalidad’ se vio rebasada por la potencia de una masa que exigía diálogo al Rector, pero pasó a considerar a los “moderados” como parte del sistema. No obstante, la terquedad de los excluidos les otorgó, por fin ante la historia, la cualidad de una defensa ética, de una intransigencia en la defensa de los derechos sociales como no había ocurrido más que con los zapatistas en Chiapas”.

En un inicio la forma en la que el Consejo planteó su trabajo fue novedosa, aunque poco eficiente. En sus intentos por llevar a cabo una labor desde la horizontalidad y la democracia, a corto plazo significó avances lentos al momento de tomar decisiones, puesto que se tenía que esperar la respuesta de cada asamblea constituyente para acordar qué temas debían discutirse y lograr una cohesión mayoritaria en muchas ocasiones, de acciones que debían ser inmediatas. Conforme el movimiento avanzó, la fuerza y participación que al principio conformaban los puntos fuertes del Consejo, se diluyeron debido a confusiones y oposiciones entre las mismas asambleas<sup>218</sup>. Esto lleva a reflexionar en torno a lo difícil que fue intentar darle valor y voz a cada miembro que integró el movimiento, y a la incapacidad de los estudiantes de encontrar la practicidad en la toma de decisiones.

---

<sup>217</sup> Cf. *Íbid.*, p. 40

<sup>218</sup> Cf. Ana Esther Ceceña, *Op. Cit.*, p. 45

Otro elemento fue la manera en la que aprovecharon ciertos aspectos promovidos por el neoliberalismo para sus propios fines, sobre todo los medios de comunicación y su capacidad para emitir mensajes. Si bien todo el proceso de huelga estuvo deambulando entre la institucionalización y la alteridad, la complacencia y la rebeldía, el desprestigio y el apoyo, en los momentos más álgidos, la difusión de las acciones estudiantiles tuvo un fuerte respaldo de la población. Fue quizá uno de los primeros movimientos del nuevo siglo que mayor repercusión presentó en los medios, a pesar de que estos respondieron a intereses estatales. La universidad es una institución tan centralizada que todo evento que surja desde dentro pareciera ser el reflejo de la situación nacional, y si se toma con cuidado, la huelga pudo funcionar como una crítica indirecta a un sistema política que se desmoronaba y se empeñaba en ocultarlo.

Por esta misma razón, la relación entre los huelguistas y las autoridades fue siempre irregular, “(...) con vaivenes de aliento y desaliento, con momentos en que predominaba la negociación y otros en que la represión cobraba la delantera, todo entre variantes contradictorias en cuanto al uso de la persuasión, la intimidación, el reproche o la sanción”<sup>219</sup>. Aun así, y a pesar de todo, los estudiantes se rebelaron contra el gobierno, contra el sistema, contra los intentos de elitizar la educación, incluso contra los adultos, su autoritarismo y un mundo que intentaba dejarlos fuera de todo<sup>220</sup>.

El fin de la huelga el 12 de febrero de 2000, a unos meses de las elecciones presidenciales, tuvo el sello de la política mexicana. Los resultados de la huelga si bien no fueron los esperados y sus *logros* quedaron inconclusos, sí plantaron la semilla de la rebeldía y el desprestigio, circunstancia que para la universidad significó una de las mayores pérdidas del movimiento. Asimismo, los protagonistas dejaron manifiesta su existencia y la exigencia de los derechos más esenciales; resistieron a una serie de reformas que parecían inevitables a pesar de su posición marginal, y construyeron, aunque fuera por un instante, un escenario de horizontalidad y transparencia<sup>221</sup>.

---

<sup>219</sup> Pablo González Casanova, *Op. Cit.*, p. 39

<sup>220</sup> Cf. Ana Esther Ceceña, *Op. Cit.*, p. 45

<sup>221</sup> Cf., Raquel Sosa Elizaga, *Op. Cit.*, p. 50



**FOTO 4.** El 6 de febrero de 2000 concluyó la huelga más larga en la historia de la UNAM, con la entrada de la policía al campus universitario. Dos estudiantes se abrazan ante la presencia de los uniformados.<sup>222</sup>



## 5. La originalidad en el fin del mundo

Los movimientos sociales no han dejado de existir en ningún momento; ni siquiera a inicios del siglo XXI durante el apogeo del neoliberalismo y las transformaciones que trajo consigo. Más aún, los sucesos acaecidos durante esta época se distinguieron por buscar romper – intencionalmente o no – con la hegemonía de un imaginario social de estabilidad y bonanza. Cada uno de los movimientos seleccionados se configuró de manera diferente,

---

<sup>222</sup> Consultada en línea: [<https://www.jornada.com.mx/ultimas/sociedad/2019/04/20/notorios-efectos-en-la-unam-a-20-anos-de-la-huelga-contra-las-cuotas-3185.html>] el día 16 de marzo de 2020.

contraponiendo las variadas tesis que les estudian, y construyó un discurso alterno basado en características y experiencias propias. Sin embargo, es fundamental que se evite analizar los movimientos sociales desde sí mismos y se aborden desde el impacto en la construcción de discursos e imágenes. Por ejemplo, el argumento de dignificar la vida, presente en los tres casos, pero planteado desde distintas perspectivas, en México desde la democratización de la educación, en Bolivia, los recursos naturales, y en Argentina, desde el trabajo verdadero.

Ahora bien, los movimientos sociales de inicios de siglo son criticados porque no sugieren una toma de poder ni una sustitución radical de las relaciones hegemónicas; sin embargo, su *triunfo* no puede reducirse a alcanzar la cúpula del poder, eso sería negar y simplificar todo el trabajo que llega desde las bases, la labor de resignificación y de construcción de identidades desde los imaginarios sociales. Los actores de estos eventos no buscaron otro mundo, sino que esperaron construir uno donde sus voces fueran legítimas. Bajo esta lógica, a lo largo del análisis, se comprendió por qué todas las consignas se relacionaron con la paradoja de querer ser parte del mismo sistema que los dañaba, y por qué su composición compleja no significó que carecieran de una base teórica de discusión y análisis,

(...) las referencias ideológicas no son marcos estáticos de acción, sino que habilitan un espacio de trascendencia de la propia lucha en relación a otras experiencias políticas y a las aspiraciones que se construyen respecto al futuro, en función de valores y creencias previamente construidos. Sin embargo, tales valores y creencias son apropiados por los movimientos y reformulados en función de las definiciones estratégicas que permiten su inserción en el ámbito político aquí y ahora. En este sentido, las referencias ideológicas no pueden ser pensadas como una añoranza de un pasado remoto, sino como una de las formas de orientar el proceso de organización colectiva de aquellos grupos que las retoman<sup>223</sup>.

---

<sup>223</sup> Ada Freytes Frey, Cecilia Cross, *Op. Cit.*, p. 129

Sin embargo, esto no es la única razón por lo que estos movimientos sociales pueden considerarse distintivos. En Bolivia, la guerra del agua mostró las contradicciones de un sistema que utilizó el discurso de la mercantilización como la única forma de progreso. Los cochabambinos no estuvieron en desacuerdo con el *desarrollo* ni el mejoramiento del sistema de agua, sino que se opusieron a la forma en la que se estaba llevando a cabo. A través de sus acciones, expresaron que otros discursos eran posibles, y no sólo eso, sino que eran legítimos. Los imaginarios de comunidad, y de usos y costumbres rompieron con la lógica del individualismo y de utilidad. En otras palabras, argumentaron que “(...) *era necesario construir formas alternativas de desarrollo sin depender de la teología del mercado*”<sup>224</sup>.

Por otro lado, el movimiento piquetero resaltó, sobre todo, por dos circunstancias: la contradicción latente en su acción, y la conformación de nuevas identidades. Al demandar trabajo real –digno – como colectividad, exhibieron que el sistema era incapaz de resolver esta situación, y por ende insistía que era una cuestión individual y adaptativa<sup>225</sup>. Bajo el segundo argumento, no resultaba posible fundamentar un movimiento, pero al trasladarlo al ámbito de un todo, el discurso con el que se sustentaban el desempleo y la pobreza quedó sin argumentos. Los desocupados, siendo tan marginales que ni siquiera tenían un nombre, rompieron con un raciocinio que previamente había transformado todos los ámbitos de la sociedad. Asimismo, como se mencionó en el apartado correspondiente, al conformarse como grupo heterogéneo que además no poseía una identidad política concreta y ni siquiera un espacio – como los sindicatos – para organizarse, el movimiento de los desocupados propuso una manera distinta de acción colectiva, la cual no estaría definida por su posición estructural, sino a partir de los ejes y sentidos que la motivaran<sup>226</sup>.

Por último, en el movimiento estudiantil de 1999, uno de los elementos más importantes fue también uno de los más criticados: el Consejo General de Huelga. Es necesario tener siempre presente el proyecto democratizador de este órgano y lo que significó. En primer lugar, fue hacer práctico dos conceptos que existían en el imaginario

---

<sup>224</sup> Carlos Crespo Flores, *Op. Cit.*, p. 67

<sup>225</sup> Cf. Martín Retamozo, *Op. Cit.*, p. 164

<sup>226</sup> Rodrigo Contreras Osorio, *Op. Cit.*, p. 55

social nacional pero que solo parecía hallarse en los periodos electorales: la democracia y la soberanía. A través de la manera en la que se buscaba laborar, trabajando en pequeños grupos independientes simultáneamente, y vertiendo los consensos particulares en la asamblea, se esperaba que todos los miembros participaran y no surgieran líderes o cabecillas que manipularan el movimiento. En otras palabras, se buscaba construir una política horizontal.

En segundo, este modo de acción se enfrentaba directamente al tradicional, “(...) *fue* contrario a los tiempos y estilos acostumbrados por la política cupular y fue, al mismo tiempo, argumento de crítica por parte de autoridades, medios de comunicación y algunos sectores de intelectuales”<sup>227</sup>. Asimismo, se buscó redefinir lo que significaba la enseñanza y el pensamiento crítico, apelando a formas alternas de ejercer el poder. El fondo de los discursos sobre la democratización y garantía universal de la enseñanza, se basó en la necesidad de devolver el poder a la sociedad y no entregarlo al mercado, también en fundamentar una ética política basada en organizaciones sociales y no en el autoritarismo y la represión<sup>228</sup>.

Es esencial que se evite mirar al mundo como un solo terminado. A través del análisis y la reflexión en torno a ciertos aspectos de los eventos presentados, se concluye que no existe una situación universal ni tampoco una manera predeterminada de ser y hacer. Ante esto, la confrontación al orden neoliberal, exhibido mediante la acción colectiva, no está necesariamente aparejado con la transformación de las cúpulas, sino que es posible visualizarlo como una crisis constante en la cual siempre surgirán lugares y actores que conformen otras identidades<sup>229</sup>.

Ahora bien, en el caso de México y Argentina, a distintas escalas y desde circunstancias diferentes, los movimientos se enfrentaron a una serie de contradicciones al momento de intentar dar ese gran paso en el ámbito político. Es posible pensar que la falta de experiencia de los jóvenes universitarios mexicanos fue un elemento crucial en ello; y en el caso de Argentina, a pesar de poseer cierto conocimiento heredado de los sindicatos,

---

<sup>227</sup> Ana Esther Ceceña, *Op. Cit.*, p. 44

<sup>228</sup> Cf. Pablo González Casanova, *Op. Cit.*, p. 41

<sup>229</sup> Cf. Martín Retamozo, *Op. Cit.*, p. 147

formular una alternativa antipartidista bajo una estructura inestable complicó la situación. Por otro lado, aunque en Bolivia la resolución fue muy diferente al conformarse posteriormente un partido que llegaría al poder, la historia relata que no todo fue ideal. Ante ello, es fundamental recordar que los movimientos sociales son siempre procesos de aprendizaje<sup>230</sup>, que desarrollan sus estrategias paralelamente a su praxis, y que, en definitiva, no resuelven las contradicciones del sistema. Finalmente, “los movimientos sociales emergentes provienen de una realidad social en la que existen desigualdades, opresiones, discursos, personalismos, luchas por el poder y prácticas políticas hegemónicas, todo lo cual se reproduce dentro de ellos”<sup>231</sup>, y esto no impide que aunque surjan del mismo imaginario social, propongan formas alternativas de vivirlo.

---

<sup>230</sup> Raphael Hoetmer, *Op. Cit.*, p. 97

<sup>231</sup> *Íbidem*.

### Capítulo III

*Desmitificando discursos. Otras subjetividades son posibles*



## 1. Desmitificando discursos: el movimiento social a inicios de siglo

Al inicio de este proyecto, se planteó la hipótesis que respaldaba la consolidación de movimientos sociales novedosos a inicios del siglo, a pesar de la sólida existencia de un discurso que abogaba, entre muchas cosas, por la existencia de un imaginario social único e irrevocable. Conforme se desarrolló el escrito, se analizaron las características de estos movimientos sociales, y se emparejaron con los ejemplos seleccionados. Con ello, no solo se aceptó el surgimiento de nuevos movimientos, sino que también se reflexionó en torno al impacto que tuvieron en los imaginarios colectivos de la época y a su propia configuración. A grandes rasgos, tales eventos pusieron en duda mucho de los preceptos emitidos por los gobiernos neoliberales, sobre todos aquellos relacionados con el ejercicio del poder, la distribución de las oportunidades (laborales, educativas, económicas), las identidades culturales y los recursos naturales<sup>232</sup>.

Ante las demandas de los movimientos sociales, es un hecho que el *milpiés neoliberal* existe y actúa. Por otro lado, la posibilidad de un apocalipsis (social, ambiental o económico) está presente en nuestros imaginarios, amenazando día con día. No obstante, las respuestas nunca han sido escasas; a lo largo y ancho del mundo, se encuentran resistencias, cuestionamientos, propuestas e intentos de vivir contracorriente<sup>233</sup>,

El poder ha configurado una sociedad normalizada, se ha instalado en nuestras cabezas que la realidad no puede ser de otra manera. Nos han convencido que ya no hay nada que hacer. Pero donde hay poder siempre habrá resistencias, ahí donde se pone todo en cuestión, en interrogante, donde se politiza la realidad de la vida cotidiana, cuando asumimos que "lo personal es político". Las búsquedas de sentido y de alternativas no son fáciles, ni únicas, ni tienen un sólo camino. Pero necesariamente tienen que partir de un suelo firme, es decir,

---

<sup>232</sup> Julio Alguacil Gómez, *Op. Cit.*, p. 20

<sup>233</sup> John Holloway establece que estos nuevos movimientos sociales surgen de la "teoría del grito", en la cual la negatividad representa un componente esencial para generar nuevas discusiones, críticas y formas de pensar el mundo.

desde la base misma de la sociedad, es ahí donde verdaderamente se tejen otras realidades, donde caminan resistencias, desde abajo y desde adentro<sup>234</sup>.

En los movimientos sociales analizados, se encontraron vértices compartidos desde los cuales se generaron diversas discusiones. Algunos de ellos fueron la exclusión de los espacios democráticos y la marginalidad social, así como el rechazo a ciertas maneras de hacer política, que hasta el momento habían sido paradigmáticas. A la par, elementos más concretos como la toma de nuevos espacios para manifestarse en contra de la privatización y centralización promovidas por el Estado competitivo – en el caso de Argentina y Bolivia son mucho más claros –, y, sobre todo, el reemplazo hasta cierto punto del imaginario de la revolución por aquel de resistencia.

Cada uno de estos movimientos, si bien compartió características que permitieron analizarlos en un mismo trabajo, poseyó una dinámica propia y distintiva enmarcada en su propio contexto político y económico; es por ello que realizar cortes tajantes entre movimientos de distintas temporalidades limitaría los análisis cualitativos. Al inicio de este trabajo, se consideraba que los eventos de inicios de siglo XXI eran muy diferentes a sus antecesores. Ahora bien, esta idea se refuta en tanto que los elementos propuestos como distintivos de los movimientos de este periodo, no estuvieron presentes de la misma manera, ni tampoco ausentes de sucesos de otras épocas. Al contrario, se observaron prácticas y discursos propios de los movimientos obreros<sup>235</sup>, por ejemplo en el caso de los piqueteros; a la vez que pudieron distinguirse renovaciones estructurales y organizativas. Ante esta situación, en los siguientes apartados, se realizará una reflexión final en torno a cómo se percibieron las características identificadas en los tres eventos, anotando las peculiaridades de cada uno de ellos, para configurar un imaginario social que sería la base de los mismos.

---

<sup>234</sup> Evelyn Patricia Martínez, “Otra política es posible: desde abajo y desde adentro”, p. 1

<sup>235</sup> Raphael Hoetmer, *Op. Cit.*, p. 95

## 1.1. El espacio a las orillas

El Estado competitivo consolidó una doble exclusión en algunos grupos sociales, en el sentido de que no solo fueron rechazados en el acceso a cuestiones materiales, sino al no permitírseles ser productivos en un sistema que todo el tiempo lo exigía. Los desocupados, por ejemplo, llegaron a tal extremo que eran inexistentes para la sociedad y, aunque en su gran mayoría las clases sociales tan claras del siglo anterior se vieron afectadas por los cambios, estos sujetos quedaron fuera en todas las dimensiones posibles lo que generó a su vez, nuevos conflictos sociales cuando surgieron contradicciones antes ausentes, que cuestionaron la democracia en su ámbito más extenso<sup>236</sup>.

Por otro lado, el movimiento estudiantil de 1999, a pesar de darse en las clases medias urbanas y cuyos protagonistas, al ser universitarios podría deducirse que tenían acceso a ciertos elementos democráticos, demostró en el fondo lo que significaba ser estudiante en un país que se jactaba de su sistema participativo, pero que en la práctica mantenía una lógica de represión muy fuerte. Las demandas estudiantiles sí exigían una mayor democracia, mas no solo en el ámbito de inclusión en la toma de decisiones, sino en la distribución de la educación y las oportunidades para los jóvenes mexicanos. Carlos Illades expresa que, si bien muchas de las exigencias de los movimientos de inicios de siglo están relacionadas con la democracia, no se refieren a la visión simplista del campo electoral, sino que se enfocan en llevar estos procesos al ámbito cotidiano para fortalecer la justicia social y la inserción en lógica nacional<sup>237</sup>.

Los protagonistas de los movimientos sociales seleccionados construyeron nuevas identidades desde su posición de exclusión y desolación; la primera les otorgó objetivos y legitimidad, y la segunda, imágenes y símbolos. Sus consonancias si bien aspiraron a consolidarse como parte del sistema, fueron disruptivas porque resquebrajaron el orden hegemónico, y rechazaron el papel que se les había otorgado *naturalmente*. Cuestionaron qué significaba ser desempleado, estudiante o campesina dentro de la lógica neoliberal en

---

<sup>236</sup> Cf. Julio Alguacil Gómez, *Op. Cit.*, p. 21

<sup>237</sup> Cf. Carlos Illades, *Conflicto, dominación y violencia*, p. 155

términos culturales, porque justo fue lo que tales reformas modificaron. Al nombrarse y nombrar lo que les rodeaba erigieron nuevos lenguajes que cambiaron las palabras utilizadas para organizar la vida cotidiana, ejercieron un actuar no necesariamente utilitario e interpretaron de una manera alterna al mundo que se les presentó<sup>238</sup>.

Las victorias de estos eventos no suelen reconocerse, por el contrario, se demeritan bajo el argumento de que fracasaron al no tumbar al gobierno contra el que se rebelaban, ni tampoco modificar las estructuras estatales. No obstante, es necesario mirar desde el plano de los imaginarios y los símbolos. Un ejemplo claro: si se busca Cochabamba en un mapa se hallará que prácticamente se encuentra en el centro de Bolivia, y, sin embargo, simbólicamente, representó una de las luchas descentralizadas más relevantes en la historia reciente de la región latinoamericana. El hecho de que el movimiento surgiera fuera de las estructuras que marcaban la pauta en las decisiones nacionales significó que los grupos excluidos recuperaran su injerencia política para transformarse en los protagonistas de su propia historia; y no solo eso, sino que también mostraron formas alternativas de acción colectiva que rompieron desde todos los puntos con el discurso hegemónico de la utilidad, el racionalismo, la individualidad y el centralismo, “(...) los pilares que sostienen un cambio verdadero de la realidad por una diferente es la que se construye en el seno de la sociedad, que se construyen desde el margen, desde las orillas, desde el corazón sufriente y rebelde de los más pobres y desfavorecidos, desde la organización del dolor y la rabia, desde la construcción de relaciones populares de poder, desde la organización barrial, asamblearia, colectiva, desde abajo y desde adentro”<sup>239</sup>.

Sumado a esto, fueron los micro espacios, en el barrio o en la calle, en donde se cohesionaron mayoritariamente los discursos identitarios de los movimientos, generando una resignificación del espacio público alejado de lo privado y lo institucional. La sistematización del espacio está fuertemente relacionada con la manera en la que un grupo social se vincula, tan es así que en el momento en el que las fábricas dejaron de ser lugares de discusión y organización, los grupos sindicales de Argentina perdieron parte de su

---

<sup>238</sup> Cf. Alberto Melucci, *Op. Cit.*, p. 123

<sup>239</sup> Evelyn Patricia Martínez, *Op. Cit.*, p. 2

identidad. Ante ello, es posible inferir que, primeramente, los movimientos sociales abogaron por modificar la estructura de las relaciones de poder mediante la transformación del espacio, que simultáneamente derivó a una articulación distinta, alejada de los centros de poder y estableciendo la política cotidiana a pequeña escala<sup>240</sup>, “Lo que está en discusión no es quién ejerce el poder sino cómo crear un mundo basado en el mutuo reconocimiento de la dignidad humana, en la construcción de relaciones sociales que no sean relaciones de poder”<sup>241</sup>.

El discurso de la democracia limitada estableció la idea de que era a través de las urnas y las elecciones donde los ciudadanos podían entablar diálogos e inquietudes hacia su gobierno. El imaginario en torno al revolucionario como sujeto vehículo para levantar la voz, fue sustituido por la imagen del ciudadano modelo que se dirigía a votar para elegir un gobierno que lo representara. Ante ello, la organización barrial y en asambleas, por ejemplo, permitió que los ciudadanos resignificaran los procesos democráticos, actuando directamente sobre las decisiones que les competían. Llevar la participación al barrio o a la calle, bajándola de las cúpulas elitistas, politizó la vida cotidiana y no solamente, en los espacios destinados a ello<sup>242</sup>, lo cual fue uno de los aportes más emblemáticos de los movimientos sociales a inicios de siglo.

Desde las orillas, el espacio marginado propiciado por el propio Estado, nuevos sujetos construyeron sus propios imaginarios sociales y fomentaron nuevos vínculos que abogaban por la colectividad y la autonomía a través de la búsqueda del valor humano más esencial: la dignidad. Los cochabambinos sustentaron su lucha en la cultura de la escasez y la resignificaron para constituir un reclamo legítimo del agua como un recurso de todos, lo que atrajo a un gran y variado número de grupos y simpatizantes, permitiendo ampliar su capacidad de acción<sup>243</sup>. Los piqueteros partieron desde su condición de excluidos e inexistentes para generar una identidad tan necesaria y real que fue factor esencial para la crisis partidaria de 2001 en Argentina. Pero lo más interesante fue la originalidad de su

---

<sup>240</sup> *Íbid.*, p. 1

<sup>241</sup> John Holloway, *Op. Cit.*, p. 22

<sup>242</sup> *Cf.* Julio Alguacil Gómez, *Op. Cit.*, p. 21

<sup>243</sup> *Cf.* Norbert Lechner, *Op.Cit.*, p. 118

identidad, ya que no eran obreros ni sindicalizados, sino grupos heterogéneos pobres y desempleados, que, aunque su nombre los relaciona más con la forma en la que protestaron – el piquete – su centro de cohesión fue en todo momento su invisibilidad debido a su desocupación, y cómo rompieron con ella.

La apropiación de la periferia fue el simbolismo que coadyuvó a la organización de discursos e identidades en la guerra del agua y el movimiento de los piqueteros. En el caso de México no es posible hablar de periferia, aunque sí se percibe la reterritorialización y la toma de la universidad como una característica con una fuerte carga simbólica que enfrentó a la imagen de una institución democrática y participativa construida desde la hegemonía nacional. Hablar y construir desde las orillas permite consolidar un espacio que existe con y a pesar del Estado, a través de saberes alternativos, prácticas políticas subalternas y experiencias de vida contrahegemónicas de los movimientos indígenas, los piqueteros, las mujeres, los campesinos y los homosexuales<sup>244</sup>.

## 1.2. El sujeto que resiste

Para América Latina la imagen del sujeto revolucionario es una de las más fuertes y representativas al momento de reflexionar en torno a la acción colectiva. Si bien este trabajo no plantea analizar tal construcción, es necesario establecer un apartado debido a su ausencia en los movimientos aquí analizados, y al auge de una [imagen] novedosa que, desde este momento tomaría los reflectores: los sujetos que resisten. El punto de partida es el ya estipulado, un momento de transformaciones e inestabilidades en todos los ámbitos de la vida social, pero también “(...) la oposición, la negatividad, la lucha. El pensamiento *que nació* de la ira, no de la quietud de la razón (...)”<sup>245</sup>.

El sujeto revolucionario vivió su ocaso cuando las pautas dejaron de ser claras; el desanclaje de clases sociales definidas y la falta de organizaciones políticas legítimas, lo que

---

<sup>244</sup> Raphael Hoetmer, *Op. Cit.*, p. 95

<sup>245</sup> *Ibid.*, p. 5 Las cursivas son más.

lo definía tan nítidamente perdió también sus bases simbólicas<sup>246</sup>, y simultáneamente dejó sin discurso a los movimientos sociales. John Holloway realiza una crítica en torno a cómo la modificación de los objetivos de los nuevos movimientos, mostró las contradicciones mismas del ser revolucionario; es decir, para Holloway no solo resultó innecesario este símbolo, sino que fue imperante la construcción de un discurso novedoso que utilizara imágenes diferentes. La diserción más significativa radica en el retrato concreto del revolucionario: el hombre joven heterosexual que dejaba todo de lado – familia, amigos, hijas – para luchar en contra de un sistema y cambiar el mundo, su historia narrada con tintes quiméricos, pero que al final, toda su acción se daba fuera del cotidiano. He aquí el punto más relevante: los nuevos sujetos sociales, los que resisten, abogaron por politizar el día a día, se apropiaron de sus calles, sus barrios, sus recursos y trabajaron en colectividad<sup>247</sup>.

Junto con el del revolucionario, el discurso de la toma del poder para ejercer cualquier modificación también se transformó, “Cambiar el mundo por medio del Estado: este *fue* el paradigma que *predominó* en el pensamiento revolucionario por más de un siglo”<sup>248</sup>. Los movimientos sociales previos se concentraron en el Estado como el elemento más importante a conquistar para lograr su triunfo - la guerra de guerrillas para la región, es el ejemplo más claro. Esto contribuyó a que cuando eminentemente fracasaron estos intentos, tal idea se convirtiera en verdugo más que en vehículo de esperanza<sup>249</sup>. En los imaginarios colectivos conllevó a pensar la imposibilidad de un cambio durante los inicios del siglo, pensando que la revolución (como concepto totalitario) no era posible, cuando en realidad, era controlar el Estado lo que suponía una contradicción para los propios movimientos.

Los sujetos que resisten protagonistas de los movimientos de inicios de siglo utilizaron esta negación en su subjetividad (no somos empleados, somos jóvenes, pero no estudiantes; somos campesinos sin recursos) y la exteriorizaron como una identidad. Si el

---

<sup>246</sup> Julio Alguacil Gómez, *Op. Cit.*, p. 20

<sup>247</sup> Cf. John Holloway, *Op. Cit.*, p. 215

<sup>248</sup> *Ibid.*, p. 15. Las cursivas son mías.

<sup>249</sup> *Ibid.*, p. 16

discurso hegemónico decía, el poder se ejerce verticalmente, las resistencias respondieron, nosotros lo practicamos horizontalmente; si se dictaba, las elecciones son el medio para elegir gobernantes que aboguen por sus intereses, las resistencias contradijeron, nos organizamos en barriadas, en asambleas, y todos los días somos seres políticos. Si se afirmaba, este es tu papel en el sistema, las resistencias se rebelarían y exigirían dignidad, entendida esta como el rechazo a aceptar la humillación, la opresión, la explotación y la deshumanización”<sup>250</sup>. Los movimientos sociales surgidos a inicios del siglo XXI – y los que les han proseguido – entendieron la dificultad cuasi imposible de una revolución, y, sin embargo, continuaron luchando no por otro mundo, porque eso significaría aceptar el rol de marginación impuesto, sino por adentrarse en este y levantar la voz.

El discurso tradicional de los imaginarios colectivos en torno a los movimientos sociales suele estar plagado de rasgos fabulosos, como si se tratara de una historia de ciencia ficción con héroes y villanos<sup>251</sup>. Basta hojear un libro de texto ordinario para conocer los nombres de todos los mártires que dejaron su vida entera para unirse a los movimientos, pero también para percatarse del destino común de tales eventos: el fracaso, la traición y la tragedia. Asociar los movimientos con la paradoja entre proeza y fatalidad implica que aquellos acaecidos antes del último cuarto del siglo XX se mantengan en el concepto de los *verdaderos y últimos* sucesos que cuestionaron el *statuo quo*, pero que al mismo tiempo, sus malogros en proporción con sus promesas, eliminaran de los imaginarios colectivos toda posibilidad de alternancia<sup>252</sup>.

Alberto Melucci expresa que la configuración de los movimientos surgidos en medio de la crisis neoliberal – quizá carentes del encanto del épico revolucionario – “(...) son la semilla de un cambio cualitativo en la acción colectiva contemporánea”<sup>253</sup>, puesto que cuestionan el papel de las instituciones, renuevan la acción al nivel individual y social<sup>254</sup>, y no dejan de mostrar la fragilidad e inestabilidad del sistema al que no pertenecen pero del que tampoco pueden ni quieren escapar.

---

<sup>250</sup> *Íbid.*, p. 158

<sup>251</sup> Cf. Alberto Melucci, *Op. Cit.*, p. 101

<sup>252</sup> Cf. *Íbidem*.

<sup>253</sup> *Íbidem*.

<sup>254</sup> Cf. *Íbidem*.

El hecho de que los sujetos protagonistas de estos movimientos conformaran una identidad de resistencia antes que, de revolución, no significó que fueran débiles o infructuosos, sino más bien apelaron por transformar las relaciones de poder desde las bases, en lugar de tomarlas; es decir, el poder se miró como acción capaz de ser modificada, y no como objeto categórico. Este imaginario social de resistencia trajo triunfos, como la movilización de la guerra del agua o el impedimento del aumento de cuotas en la Universidad Nacional Autónoma de México. Además, y quizá lo más significativo, fue que visibilizó la presencia de nuevos sujetos políticos como los indígenas y los desempleados, actores que el Estado no podría volver a negar<sup>255</sup>.

### 1.3. El milpiés neoliberal

Se ha llegado a esta instancia para desmitificar lo *desmitificable*, para negar las circunstancias de este mundo y rechazar la naturalización de la desigualdad, de la miseria, de la explotación y de la violencia. El cochabambino, la estudiante, el campesino y la desempleada se rebelaron contra el discurso único de verdad y el papel de opresión que se les fue otorgado; y desde las periferias, los sujetos que resistían, decidieron no esperar a que el mundo les pasara sin poder hacer algo al respecto<sup>256</sup>.

Se decidió utilizar la figura del milpiés por la repulsión y el terror que a pesar de su cuasi inofensión, a la especie humana. Si bien la comparación resulta escueta, adquiere mayor sentido cuando se comprende que en el imaginario social, el milpiés podría parecer salido de una pesadilla con sus miles de patas y su forma extraña, cuando en realidad solo posee entre 30 y 400 pares, y su alimentación se basa, sobre todo, en plantas y hongos. Eso mismo sucede con el neoliberalismo, una vez que se entiende que las reformas y políticas son más que nada una batalla por disciplinar, entonces se puede comenzar a vislumbrar que su desarrollo es principalmente una práctica y no un destino predeterminado<sup>257</sup>.

---

<sup>255</sup> Cf. Raphael Hoetmer, *Op. Cit.*, pp. 97 - 98

<sup>256</sup> Cf. John Holloway, *Op. Cit.*, p. 10

<sup>257</sup> Cf. *Íbid.*, p. 103

La existencia del neoliberalismo será siempre inestable e insegura, de ahí la ferocidad de sus esfuerzos por permanecer<sup>258</sup>. Para algunos autores inclusive, “(..) es el intento de resolver la crisis capitalista a partir de la acentuación y reordenamiento de la subordinación”<sup>259</sup>; en otras palabras, es el capitalismo a la deriva y en números rojos. Si se analizan cuidadosamente las políticas promovidas en el contexto que se desarrollaron los movimientos establecidos, se observará que las diversas privatizaciones – al sector industrial, salubre, educativo, etc. -, así como la mercantilización de tierras y recursos, y la precarización del trabajo fueron medidas que intentaron extender y potenciar la disciplina y la obediencia<sup>260</sup>.

Ante esto, los sujetos deben iniciar a repensar los discursos hacia imaginarios sociales poco explorados. La acción colectiva necesita enfocarse en construir un discurso en torno a la fragilidad de los sistemas hegemónicos<sup>261</sup> para percibir que las proclamas absolutas y de verdad – aunque muy bien emitidas y con un poder de convicción asombroso – solo son puestas en escena en un mundo donde cada quien juega un papel. Es importante que las resistencias renuncien al papel de *nadar contra corriente* y comiencen a nadar *con* la corriente, pero en otras aguas que, en efecto, existen. Entender y adoptar tal idea podría volverse parte esencial de los discursos en los próximos movimientos sociales, o quizá ya está siendo parte en los movimientos feministas y ecologistas actuales.

Finalmente, no hay que olvidar que los eventos analizados exhibieron situaciones del sistema neoliberal, entre ellas, que la crisis no se genera espontáneamente, sino que puede ser creada por la fuerza de los sujetos que resisten desde sus barrios, sus periferias y sus comunidades<sup>262</sup>. A propósito, establece John Holloway que, “Nosotros, que no explotamos y no queremos explotar, nosotros que no tenemos poder y no queremos tenerlo, nosotros que todavía queremos vivir una vida humana, nosotros que somos los sin rostro y sin voz: nosotros somos la crisis del capitalismo. La teoría de la crisis no sólo es una teoría del miedo sino también una teoría de la esperanza.”

---

<sup>258</sup> Cf. *Íbid.*, p. 106

<sup>259</sup> *Íbid.*, p. 206

<sup>260</sup> Cf. *Íbid.*, p. 207

<sup>261</sup> Cf. *Íbid.*, p. 180

<sup>262</sup> Cf. *Íbid.*, p. 182

Al inicio del trabajo, se retomó la tesis que Francis Fukuyama estableció en torno al fin de la historia, en el sentido de que las contradicciones entre clases habían desaparecido con la consolidación del mundo unipolar; no obstante, los movimientos sociales analizados y sus discusiones simbólicas demostraron las incompatibilidades entre el discurso del Estado y la experiencia propia. El progreso, la igualdad, la libertad y la paz como promesas del neoliberalismo<sup>263</sup> no se cumplieron sin el ejercicio paralelo de violencia, represión, pauperización y crisis. Mas que un mundo definido, lo que se enfrenta es un escenario complejo, definido por las múltiples crisis y por un intento de recomposición del dominio neoliberal, que no debe ser confundido con un supuesto debilitamiento de los movimientos sociales<sup>264</sup>.



## 2. Conclusiones: ¿Hacia dónde vamos?

Los movimientos sociales acaecidos a inicios del siglo XXI rompieron con muchos de los paradigmas y discursos hegemónicos del momento, y, sin embargo, su impacto dentro de los imaginarios sociales no termina de ser tan esencial como el de aquellos que surgieron en la segunda mitad del siglo pasado. Existen varios aspectos que se identificaron en los eventos analizados por los cuales sería necesario repensar la manera en la que se estudian y conciben. Primeramente, dejan de quedarse en el aspecto puramente económico para trasladarse al cotidiano, en el sentido identitario a nivel individual, comunitario y espacial. Los patrones anteriores con respecto a qué motivaban a los actores sociales se modificaron por completo y por ello toda la lucha se resignificó<sup>265</sup>. La clase social se coloca en un segundo plano al momento de establecer la identidad de los sujetos, que más bien se definió por una

---

<sup>263</sup> Raphael Hoetmer, *Op. Cit.*, p. 90

<sup>264</sup> *Ibid.*, p. 100

<sup>265</sup> Alberto Melucci, *Op. Cit.*, p. 69

condición específica (ser pobre, ser desempleado, ser estudiante); asimismo, con su actuar mostraron los conflictos y contradicciones de la sociedad neoliberal, es decir, su función fue más simbólica que práctica<sup>266</sup>.

Aunado a esto, su forma de organización se modificó en relación con la tradicional, alejándose tanto de los sindicatos como de los partidos. Buscaron más que nada una autonomía relacionada con los valores de la comunidad, y defendieron su voz como herramienta para representarse<sup>267</sup>, en lugar de buscar un mediador que manejara sus demandas. Lo novedoso de todo esto fue que una parte de sus objetivos se enfocó en su propia organización, la manera en la que esta se llevó a cabo representó en sí un mensaje simbólico – constituirse en asambleas o en barriadas – o un desafío a lo establecido: ordenense en partidos, nos ordenamos en la calle. Así, “A las personas se les *ofreció* la posibilidad de otra experiencia de tiempo, espacio, relaciones interpersonales, que se *opuso* a la racionalidad operacional de los aparatos. Una manera diferente de nombrar el mundo repentinamente *revirtió* los códigos dominantes”<sup>268</sup>.

Desde las periferias, los piqueteros expusieron una cuestión que hasta el momento no existía en los imaginarios: el desempleo. Para Alberto Melucci esto significó que “Los movimientos *plantearon* a los aparatos racionalizadores cuestiones no admitidas”<sup>269</sup>, y no se habla de demandas solamente, sino también de experiencias de vida alternas, *vamos a organizarnos colectivamente, el agua es para todos, nuestras costumbres son válidas*. El fondo de todo esto es la oferta de posibilidades, y es quizá precisamente tal situación, el ofrecer y no el exigir, donde radicó el secreto de la resistencia. El milpiés reveló así el mito donde se había (ha) fundamentado,

La acción colectiva actúa también como un multiplicador simbólico: puesto que no está guiada por criterios de eficacia, cambia la lógica operacional de los aparatos tecnocrático-militares y cuestiona las bases de su poder. Obliga a los aparatos a justificarse, los empuja a hacer pública su lógica y la debilidad de sus “razones”. Hace visible el poder. En sistemas

---

<sup>266</sup> Cf. *Íbid.*, p. 70

<sup>267</sup> Cf. *Íbid.*, p. 73

<sup>268</sup> *Íbid.*, p. 75. Las cursivas son mías.

<sup>269</sup> *Íbid.*, p. 102. Las cursivas son mías.

en los que el poder se convierte cada vez más en anónimo y neutral, en los que es incorporado en procedimientos formales, hacerlo visible es un logro político fundamental: es la única condición para negociar las reglas y para hacer las decisiones sociales más transparentes<sup>270</sup>.

¿Qué queda y hacia donde vamos? Es un hecho que “Como práctica y discurso político triunfante (...), la ideología, la democracia y el orden liberales se han mostrado eficientes a la hora de construir una visión del mundo y una organización social reproducida y legitimada por la gran mayoría de nuestros países. Por lo tanto, el desafío abierto no es tanto denunciar las «calamidades» del *neoliberalismo*, sino advertir sobre su «discreto encanto», que a muchos les hizo olvidar su pasado y a otros más les construye un ideal de vida al cual entregan sus angustias y vivencias cotidianas”<sup>271</sup>. Es elemental no olvidar que el discurso del neoliberalismo vencedor es eso, un *discurso* tan bien elaborado que se ha adoptado como el orden natural de la vida. Ante ello, el recurso que se posee es la resistencia y la organización; retomar los lazos de solidaridad colectiva, fortalecer la organización popular, las luchas de la vida cotidiana y politizar lo personal<sup>272</sup>; todas estas son las vías alternas que constituyen el vigor de los movimientos sociales.

Expresa Evelyn Martínez, “Los poderosos nos quieren tristes, enojados, desmovilizados, sin esperanza, peleándonos pobres contra pobres, en guerra, ante esto debemos responder con la alegre rebeldía, con la afirmación de la vida. Otra realidad es posible, pero las esperanzas hay que buscarlas en otra parte, no desde arriba, sino desde la política que se construye desde abajo y desde adentro de la sociedad y desde el corazón humano mismo”<sup>273</sup>. Y en efecto, es urgente que esa política esté asentada en principios, objetivos vinculados a la (s) comunidad (es) humana (s), y que aboguen por los valores e identidades de los individuos. Comprender que en este mundo caben muchos otros mundos

---

<sup>270</sup> *Íbid.*, p. 104

<sup>271</sup> Rodrigo Contreras Osorio, *Op. Cit.*, p. 58

<sup>272</sup> Cf. Evelyn Patricia Martínez, *Op. Cit.*, p. 3

<sup>273</sup> *Íbid.*, p. 4

para consolidar una realidad más justa y equitativa es otorgar a los imaginarios sociales la posibilidad de que la utopía puede alguna vez transformarse en realidad<sup>274</sup>.

Las luchas actuales son inciertas, los horizontes de un futuro no terminan de lograrse y las preguntas no dejan de surgir. Los resultados de los movimientos aquí expuestos parecen haberse quedado en los anecdotarios, sin embargo, a partir del análisis propuesto en este escrito, se considera que su impacto radicó en visibilizar y dignificar a los grupos más marginados, en politizar la vida cotidiana en un momento histórico que se empeñó en naturalizar los procesos políticos elementales, en construir nuevas y variadas identidades y en romper los paradigmas tanto de los movimientos – el revolucionario – como el del Estado. Aunque existieron logros significativos en cada uno de ellos, que distaron de sustituir por completo al sistema, se establece que más que ello fue la constitución de colectivos opositores el mayor triunfo de los movimientos sociales a inicios de siglo<sup>275</sup> porque conllevó a anunciar otros caminos y enfoques alternos, y a demostrar que las necesidades de los distintos grupos que consolidan una nación no se reducen a la definición que los discursos hegemónicos hacen de ellos<sup>276</sup>.

Por otro lado, los movimientos analizados junto con otros acaecidos en la misma temporalidad, construyeron un nuevo discurso en la subjetividad latinoamericana, “(...) introduciendo nuevas semánticas de la resistencia. El grito «¡Que se vayan todos!» del verano argentino (2001-2002), la invitación de articularse del «¡Nada sólo para los indios!» del movimiento indígena ecuatoriano, y la propuesta de otro mundo de los zapatistas: «Por un mundo donde quepan todos los mundos», influyeron en activistas alrededor del planeta”<sup>277</sup>, generando una nueva herencia cultural que será esencial para los movimientos sociales futuros.

Finalmente, en los tres casos se observó una búsqueda de nuevos mecanismos democráticos que permitieran no solo la participación directa, sino la capacidad de decidir sobre la vida propia<sup>278</sup> y rechazar el papel otorgado desde el Estado. Se trató de construir,

---

<sup>274</sup> Sergio Bagú, *Catástrofe política y teoría social*, p. 155

<sup>275</sup> Cf. John Holloway, *Op. Cit.*, p. 213

<sup>276</sup> Alberto Melucci, *Op. Cit.*, p. 126

<sup>277</sup> Raphael Hoetmer, *Op. Cit.*, p. 86

<sup>278</sup> *Ibid.*, p. 101

a través de las experiencias vividas y los imaginarios sociales diversos, otras culturas políticas<sup>279</sup> que permitieran la transformación social, y no estuvieran necesariamente relacionadas con la toma absoluta del poder.

Numerosas cuestiones quedaron pendientes por resolver, ¿cuáles son los movimientos sociales que se vienen construyendo para la primera veintena del siglo XXI?, ¿cómo se están configurando?, ¿cómo han cambiado con respecto a aquellos acaecidos a inicios de siglo?, ¿se han transformado los imaginarios sociales?, ¿bajo qué discursos se organizan los movimientos feministas y ecologistas actuales?, ¿sigue siendo vigente el imaginario de resistencia o se han retomado otros distintos?, ¿cuáles son los enfoques teóricos desde los cuales se estudian? Estas preguntas y muchas otras continuarán surgiendo en las sociedades del mundo cada vez que se configuren nuevos movimientos sociales, pues como se ha visto, estos no dejarán de existir, al menos mientras se mantenga la estructura de la sociedad como hasta ahora.



**FOTO 5.** 8 de marzo 2019. Mar de la Plata. “Cuando la injusticia es ley la *resistencia* es deber”.<sup>280</sup> En el movimiento feminista actual, ¿Qué simboliza la resistencia?

<sup>279</sup> *Íbid.*, p. 103

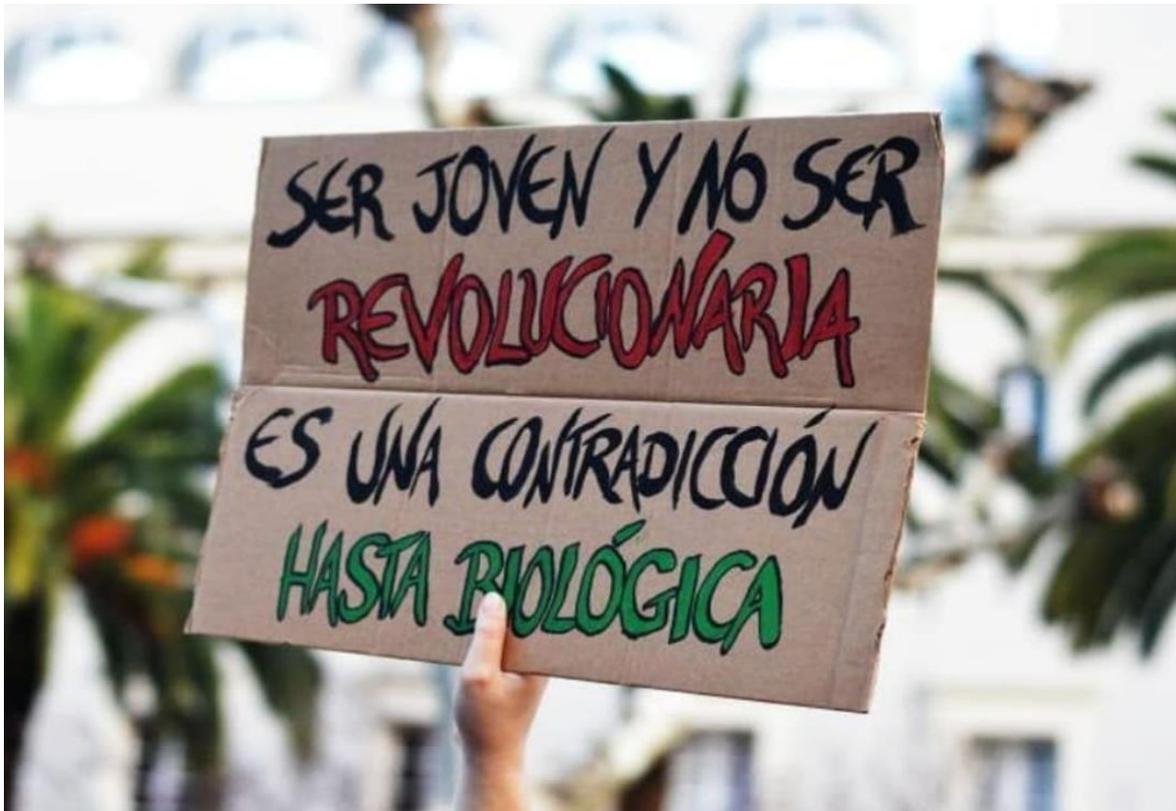
<sup>280</sup> Fuente: del muro de @\_bromelia [Consultado en línea el día 15 de marzo de 2020]



**FOTO 6.** Artemisa Xacriabá, joven indígena brasileña quien, a través de música y redes sociales, se manifiesta a favor de la preservación del ambiente.<sup>281</sup>

---

<sup>281</sup> Fuente: del muro de @sejaeva [Consultado en línea el día 15 de marzo de 2020]



**FOTO 7.** “Ser joven y no ser *revolucionaria* es una contradicción hasta biológica”. La importancia de resignificar los discursos y los imaginarios para otorgar sentido a nuevas luchas.<sup>282</sup>

---

<sup>282</sup> Fuente: del muro de @todoslosdison8m, fotografía de: @fotosokelee [Consultado en línea el día 15 de marzo de 2020]

## Bibliografía

1. Alenda, S. (2004). "Bolivia: la erosión del pacto democrático". *Revista Fuerzas Armadas y Sociedad*, 18, no. 1 -2, pp. 3 - 22
2. Alguacil Gómez, J. (2012). "Nuevos movimientos sociales, nuevas perspectivas, nuevas experiencias, nuevos desafíos". *Polis, Revista Latinoamericana*, 17|2007, pp. 1-32. Recuperado el 21 de diciembre de 2018 de <http://journals.openedition.org/polis/4554>
3. Archondo, R. (2007). "La ruta de Evo Morales". *Nueva Sociedad*, no. 209, pp. 82 - 99
4. Bagú, S. (1988). *Catástrofe política y teoría social*, México: Siglo XXI Editores
5. Berger L. P., Luckmann, T. (2003). *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires: Amorrortu Editores
6. Berman, M. (1988). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, México: Siglo XXI Editores
7. Borón, A. (2007). "Aristóteles en Macondo: notas sobre el fetichismo democrático en América Latina", en Guillermo Hoyos Vázquez (comp.), *Filosofía y teorías políticas entre la crítica y la utopía* (pp. 49-67). Buenos Aires: CLACSO
8. \_\_\_\_\_. (2006). "Crisis de las democracias y movimientos sociales en América Latina: notas para una discusión". *Revista Rebelión*, pp. 1-15, <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=43203>
9. Benclowitz, J.D. (2006). "La izquierda y la emergencia del movimiento piquetero en la Argentina. Análisis de un caso testigo". *Espiral*, v. XIII, n. 37, pp. 123-143
10. Bonomotti, P. y Ruiz Seisdedos, S. (2010). "La democracia en América Latina y la constante amenaza de la desigualdad". *Andamios*, v. 7, n. 13, pp. 11-36
11. Bukstein, G. (2008). "Tiempo de oportunidades: el movimiento piquetero y la democratización en la Argentina". En G. Bukstein, *Innovación democrática en el sur: participación y representación en Asia, África y América Latina*, (pp. 143 – 160). Buenos Aires, Argentina: CLACSO

12. Carretero Pasin, Á. E. (2018). "Una aproximación a la "lógica" de los movimientos sociales a partir de los "imaginarios sociales"". *Athenea Digital. Revista de pensamiento e investigación social*, v. 18, n. 3, p. e-2122. Recuperado el 16 de octubre de 2019 de <https://atheneadigital.net/article/view/v18-n3-carretero>
13. Cassián, N. *et al.* (2006). "Imaginario Social: Una aproximación desde la obra de Michel Maffesoli". *Athenea Digital. Revista de pensamiento e investigación social*, n. 9, pp. 1-26. Recuperado el 16 de octubre de 2019 de <https://atheneadigital.net/article/view/n9-cassian-escobar-espinoza-et-al>
14. Castoriadis, C. (1993). *La institución imaginaria de la sociedad. Parte II*. Segunda edición. Buenos Aires: Tusquets Editores
15. Castoriadis, C. (2007). *La institución imaginaria de la sociedad. Parte I*, Buenos Aires: Tusquets Editores
16. Ceceña, A.E. (2000). "Rebelión en la UNAM". *Debates teóricos*, pp. 42-46
17. Chesnais, F. (2005). "Doce tesis acerca de la mundialización del capital". *Revista Filosofía, Política y Economía en el Laberinto*. Recuperado el 6 de julio de 2020 de <https://imas2010.files.wordpress.com/2010/06/chesnaisdocetesis11.pdf>
18. Contreras Osorio, R. (2003). "Neoliberalismo y gobernabilidad en América Latina durante los años 90". *Cuadernos americanos*, n. 99, pp. 46-58
19. Corporación Latinobarómetro, (2000). "Informe 1999-2000". Recuperado el 18 de julio de 2019 de <http://www.latinobarometro.org/lat.jsp>
20. Corporación Latinobarómetro, (2019). "Informe 2018". Recuperado el 9 de octubre de 2019 de [www.latinobarometro.com](http://www.latinobarometro.com)
21. Cortés, D. (2014). *La teoría de lo imaginario de Gilbert Durand: nuevos aportes para la lectura de lo social* (Tesis de Maestría). Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, México
22. Crespo Flores, C. (2000). "La guerra del Agua en Cochabamba: movimientos sociales y crisis de dispositivos del poder". *Revista del Sur*, n. 20, pp. 59-70

23. Dinerstein, A. C. (2004). "Más allá de la crisis. Acerca de la naturaleza del cambio político en Argentina". *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, 10, no. 001, pp. 241-269
24. Fair, H. (2008). "El plan de convertibilidad y el sindicalismo durante la primera presidencia de Menem". *Trabajo y sociedad. Indagaciones sobre el trabajo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas*, v. IX, n. 10, pp. 1-17
25. Freytes Frey, A. y Cross, C. (2007). "Movimientos piqueteros: alcances de su construcción política". *Política y Cultura*, n. 27, pp. 121-141
26. González Casanova, P. (2000). "El conflicto de la UNAM: una historia inconclusa". *Debates teóricos*, pp. 38-41
27. Hirsch, J. (1999). "Globalización del capital y la transformación de los sistemas de Estado: del Estado de seguridad al Estado nacional competitivo". *Cuadernos del Sur*, 15, no. 28, pp. 71 – 81
28. Hoetmer, R. (2009). "Después del fin de la historia: reflexiones sobre los movimientos sociales latinoamericanos de hoy". En R. Hoetmer (coord.), *Repensar la política desde América Latina. Cultura, Estado y movimientos sociales*, (pp. 85 – 108). Lima, Perú: Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales
29. Holloway, J. (2005). *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*, Venezuela: Editorial Melvin
30. Hopenhayn, M. (1995). *Ni apocalípticos ni integrados. Aventuras de la modernidad en América Latina*, Segunda edición, México, D.F.: Fondo de Cultura Económica
31. Illades, C. (2015). *Conflicto, dominación y violencia. Capítulos de historia social*, México: Gedisa Editorial – Universidad Autónoma Metropolitana
32. Kruse, T. (2005). "La "guerra del agua" en Cochabamba, Bolivia: terrenos complejos, convergencias nuevas", en Enrique de la Garza Toledo (comp.), *Sindicatos y nuevos movimientos en América Latina* (pp. 121-161), Buenos Aires: CLACSO
33. Lechner, N. (2002). *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*, Santiago: LOM Ediciones

34. Lizcano, E. (mayo 2003). "Imaginario colectivo y análisis metafórico" en Primer Congreso Internacional de Estudios sobre Imaginario y Horizontes Culturales. Congreso celebrado en la Universidad Autónoma del Estado de Morelos.
35. López Leyva, M.A. (2008). "Los movimientos sociales en la incipiente democracia mexicana. La huelga en la UNAM (1999-2000) y la marcha zapatista (2000-2001)". *Revista Mexicana de Sociología*, 70, n. 3, pp. 541-587
36. Martínez, E.P. (2019). "Otra política es posible: desde abajo y desde adentro". *Revista Rebelión*, pp. 1-4. Recuperado el 5 de febrero de 2019 de <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=252152&titular=otra-politica-es-posible:-desde-abajo-y-desde-adentro>
37. Mayorga, R. A. (2004). "La crisis del sistema de partidos políticos en Bolivia: causas y consecuencias". *Cuadernos del Cendes*, 21, no. 57, pp. 83 - 114
38. Medina-Vicent, M. (2016). [Reseña del ensayo "La nueva razón del mundo: Ensayo sobre la sociedad neoliberal" de Christian Laval y Pierre Dardot] *Revista Española de Sociología*, n. 25, pp. 465-468
39. Melucci, A. (2002). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, México: El Colegio de México
40. Morales, J.A. (1992). "Cambios y consejos neoliberales en Bolivia". *NUEVA SOCIEDAD*, n. 121, pp. 134 – 143.
41. O'Donnell, G. (2004). "Acerca del estado en América Latina contemporánea. Diez tesis para discusión" en Esteves F. (dir. ed.) *La democracia en America Latina: hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos: contribuciones para el debate* (pp. 149-192), Segunda edición, Buenos Aires: Altea
42. Palomino, H. (2003). "Las experiencias actuales de autogestión en Argentina. Entre la informalidad y la economía social". *Nueva Sociedad*, no. 184, pp. 115 - 128
43. Pérez Arriaga, M. A. (2003). *Movimientos sociales de fin de siglo: el Consejo General de Huelga de la UNAM, 1999-2000* (Tesis de Licenciatura). Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, México

44. Pintos, J. L. (2015). "Apreciaciones sobre el concepto de imaginarios sociales". *Miradas*, no. 13, pp. 150 – 159
45. Randazzo, E. F. (2012). "Los imaginarios sociales como herramienta". *Imagonautas*, 2 (2), pp. 77 - 96
46. Retamozo, M. (2006). "El movimiento de los trabajadores desocupados en Argentina: cambios estructurales, subjetividad y acción colectiva en el orden social neoliberal". *Nueva Época*, a. 19, n. 50, pp. 145-166
47. Romero B. S. (2003). "CONDEPA y UCS: el declive del neopopulismo boliviano". *Revista de Ciencia Política*, XXIII, no. 1, pp. 67 - 98
48. Salazar, F. (2004). "Globalización y política neoliberal en México". *El Cotidiano*, v. 20, n. 126, pp. 1-12. Recuperado el 16 de octubre de 2019 de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32512604>
49. Somuano, Ventura, M. F. (2007). "Movimientos sociales y partidos políticos en América Latina: una relación cambiante y compleja". *Política y cultura*, n. 27, pp. 31-53, [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0188-77422007000100003&lng=es&tlng=es](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-77422007000100003&lng=es&tlng=es)
50. Sosa Elizaga, R. (2000). "Crisis y reforma universitaria en México". *Debates teóricos*, pp. 47-50
51. Svampa, M., Pereyra, S. (2004). "Las dimensiones de la experiencia piquetera: Tensiones y marcos comunes en la organización y movilización de desocupados en Argentina". *Trayectorias*, VI, no. 16, pp. 1- 24
52. \_\_\_\_\_ (2004). "La política de los movimientos piqueteros". *Revista da Sociedade Brasileira de Economia Política*, no. 15, pp. 1 - 21
53. Tarrow, S. (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política* (H. Bavia y A. Resines, Trans.), Madrid: Alianza Editorial
54. Tourain, A. (1999). *¿Cómo salir del liberalismo?* (J. Palacio Tauste, Trans.), México: Paidós
55. Traverso, E. (2014). *Melancolía de la izquierda. Marxismo, historia y memoria*, México: Fondo de Cultura Económica

56. Werner, R. y Aguirre, F. (2004). "Entre la lucha de clases y la institucionalización. El movimiento piquetero". *Revista Rebelión*, pp. 131, <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=4629>
57. Wright, C. M. (2003). *La imaginación sociológica*. México: Fondo de Cultura Económica
58. Zepeda Martínez, R. (2013). "Neoliberalismo, desempeño económico y mercados laborales en Latinoamérica: un enfoque comparativo". *Ánfora*, v. 20, n. 35, pp. 13- 40
59. Zibechi, R. (2003). "Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos". *OSAL: Observatorio Social de América Latina*, no. 9, pp. 185 - 188

#### Otros recursos consultados:

1. Foto 1 recuperada el 15 de marzo de 2020 de <https://arenaria.home.xs4all.nl/water/pix/Cochabamba/Grupo%20de%20polic%EDas.jpg>
2. Foto 2 recuperada el 15 de marzo de 2020 de <https://arenaria.home.xs4all.nl/water/pix/Cochabamba/Gente%20enojada%20en%20a%20plaza%20principal.jpg>
3. Imagen 1 recuperada el 16 de marzo de 2020 de <https://archivo.argentina.indymedia.org/mail.php?id=173875&comments=yes>
4. *Un Fantasma recorre la argentina. Los Piqueteros* (2001). Recuperado el 16 de marzo de 2020 de <https://www.youtube.com/watch?v=ZyMBaH32muo>
5. Foto 3 recuperada el 16 de marzo de 2020 de <https://revistaconsideraciones.com/2019/04/19/a-20-anos-de-la-huelga-en-la-unam/>
6. Foto 4 recuperada el 16 de marzo de 2020 de <https://www.jornada.com.mx/ultimas/sociedad/2019/04/20/notorios-efectos-en-la-unam-a-20-anos-de-la-huelga-contra-las-cuotas-3185.html>
7. Foto 5 recuperada el 15 de marzo de 2020 del muro de @\_bromelia
8. Foto 6 recuperada el 15 de marzo de 2020 del muro de @sejaeva

9. Foto 7 recuperada el 15 de marzo de 2020 del muro de @todoslosdason8m, fotografía de: @fotosokeleee